

UNAM 1977-69 Ej: -1

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO  
-FACULTAD DE PSICOLOGIA-

"EL COMPORTAMIENTO

SEXUAL

DE LOS HOMICIDAS"



T E S I S  
que para optar por el grado de:  
LICENCIADO EN PSICOLOGIA  
presenta:  
Jorge Márquez Lozornio.

México D. F.

1977



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

EL COMPORTAMIENTO

SEXUAL

DE LOS HOMICIDAS

Rafael  
Lorenza  
Héctor  
Luis  
Carlos

# INDICE

1	<u>INTRODUCCION</u>	3
1.1	<u>PRESENTACION</u>	4
1.11	<u>Marco teórico</u>	9a
1.111	La aproximación biológica.	9a
1.112	La aproximación dinámica.	9c
1.113	La aproximación sociológica.	9d
1.114	La aproximación conductual.	9g
1.2	<u>DISEÑO Y METODOLOGIA DE LA INVESTIGACION</u>	10
1.3	<u>CARACTERISTICAS GENERALES DE LA MUESTRA</u>	20
2	<u>RESULTADOS</u>	27
2.1	<u>INCIDENCIA</u>	28
2.11	<u>Masturbación</u>	28
2.11.1	Edad promedio.	28
2.11.2	Frecuencia acumulativa.	31
2.11.3	Porcentaje.	32
2.12	<u>Coito heterosexual</u>	38
2.12.1	Edad promedio.	38
2.12.2	Frecuencia acumulativa.	39
2.12.3	Porcentaje.	42
2.13	<u>Primera unión con una mujer</u>	43
2.14	<u>Conclusión sobre incidencia</u>	44
2.2	<u>PROMISCUIDAD</u>	45
2.21	<u>Número de mujeres</u>	45
2.22	<u>Número de uniones más o menos permanentes</u>	46
2.23	<u>Conclusión sobre promiscuidad</u>	47
2.3	<u>RELACIONES INESTABLES</u>	49
2.4	<u>RELACIONES INADECUADAS</u>	52
2.41	<u>El MMPI en la investigación criminológica</u>	52
2.42	<u>Fiabilidad del MMPI</u>	54
2.43	<u>Las nuevas escalas</u>	58
2.5	<u>PRACTICAS INFRECIENTES</u>	62
2.51	<u>Homosexualidad</u>	63
2.51.1	Los perfiles del MMPI.	65
2.51.11	Comparaciones con la muestra no carcelaria.	66
2.51.12	Comparaciones entre los grupos H y C.	70
2.51.13	Comparaciones con grupos homosexuales.	77

3	<u>CONCLUSIONES</u>	89
	3.1 <u>HIPOTESIS</u>	90
	3.11 <u>Datos relevantes</u>	91
	3.2 <u>A MANERA DE DISCUSION</u>	99
	3.3 <u>CONCLUSIONES</u>	101
	3.31 <u>Ruta de la investigación criminológica</u>	101a
	3.32 <u>Soluciones alternativas</u>	101c
4	<u>BIBLIOGRAFIA</u>	102
5	<u>AFENDICES</u>	110

## INTRODUCCION

## 1.1 PRESENTACION

Una de las afirmaciones que puede encontrarse con más frecuencia en la literatura especializada, y tanto que en torno a ella hay casi una mitología popular, es la de que el delincuente suele tener una conducta sexual que se desvía de la usual. Se supone, así, que tiene una "libido" más intensa que la mayoría de las personas; es mucho más promiscuo y tiene relaciones sexuales con mayor frecuencia. De la misma manera se supone, también, que en sus relaciones sexuales incluye prácticas infrecuentes.

La hipótesis no ha sido estudiada en detalle, más ha de advertirse que algunos autores llegan incluso a sostener, así no sea sino de pasada, que una sexualidad "excesiva" es uno de los factores precipitantes de la criminalidad. Otros, en vez de establecer una relación causal, se conforman con afirmar la existencia de una correlación entre la sexualidad y la delincuencia, de tal manera que mientras más antisocial sea la conducta delictiva más desviado e infrecuente será el comportamiento sexual del sujeto en cuestión (1).

---

(1). Quizá un buen exponente de esta posición lo encontremos en Hans Gross: "Una tal fuente secreta o punto de inicio (no motivo ni causa) de gran número de crímenes es el sexo. Que él a menudo trabaje invisiblemente es debido al sentido de vergüenza" (1911, p. 322).

Tal vez el más claro ejemplo de esta hipótesis, y de la influencia que ha llegado a ejercer, pueda encontrarse en las razones que suelen aducirse para justificar las medidas legales que se toman en contra de la difusión de materiales explícitamente sexuales. La "pornografía", como suele llamárselos, ha de combatirse para impedir que aumente la criminalidad y la delincuencia, al parecer porque el observar materiales de esta índole incrementa la incidencia de las conductas delictivas. En este sentido ha de advertirse, además, que según se cree, el contacto con la "pornografía" no sólo aumenta los delitos sexuales sino, a la vez, los que no tienen ese carácter.

El origen de esta creencia ha de verse, quizá, en las teorías con las cuales algunos criminólogos del siglo XIX creían poder explicar la conducta delictiva. Suponían, como más tarde lo hará Freud, que todo hombre tiene impulsos o "instintos" agresivos que pueden llevarlo a tener conductas antisociales. Tales impulsos están, por regla general, controlados por fuerzas morales que los dirigen o recanalizan, lográndose así que se expresen de una manera creadora o, cuando menos, de una forma no destructiva. El delincuente, que actúa sin más conforme a sus instintos, carece de "moral" o,

como solía decirse de los psicópatas antes de Freud, es un "enfermo moral" (Vid., en su mejor ejemplo, Lombroso, 1889) (1).

En nuestro siglo la influencia de Freud ha cambiado esta interpretación y, ahora, en la conducta delictiva se ve una ausencia de "mecanismos internos de represión" capaces de controlar, "sublimar" o re-dirigir los instintos agresivos y los impulsos homicidas que todos padecemos -y de los cuales el parricidio que forma parte del conocido complejo de Edipo no sería sino el ejemplo extremo. (Vid., como muestra de esta postura, Reiss, 1951; Ferracuti, 1962).

Para los pensadores del siglo XIX, educados en la estricta moral victoriana, las conductas sexuales infrecuentes eran uno de los síntomas más claros de la ausencia de una moral sólida y, a la vez, un elemento que permitía afirmar que los mecanismos internos de control del sujeto se encontraban deteriorados. Así, quienes tenían conductas sexuales infrecuentes o anómicas, carecían de una moral capaz de controlar y dirigir sus instintos agresivos y, de ahí, que se supusiera que en el delincuente eran más comunes la promiscuidad y el ejer-

(1) "La idea de que existe una locura o insania "moral" no es propia de Lombroso. Sus orígenes se remontan, tal vez, a Thomas Abercromby, (...) en su "Tratado del Espíritu", 1656,..." (Ruiz Harrell, 1976, p. 23).

cicio irrestricto de la sexualidad. La creencia popular, y las afirmaciones aisladas que todavía se encuentran en tantos autores, no son sino los restos de esta explicación.

No deja de ser curioso advertir, muy por otra parte, que hay autores que llegan a sostener a la vez la explicación opuesta. Creen que el criminal llega a la delincuencia, entre otras cosas, precisamente porque le es difícil, o aun imposible, establecer relaciones sexuales satisfactorias y duraderas. El conflicto que lo lleva a adoptar conductas antisociales se revela, también, en sus relaciones personales y, muy a menudo, aquellas no tienen más origen que éstas. Se dice, así, que el criminal necesita o busca "amor" y comprensión, lo que parecería indicar que su conducta sexual, lejos de pecar de excesiva, adolece de lo opuesto: sus relaciones son muy esporádicas y el hecho de que cambie con gran frecuencia de pareja revela su incapacidad para funcionar adecuadamente como compañero sexual.

Quizá convenga precisar, para mayor claridad, una y otra hipótesis. Conforme a la primera se supone que el criminal tiene una "libido" mayor que la usual; su actividad sexual es mucho más frecuente y, de ahí, que tenga un número mayor de compañeras sexuales -su promiscuidad- y, por último, que sus intensos deseos sexuales, aunados a la ausencia de una moral reguladora,

lo llevan a aceptar prácticas poco usuales. La segunda hipótesis, por el contrario, no supone una "libido" más intensa sino, en todo caso, menor que la usual y, en consecuencia, una actividad sexual más restringida y menos frecuente. La incapacidad del delincuente para establecer relaciones satisfactorias y duraderas tiene, no obstante, la misma consecuencia en cuanto a su promiscuidad, ya que esto lo conduce a tener un número mayor de compañeras sexuales. Conforme a esta segunda hipótesis, por último, el delincuente no admite prácticas infrecuentes, a no ser por excepción.

Las investigaciones que se han efectuado en esta área en las dos últimas décadas parecen confirmar más la segunda hipótesis que la primera. Así el estudio llevado a cabo por Gebhard, Gagnon, Pomeroy y Christenson en delincuentes sexuales (1965) reveló que su actividad sexual era, comparativamente, menor que en la usual y las investigaciones de Adorno, Frenkel-Brunswik, Levinson y Nevitt Sanford sobre la personalidad autoritaria (1950), revelaron que los delincuentes eran mucho más rígidos y conservadores en sus actitudes hacia la sexualidad que el resto de la población examinada.

Estos dos estudios contribuyeron a superar una de las ideas tradicionales: la de que el delincuente es notablemente más promiscuo que el resto de la población.

En la investigación de Gebhard et al., por ejemplo, se descubrió no sólo que la actividad sexual era mucho más restringida -sobre todo la heterosexual, aunque no necesariamente la masturbatoria-, sino que el número de mujeres con las cuales el delincuente llegaba a tener relaciones sexuales era también un poco menor que el usual. Por otro lado, empleando la terminología de Ullerstam, "...no existe ningún estudio que pruebe que los "perversos" sean culpables de crímenes violentos con más frecuencia que la gente de instintos sexuales titulados normales" (1964, p. 75).

En los meses de mayo y junio de 1975 nos fue ofrecida la oportunidad de participar en una investigación que sobre la delincuencia y, fundamentalmente, sobre las características psico-sociales del homicida efectuó, bajo la dirección de su Jefe de Estudios Sociales -el Dr. Rafael Ruiz Harrell-, la Procuraduría General de la República. Entre estos propósitos centrales que perseguía la investigación nuestro interés particular, y casi diría personal, fue el de precisar cuál de estas dos hipótesis explicaba más adecuadamente la situación del delincuente en México.

### 1.11 Marco teórico

Las principales teorías de la delincuencia -y de la "psicopatía"- pueden clasificarse dentro de las categorías de biológicas, dinámicas, sociológicas y conductuales. Aquí nos detendremos principalmente, por su creciente aceptación y su carácter promisorio, en las teorías conductuales de la delincuencia, pero antes se darán ejemplos de otras formulaciones para proporcionar un panorama más amplio.

#### 1.111 La aproximación biológica.

Esta aproximación, en su forma extrema, se ha limitado casi por completo a intentar explicar el comportamiento psicopático y el criminal reincidente. El estudio clásico es desde luego el de Lange (1931), y esta aproximación se ha basado principalmente en estudios de los archivos judiciales de gemelos idénticos criados aparte. Lange estudió 30 parejas de gemelos (13 monozigóticos, 17 dizigóticos), sabiendo que uno de cada par había estado en prisión. Encontró Lange que, de los 13 gemelos monozigóticos, el segundo gemelo, en 10 pares, también había estado en prisión, mientras que esto había ocurrido solamente en dos de los 17 pares de gemelos dizigóticos. Los pares de gemelos discordantes en el grupo de los gemelos idénticos, recibieron una explicación convincente. Con apenas ligeras variantes muchos otros investigadores han llegado a resultados semejantes, sin embargo algunas de estas investigaciones presentan dudas en cuanto a las técnicas médicas adoptadas para determinar si se trataba de gemelos monozigóticos o dizigóticos. Esta aproximación más bien extrema, ha sido reemplazada en los últimos años por una teoría más refinada sobre la "personalidad del criminal" que está descrita más adelante.

Aunque como se ha visto, las teorías sobre la violación de la ley, en su mayoría, le atribuyen a los actos antisociales causas personales y sociales antes que biofísicas; no escapa Eysenck a la consideración de estos antecedentes. Así, argumenta que hay de por medio un factor hereditario, como conclusión de un estudio sobre la concordancia de gemelos monozigóticos y dizigóticos con respecto a cinco categorías de conducta (Eysenck, 1964). Aunque sus cifras son sugerentes, sus significados son ambiguos por varias razones, entre las cuales, la similitud de los medios en que fueron criados los gemelos, especialmente los idénticos.

Otros testimonios han señalado que los errores y anomalías cromosómicas pudieran también ser causa de la conducta criminal. En una investigación, se encontró que eran más frecuentes las anomalías cromosómicas relativamente leves entre criminales de sexo masculino más agresivos de los Estados Unidos (Telfer, Baker, Clark y Richardson, 1968). En informes más recientes se sugiere la posibilidad de la presencia de un cromosoma "Y" supernumerario entre ciertos grupos de hombres con tendencias criminales, como en los estudios de Russell y Bender en 1970 (Vid. Sarason, 1972); y en los trabajos sobre el cariotipo de los criminales de Casey y col. y de la Dra. Jacobs, quienes en grupos de criminales encontraron la presencia de cromosomas "Y" supernumerarios (Vid. Nava-Rivera, 1968). Pero es necesario llevar adelante más investigaciones para evaluar la generalidad de estos resultados que, de llegar a ser confirmados, vendrán a complicar todavía más la tarea de emitir juicios sobre la responsabilidad por actos antisociales.

Aunque nunca se ha propuesto consistentemente como la única causa de la criminalidad, algunos escritores han conjeturado que el criminal puede ser diferente desde el punto de vista neurológico. Varios estudios sobre patrones

EEG han aportado datos que parecen confirmar este aserto (Vid. Hill y Pond, 1952; Hill y Watterson, 1942), sin embargo "estos hallazgos debieran interpretarse prudentemente" (Vid. Sarason, 1972, p. 435).

Se ha pretendido también asociar la criminalidad con la epilepsia, o con ataques talámicos o hipotalámicos (Vid. Halleck, 1967), pero la evidencia está muy lejos de ser concluyente. O como lo escribió Ferracuti: "...no hay evidencia fisiológica de que cualquier estímulo espontáneo se origine en el cuerpo" (1962). Sin embargo quizá valdría la pena seguir investigando esta posible correlación, aunque "en términos generales, no se han identificado causas biofísicas en el ámbito de la criminalidad" (Vid. Sarason, op. cit.)

#### 1.112 La aproximación dinámica.

Esta postura se encuentra bien representada por los estudios de Aichhorn (1935) y de Lindner (1944), quienes básicamente arguyen que la delincuencia y el comportamiento psicopático representan síntomas de un conflicto subyacente. Probablemente los primeros estudios de Healy y Bronner en pares de niños delincuentes y no delincuentes de la misma familia (1926) no hayan sido superados como ilustraciones de esta aproximación, aun cuando por su mismo diseño su estudio no puede separar las causas transmitidas genéticamente, en el caso de haberlas, de las ambientales, pero no puede negarse que ellos al menos reconocieron la complejidad de las fuerzas que producían el resultado final del comportamiento delincuente en una forma en que no lo hicieron los que proponía, con Johannes Lange, que "el crimen es su destino" (Vid. inciso anterior).

Reiss ha hipotetizado que la delincuencia probablemente surge cuando disminuyen los controles personales y so-

ciales (1951). Otros autores coinciden en que el asesinato es, por lo general, un acto impulsivo y a menudo provocado por condiciones de stress intolerables (Vid. Cole, Fisher y Cole, 1968; Cuthbert, 1970; Warder, 1969). Para Sarason (op. cit.) la agresión es una reacción común, aunque no inevitable, a la frustración y a la emoción reprimida. Y Ferracuti, en 1962, revisa algunas de las conjeturas para explicar el homicidio: "...el acto homicida es una expresión de egocentrismo e inmadurez. (...) la inhabilidad para ajustarse y la rigidez del sujeto son determinantes importantes de su conducta agresiva. (...). La conducta agresiva está relacionada con ausencia de empatía y una reducida capacidad para el contacto social.(...) ...emerge una personalidad caracterizada por egocentrismo y una ausencia de control emocional. (...). Otra explicación psicoanalítica favorita del homicidio considera esta conducta como un equivalente del suicidio causado por una tendencia al auto-castigo" (Vid. Ferracuti, 1962, p. 450). Y está, por supuesto, la explicación propiamente freudiana, que ya fue esbozada en su oportunidad.

#### 1.113 La aproximación sociológica.

Varios enfoques de la conducta criminal se basan en la noción de que la criminalidad resulta de una socialización defectuosa, a la que se define comúnmente como el proceso por medio del cual las personas adquieren los conocimientos, las destrezas y las disposiciones que los convierten en miembros activos de la sociedad.

La teoría de la asociación deferencial de Sutherland (Vid. Sutherland, 1955; Sutherland y Cressey, 1960) aplicada a la criminalidad ha influido en los trabajos pendientes a resocializar a los criminales. La teoría de Sutherland sostiene que una persona ejecuta actos criminales porque hay "presiones sociales" que lo obligan. "Vuelta a formular

recientemente, esta idea tiene mucho en común con las teorías del aprendizaje aplicadas a la criminalidad" (Burgess y Akers, 1966; Jeffery, 1965).

Como representativo de los muchos intentos que para dar explicaciones sociológicas del comportamiento delincuyente se han hecho podemos mencionar uno de los más interesantes: la teoría "subcultural" de Cohen (1956). Este pensador sostiene que el comportamiento delincuyente puede considerarse como una forma de comportamiento aprendido generado y representativo de una clase particular de cultura. Esencialmente, todo comportamiento está dirigido a la solución de problemas y ocurre dentro de un marco de referencia cultural particular. Si dentro de este contexto un determinado problema no tiene solución, este marco tendrá que cambiarse: el individuo se une a otros con problemas similares y constituyen una subcultura. Cohen señala que esta solución subcultural no siempre incluye comportamiento delincuyente.

Los estudios sociológicos del asesinato y otras formas de crímenes violentos sugieren que en algunos grupos se espera que, en ciertas situaciones, ocurran actos de violencia (Vid. Wolfgang, 1958; Wolfgang y Ferracuti, 1967). Las proporciones de homicidio parecen ser más elevadas en regiones donde existe la creencia compartida de que una afrenta, un desaire o un insulto obliga al receptor a reaccionar con la violencia física. Se ha usado la expresión 'subcultura de la violencia' para referirse a grupos que comparten dicha creencia. La necesidad, determinada culturalmente, de defender el honor propio por medio del enfrentamiento físico es una causa importante del asesinato. "Los homicidios en nuestro país, pues, no suceden en su gran mayoría porque haya un odio terco o siquiera la continuidad de un propósito. Siguen siendo crímenes que dictan las circunstancias. Una demostración violenta de que no son menos que el otro; de que no se dejan ver mal por nadie y, por

desgracia, que esa tarde de sábado no tenían ninguna otra cosa que hacer" (Vid. Ruiz Harrell, 1974).

Aparte de las variaciones regionales, hay diferencias en la proporción de actos de violencia realizados según el tipo de personalidad y la clase social. Índice de la relación existente entre el homicidio y las pautas de vida es el hecho de que más del 50% de todos los homicidios ocurre durante los fines de semana, particularmente la noche del sábado (Vid. Sarason, 1972; Ruiz Harrell, 1975).

El significado de un empujón, un comentario levemente ofensivo, o la impresión que dé una persona que esté en las manos de su adversario son estímulos percibidos e interpretados diferentemente por negros y blancos, hombres y mujeres. Las expectativas sociales de respuesta a tipos específicos de interacciones sociales producen "definiciones diferenciales de la situación". Lo común es esperar que un hombre defienda el nombre y el honor de su madre, la virtud de la mujer (...) y que no acepte ninguna ofensa relativa a su raza -aun cuando proceda de alguien de su misma raza-, su edad o su masculinidad. Recurrir de inmediato a la violencia física como medida de arrojo, de valor o de defensa de la condición social, aparece como una expresión cultural especialmente para los hombres de clases socioeconómicamente inferiores de ambas razas (Vid. Wolfgang, 1958, pp. 188-189).

La explicación por la "subcultura de la violencia" implica, anota Ferracuti, "algún pensamiento circulatorio... (...) se necesita hacer un estudio del proceso de aprendizaje que ha causado el impacto de la subcultura en los miembros del grupo" (Vid. Ferracuti, 1962, pp. 459-460). Y en otra parte, Wolfgang afirma que "El estudio del homicidio criminal es parte del más amplio estudio de la conducta humana, de desviaciones infrecuentes de conductas tipo que gobiernan las vidas incluso de muchos que matan" (Vid. Wolfgang, 1958, p. 340).

Por lo tanto estas teorías sociológicas, o "socio-psicológicas", como las ha llamado Ferracuti (1962) pueden, en mayor o menor grado, reformularse y ser interpretadas en términos de la teoría del aprendizaje, como se intenta en lo que sigue.

#### 1.114 La aproximación conductual.

Aunque no es quien la ha descrito más detalladamente, la teoría general de la socialización puede atribuirse principalmente a Eynseck. En ella se hace una distinción básica entre el aprendizaje de formas adiestradas de comportamiento y el aprendizaje de valores. Este último es a lo que se llama socialización e implica "entrenamiento" y no enseñanza. Se entrena al niño a inhibir ciertas formas de comportamiento mediante prácticas de entrenamiento pasivo de evitación, que consiste en evitar el temor condicionado provocado por el castigo inhibiendo el acto indeseable cuando apenas comienza. El grado de socialización es una función primariamente de dos variables básicas de condicionabilidad constitucional (neuroticismo e introversión-extroversión) y del grado y severidad del entrenamiento social. Eynseck, Lykken, Warburton, Hare y Quay entre otros han hecho estudios empíricos para probar esta teoría (Vid. Yates, 1970, p. 245), pero la única conclusión clara que se puede obtener es que se han desarrollado algunas tendencias promisorias relacionadas con la multidimensionalidad de los grupos delincuentes y criminales. Al menos, se han sentado líneas directrices para la investigación futura.

Sin embargo, la aproximación "conductual" propiamente dicha puede ser mejor expuesta si se parte del resultado del trabajo de los etólogos y de sus interpretaciones de éstos. Las explicaciones derivadas del

análisis etológico de la agresión han conducido casi siempre a postular su inevitabilidad (Vid. Lorenz, 1966; Tinbergen, 1973), sin embargo "omiten indebidamente los factores ambientales presentes y la relación de éstos con la conducta" (Vid. Ribes, 1973, p. 13). Así, los aspectos de conducta agresiva descritos por Lorenz (op. cit.), pueden ser descritos en términos de control respondiente: "El comportamiento agresivo puede ser innato y desencadenarse por acción de circunstancias específicas en las cuales es plausible el valor de supervivencia" (Vid. Skinner, 1974, p. 42). Pero no consideran que este comportamiento también puede ser moldeado por el medio, a través de determinantes múltiples: "porque las personas son susceptibles al refuerzo proporcionado por los signos del daño inferido a otros. (...) ... (o porque) las consecuencias no relacionadas explícitamente con la agresión pueden reforzar el comportamiento" (Ibidem). A aquéllas conductas y a éstas Skinner las denomina 'agresión filogenética' y 'agresión ontogenética' respectivamente (1969, pp. 209-211). Podemos, así, suponer que las conductas bajo control respondiente ejemplifican, de modo destacado, el repertorio filogenético de entrada de un organismo individual y el origen a partir del cual el medio modula y conforma el desarrollo de la conducta posterior o "aprendida", proceso este que resulta del procedimiento al que suele aludirse con 'socialización'. Así, los hallazgos de laboratorio sobre la agresión han encontrado que las operaciones básicas de la agresión son: 1) la extinción o disminución de la frecuencia del reforzamiento, 2) la administración de estimulación aversiva, y 3) el reforzamiento positivo de la conducta agresiva (Vid., entre otros, Ulrich y

Azrin, 1962; Vernon y Ulrich, 1966; Reynolds, Catania y Skinner, 1963; Azrin, Hutchinson y Hake, 1967; y con sujetos humanos, en 1970, a Ulrich y Favell).

Así, en esta aproximación, el análisis señala que la conducta delictiva está determinada socialmente y surge como consecuencia de la limitación de los satisfactores sociales a un núcleo parcial de la sociedad, así como del uso represivo de formas aversivas de control conductual para "eliminar" el problema (Vid. Burgess y Akers, 1966; Ribes, 1972).

Sin tener que ponerlo de manera expresa, debe darse por supuesto que este trabajo no pretende la ardua tarea de confrontar el poder explicativo de estos cuatro modelos teóricos así como sus grados de "cientificidad"; sino la más modesta de contrastar empíricamente la hipótesis general de que hay alguna relación, si alguna, entre el comportamiento que priva de la vida a alguna persona y el patron de comportamiento sexual; y que puede ser, como al parecer ha sido, formulada en términos de cualquiera de las cuatro aproximaciones que se han intentado describir.

## 1.2 DISEÑO Y METODOLOGIA DE LA INVESTIGACION

El problema que nos ocupa implica comparar, cuando menos, dos grupos entre sí, y uno de ellos ha de estar formado por quienes hayan lesionado o privado de la vida a otra persona. Esta última condición, a su vez, obliga a efectuar la investigación en cárceles ya que, como fácilmente puede suponerse, sería del todo inútil pretender integrar un grupo de homicidas con sujetos que, sin haber conocido la prisión, estuvieran dispuestos a confesar su crimen. Esta misma razón nos obliga a confinar la investigación a reos sentenciados, toda vez que los que se encuentran pendientes de sentencia no accederían tampoco a confesarlo.

Integrar el primero de nuestros grupos de investigación, o "grupo H", con reos sentenciados por homicidio o lesiones, resuelve sin duda un problema práctico, pero plantea a su vez uno de índole teórica que no deja de tener importancia: al medir la conducta de nuestros sujetos, tal vez más que descubrir las características que los llevaron a cometer tales delitos, no estemos midiendo sino los resultados caracterológicos de su encierro o, mejor, la influencia que haya tenido en su personalidad la reacción social ante su conducta.

Reflecciones de similar naturaleza han llevado a otros investigadores en esta área a seguir recursos

extremos e investigar, por ejemplo, a toda la población adolescente de un estado norteamericano para, años después, intentar descubrir si había algo que distinguiera a quienes hubiesen llegado a cometer delitos de importancia (Vid. Hathaway y Monachesi, 1963). Más tarde veremos algunos de los resultados de esta investigación (1.51.13) pero, por ahora queremos señalar que el método estaba vedado para nosotros, y no sólo por razones de tiempo y costo sino, sobre todo, porque parece razonable suponer que si se compara a grupos en todo semejantes, menos en la variable que se investiga, se obtendrán grados más o menos similares de certidumbre.

Como sin duda el encontrarse privado de la libertad debe tener una influencia decisiva en la personalidad, decidimos disponer de cuando menos un grupo control, o "grupo C", procurando que se encontrara en las mismas circunstancias y no difiriera del grupo H en edad, grado educativo y nivel socioeconómico, a fin de que la única distinción entre ambos grupos radicase en el hecho de que uno estuviese formado por delincuentes de homicidio y lesiones y, el otro, por delincuentes que no hubiesen cometido actos de violencia, como sucede con el fraude, el abuso de confianza, los delitos contra la salud e incluso aquellos tipos de robo que no impli-

can violencia física alguna (Vid. Apéndice A). No incluimos, como es de suponerse, convictos por delitos sexuales, en la inteligencia de que es precisamente esta la variable que intentamos investigar.

Un punto al que se le prestó atención preferente fue al de lograr que ambos grupos hubiesen pasado más o menos el mismo tiempo en la cárcel, en la hipótesis de que la influencia que pudiera ejercer el encierro en su comportamiento sería similar en unos y en otros. Hipótesis que, en apoyo de nuestra argumentación, había ya sido previamente confirmada (Ruiz Harrell, 1975, p. 26). Es prudente poner, sin embargo, que por la diferencia en los tiempos promedios de sentencia para ambos grupos (15.15 años para los convictos por homicidio, y sólo 4.38 años para los integrantes del grupo C) no nos fue posible conseguir esta semejanza (Vid. Apéndice A).

Es claro, por otro lado, que la comparación no podría reducirse a estos dos grupos ya que de ser así no dispondríamos de ninguna medida "normal" y desconoceríamos los puntajes que se presentan con mayor frecuencia. Para superar esta limitación hacemos, siempre que esto es factible, comparaciones transculturales, ya que, muy a nuestro pesar, no disponemos de datos dignos de consignarse sobre el comportamiento sexual de las personas que habitan nuestro país.

La investigación más importante, en este orden, fue realizada en la década de los cuarentas, en los Estados Unidos, por Alfred Kinsey y sus colaboradores y, desde entonces no han sido hechas mediciones del comportamiento sexual humano tan comprensivas, amplias y perspicaces. Ciertamente antes de Kinsey, como después de él, han sido efectuados bastantes estudios sobre la conducta sexual humana (Vid. Schofield, 1965, p. 27; y al propio Kinsey, 1948, pp. 22-29), y algunos de ellos han probado incluso ser valiosos, pero solamente dentro de sus limitaciones. Algunos han medido cambios solamente dentro de la población estudiantil universitaria, o en especiales segmentos de ella. Encuestas nacionales de corporaciones de opinión pública se han limitado a unas cuantas preguntas elementales. Un mayor estudio nacional de adultos en 1963, en el mismo país, produjo información más significativa acerca del cambio de actitudes (Reiss, 1967), pero no acerca de la conducta actual. Una muestra nacional en 1971 (Zelnik y Kantner) trató con la conducta, pero solamente de muchachas solteras menores de 20 años, y otro (Sorenson, 1973) se ocupó de la conducta de ambos sexos, pero sólo entre los 13 y 19 años de edad. En otros países, como Suecia por ejemplo, encontramos también algunos estudios parciales, ya sea por su población, por su contenido, o por ambos. Así, Schofield en Inglaterra (1965, 1965a, 1973) estudia sólo a los adolescentes londinen-

ses, aunque con un rigor desacostumbrado; y Asayama hace lo propio en Japón (1975). En Francia Pierre Simon realiza un estudio nacional, pero el contenido de su cuestionario es muy limitado (1972). Y a no ser por el estudio de Morton Hunt: "Sexual behavior in the 1970's", hasta ahora, en suma, "no ha existido (como el propio investigador declara) un cuerpo de datos de estudios recientes sobre la conducta sexual de la población nacional adulta (...) sobre la cual poder basar estimaciones" comparativas (Vid. Hunt, 1974, p. 4). Debe agregarse, sin embargo, que Hunt no ha ofrecido, hasta el momento, a pesar de su declaración, un reporte técnico completo que permita conocer los fundamentos de su comunicado, obtener los datos necesarios para establecer las comparaciones, y realizar las operaciones estadísticas para considerar estas comparaciones de una manera objetiva (1). En esto, mejor que una justificación, ha de verse una explicación del por qué no en todos los casos pueden nuestros datos ser puestos en un contexto más amplio.

---

(1) A pesar de que éste le fue solicitado, oficialmente, por medio del Proyecto de Apoyo al Programa Nacional de Educación Sexual, Méx. 75/P02, dependiente del Consejo Nacional de Población, así como de la Organización de las Naciones Unidas.

La investigación de campo comprendió cuatro semanas: las dos últimas del mes de mayo y los dos primeras del mes de junio de 1975. En este periodo se entrevistó a poco más de 300 sujetos, elegidos al azar, mediante listas de números obtenidas previamente por métodos aleatorios, de las relaciones que proporcionaron los penales. En todos los casos se entrevistó sólo a reos ya sentenciados.

Las sesiones de trabajo comprendían, por regla general, parte de la mañana y parte de la tarde. Las horas de la mañana estaban dedicadas al cuestionario socio-económico, en el cual se les planteaban algunas interrogantes sobre su vida sexual, y, las de la tarde, a la solución del Inventario Multifásico de la Personalidad desarrollado en Minnesota por los doctores Hathaway y McKinley (1). De éste último, siguiendo una sugerencia de Dahlstrom, Welsh and Dahlstrom (1972), se tomaron sólo las primeras 366 "preguntas" sin alteración y, después, las necesarias para integrar las escalas K y So, pero se les intercalaron 200 preguntas más referidas directamente al estado familiar del entrevistado y a sus experiencias sexuales. Con ello se formaron nuevas escalas que se presentan aquí por primera vez (2).

(1) Las características más destacadas de este instrumento psicométrico aparecen descritas en 2.4.

(2) Una descripción más detallada, así como los resultados de las mismas están en el inciso 2.4; y un ejemplo de una de ellas figura en el Apéndice E.

El cuestionario socio-económico, del cual figura una copia en el Apéndice B, fue aplicado individualmente a cada sujeto por una de las personas que realizamos la investigación, quien escribía las respuestas y, en caso de duda, aclaraba o repetía la pregunta. Si el sujeto entrevistado mostraba alguna reticencia ante alguna pregunta no se lo presionaba, y de ahí que haya casos en los que no tenemos información de todos los sujetos.

El MMPI, como se conoce por brevedad al Inventario Multifásico de la Personalidad, siguiendo ahora una sugerencia de Panton (Dahlstrom et al., 1972, p. 12), fue aplicado en grupo: uno de los investigadores leía en voz alta las oraciones que componen la prueba, mientras los demás resolvían dudas de los entrevistados y confirmaban que anotaran las respuestas en las casillas correspondientes. Los investigadores, estudiantes de psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México, recibimos entrenamiento previo para cuidar que nuestras respuestas fuesen las mismas, aplicamos el cuestionario socio-económico de la misma manera y conservamos siempre una actitud agradable y receptiva hacia los entrevistados.

Las personas que participaron en la muestra fueron elegidas al azar, pero la ayuda que prestaron fue,

no obstante, del todo voluntaria ya que al iniciar el trabajo se les advertía que podían abandonar la prueba en el momento en que lo desearan. Sin embargo, y a pesar de que a cada uno se le planteó un total de 830 preguntas -de las cuales 566 correspondían al MMPI y el resto, o sea 264, al cuestionario socio-económico-, muy pocos lo hicieron: de poco más de 300 personas entrevistadas terminamos disponiendo de un total de 286 pruebas completas, y a las que consideramos el total de la muestra.

De los 286 sujetos examinados el 80.76%, o sea 231, fueron entrevistados en la Penitenciaría del Distrito Federal. Llegan a esta prisión, después de un periodo de detención que oscila alrededor de un año, los reos ya sentenciados que cometieron algún delito que se sancione con pérdida de la libertad dentro de los límites territoriales de la Ciudad de México. Se trata, así pues, de una población penitenciaria de origen urbano, aun y cuando la mayoría (56.70%) no haya nacido en el Distrito Federal. Los 231 sujetos examinados en este penal representan casi el 20% de los reos que se encuentran en él.

El Centro Penitenciario del Estado de México, en Almoloya, a unos cuantos kilómetros de la Capital del Estado, se encuentra en muy otra situación ya que, por una parte, en ella se encuentran -si bien claramente separados-, tanto reos sentenciados como detenidos que

esperan sentencia. Las 55 personas que entrevistamos en este Centro, y que representan el 19.23% del total de la muestra, alcanzan sólo al 9.1% de la población penitenciaria con que cuenta en total esta prisión, si bien constituyen el 21.15% de los reos sentenciados que se encuentran en él. Sería del todo injusto, muy por otra parte, no señalar que el Centro Penitenciario del Estado de México hace pleno honor a su fama de ser una de las instituciones carcelarias más avanzadas del mundo.

El Cuadro I, que ocupa la página siguiente, revela la cárcel en la que se encontraban, el delito por el que fueron sentenciados y las proporciones relativas de uno y otro grupo.

CUADRO I

PROPORCIONES POR CARCEL Y DELITO

	Homicidio y lesiones	Homicidio	Fraude	Robo	Salud	TOTALES
PENITENCIARIA DEL D.F.	4 1.7%	145 62.7%	28 12.1%	29 12.5%	25 10.8%	231 100%
CENTRO DEL ESTADO DE MEXICO	6 10.9%	29 52.7%	2 3.6%	6 10.9%	12 21.8%	55 100%
TOTALES	10 3.4%	174 60.8%	30 10.4%	35 12.2%	37 12.9%	286 100%

### 1.3 CARACTERISTICAS GENERALES DE LA MUESTRA

Nuestra investigación no pretendía ser representativa sino de las poblaciones detenidas en las cárceles estudiadas. Esto lo consigue sobradamente, pero no ha de verse en ella una representación adecuada de la población carcelaria de todo el país. El hecho de que ésta última oscile entre 40,000 y 50,000 detenidos, de los cuales la cuarta parte aproximadamente cumple ya sentencias, revela por qué una inferencia de esta naturaleza resultaría excesiva.

Sin olvidar esta limitación querriamos señalar, muy por otra parte, que la población estudiada presenta muy acusadas similitudes con las poblaciones de las Entidades a las que pertenecen y, además, no difieren en gran medida de la población total del país.

El examen de la muestra estudiada revela que, en lo general, se trata de hombres de mediana edad: 35.07 años en promedio ( $N=284$ ;  $DE= 10.04$ ), si bien ligeramente menores que el promedio nacional que alcanza el grupo de hombres mayores de 18 años de edad: 36.86 años. Sus familias, incluyendo al reo, estaban formadas por un promedio de 5.20 miembros ( $N= 277$ ;  $DE= 3.84$ ), o sea una esposa o compañera y más o menos tres hijos, dato que coincide muy de cerca con el promedio nacio-

nal de miembros por familia: 5.22.

Uno de cada cuatro de los hombres de nuestra muestra no ha tenido hijos (N= 72; DE= 25.27), pero los que sí tenían descendencia alcanzaron un promedio de 2.95 hijos per cápita (N= 214; DE= 2.89). Poco más de la tercera parte los había tenido durante su estancia en la cárcel (33.19%).

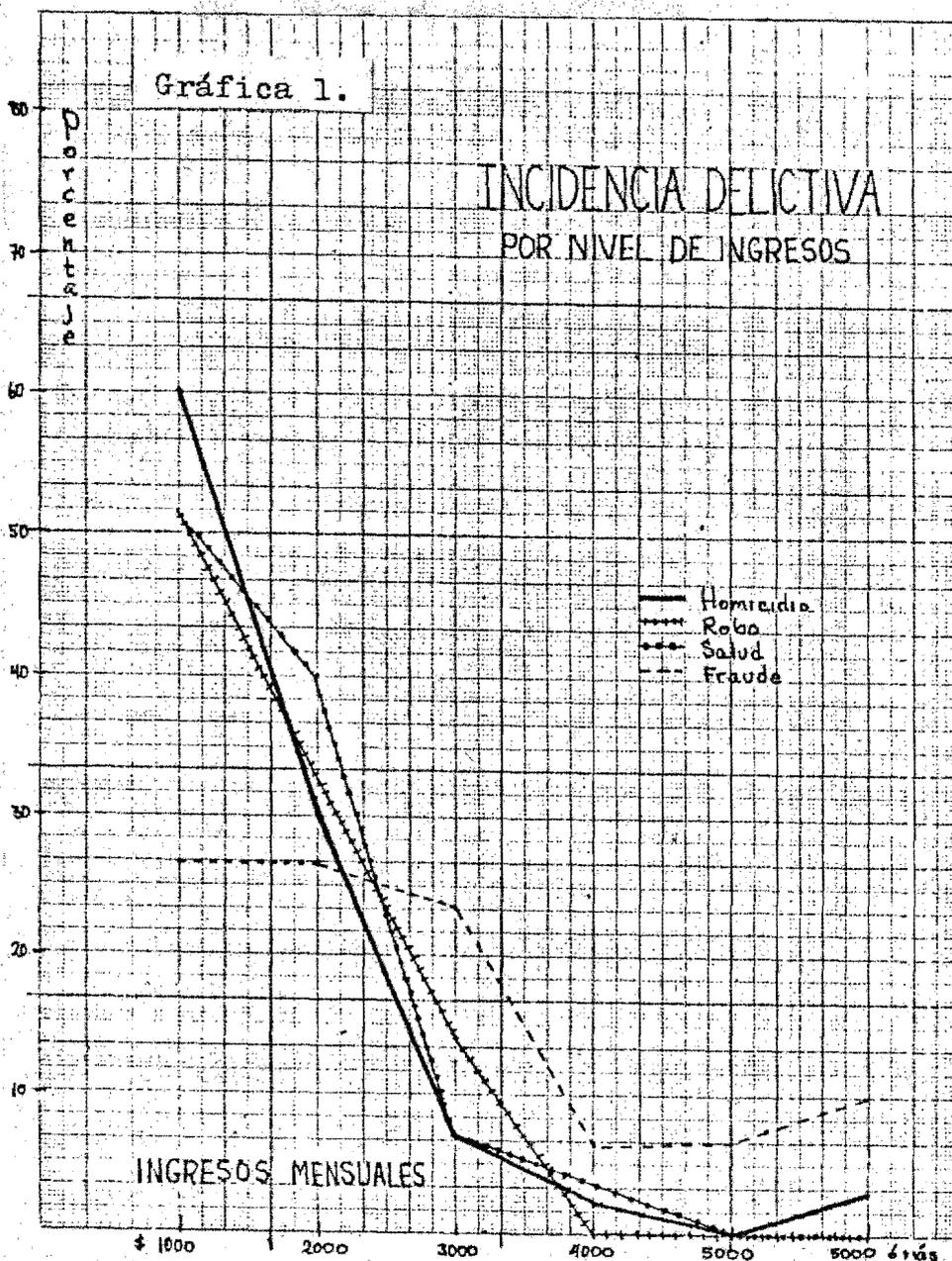
Un porcentaje importante (N= 37; 12.93%) no sabía leer ni escribir antes de ingresar a la cárcel, lo cual no difiere tampoco en gran medida del promedio nacional de analfabetismo del grupo de personas que tienen 20 años o más, ya que representa el 11.61% del mismo.

Los ingresos mensuales que obtenía, en promedio, nuestro grupo de estudio antes de llegar a prisión eran muy reducidos, ya que llegaban a sólo \$ 1,439.28 pesos (N= 276; DE= \$ 2,123.48) o sea US \$ 115.14. Este dato, sin embargo, ha de juzgarse con especial cuidado ya que el promedio nacional de ingresos del grupo que declaró tenerlos, conforme al Censo Nacional efectuado en 1970, representa únicamente \$ 1,062.46 pesos mensuales (US \$ 84.99). La diferencia, es en este caso del todo significativa ( $t= 2.942$ ;  $gl: \infty$ ;  $p < .01$ ), y podría concluirse que el grupo de reos sentenciados que examinamos es, así menos noble que la población nacional que cuenta con ingresos.

Esta diferencia, no obstante, desaparece por entero cuando se afina un poco más el análisis y se consideran los ingresos mensuales promedio declarados por los reos de una y otra cárcel y los que se obtienen en una y otra Entidad. Los detenidos en la Penitenciaría del Distrito Federal ganaban, antes de entrar en prisión, \$ 1,721.71 pesos al mes (N= 221; DE= 2,197.06) y en esta Entidad de la República el promedio mensual de ingresos, de nuevo conforme al Censo de 1970, es de \$ 1,717.91 (DE= 2,298.21). Como podrá comprobarse fácilmente no hay diferencia alguna ( $t = .025$ ).

Otro tanto sucede con los reos que se encuentran en la prisión de Almoloya, en el Estado de México. Su promedio mensual de ingresos, antes de ser encarcelados, llegaba a \$ 1,000.90 pesos (N= 55; DE= 804.95). El Censo de 1970 señala, para este Estado, un promedio mensual de ingresos per cápita de \$ 1,119.03 (DE= 1,884.55). La diferencia no es tampoco relevante ( $t = 1.708$ ), ya que apenas sobrepasa el .10 de coincidencia.

Resulta de interés, aquí, observar de manera gráfica los porcentajes de reos de acuerdo a su promedio mensual de ingresos antes de entrar a la prisión y de acuerdo, también, al delito por el que fueron detenidos (Vid. Gráfica 1 en la página que sigue).



Tomando en cuenta que el promedio mensual de ingresos es del todo similar al del resto de la población, quizá se podría afirmar que la distribución de este ingreso entre los reos sea también proporcionada a la que se encuentra fuera de la prisión. No obstante, hay que destacarlo, los más altos ingresos se encuentran entre los convictos por fraude, mientras que los más bajos entre aquellos detenidos por el delito de robo, a cuya curva es a la que más se asemeja la del grupo de homicidas.

La similitud en ingresos entre la muestra estudiada y la población de una y otra Entidad se traduce, como es de suponerse, en muchas otras semejanzas. No hay, así, diferencia en el número promedio de habitaciones que tenía el reo en su casa ( $M= 2.91$ ;  $N= 270$ ;  $DE= 1.80$ ) con las que existen en el país ( $t= .273$ ); antes de entrar a la cárcel comía carne un número similar de días por semana ( $M= 3.89$ ;  $N= 286$ ;  $DE= 2.17$ ) al que suele ingerirse este alimento en las Entidades federativas en que se encuentran encarcelados ( $t= 1.089$ ); y disponían de agua entubada en su vivienda (68.88%) y de baño y drenaje (67.48%) en proporciones más o menos semejantes a las que son usuales en el Distrito Federal (63.91% y 58.97% respectivamente), aunque más elevadas que las del Estado de México (34.73% y 25.29% en uno y otro caso).

Las diferencias más importantes que pueden encontrarse entre la muestra estudiada y la población del país se deben, sobre todo, al hecho de que los primeros estén en prisión, y tengan 4.56 años en promedio de vivir en ella. Así, por ejemplo, si sólo el 25.41% de los hombres con 20 años o más carecen en el país de una esposa o compañera, en la muestra carcelaria esta proporción aumenta hasta el 33.21%, y en un 16.79% más puede suponerse que sólo conservan nominalmente la relación, ya que sólo la mitad dice recibir visitas con-

yugales y, de éstos, el 4.89% muy irregularmente.

Hay algunos otros datos de la muestra estudiada que, aunque no permiten la comparación con el resto de la población del país, deben también consignarse. Los reos entrevistados declararon, así, que habían empezado a trabajar, en promedio, a los 11.34 años de edad (N= 286; DE= 3.37); se mantienen a sí mismos desde los 15.38 años en promedio (N= 278; DE= 3.98) y dejaron de vivir con sus padres más o menos cuatro años después (M= 19.45; N= 272; DE= 8.19), aunque ha de advertirse aquí que una proporción importante (N= 44; 16.17%) vivió con ellos hasta el momento de entrar en prisión, a una edad promedio de 27.70 años.

Fue a los 29.64 años de edad (N= 283; DE= 10.07) que cometieron el delito que los llevó a prisión, ya que más o menos tres meses y medio después fueron aprehendidos, o sea a los 29.93 años en promedio. Poco más de un año después (M= 1.29; N= 216; DE= 1.21) de haber sido aprehendidos fueron sentenciados. Las condenas, en promedio también, llegan a 11.08 años de cárcel (N= 283; DE= 9.03), periodo del cual ya han cumplido más de la tercera parte (37.90%), o sea 4.56 años en promedio (N= 286; DE= 3.54) y creen salir libres aproximadamente tres años después, al cumplir 37.98 años de edad (N= 284;

DE= 11.35). De ser cierto esto último habrán permanecido 7.47 años en promedio en la cárcel, lo que representa muy poco menos de las dos terceras partes de su sentencia (65.81%), lapso que conforme a las Normas Mínimas para la Rehabilitación de Reos Sentenciados promulgadas en 1971, es el que han de cumplir de su condena si realizan algún trabajo productivo durante su estancia en la prisión.

La cárcel, como sucede en todos los países del mundo, no parece ser eficaz para disuadirlos de cometer después otros actos ilícitos, ya que el 43% es reincidente. Por otro lado, y quizá ésta sea la explicación, "Los exprisioneros suelen comentar que aunque estuvieron prisioneros, recibieron cursos extensos y útiles de técnicas para cometer delitos", como cuenta Sarason (1972, p. 444), ya que de las cárceles se podría decir, a la manera evaluativa de Menninger, que son "criaderos de criminales, guaridas de la iniquidad..." (1968).

RESULTADOS

## 2.1 INCIDENCIA

Con 'incidencia' entenderemos el número de sujetos que incurre en una práctica determinada -su porcentaje-, la edad a la que esto ocurre por primera vez -su promedio-, y el número de sujetos que año con año se van agregando a los que ya se han iniciado en esto - su frecuencia acumulativa.

### 2.11 Masturbación

Cuando se hace referencia a la promiscuidad, en su sentido de número de compañeros sexuales, así como cuando se alude a la frecuencia de la conducta sexual, suele pensarse en un inicio precoz en la sexualidad. Esto lleva a suponer que la persona promiscua inició su actividad sexual a una edad notablemente inferior de la usual. Antes de examinar si nuestro grupo de homicidas es o no más promiscuo, veremos si su actividad sexual tiene un inicio significativamente más temprano que aquel de nuestro grupo de comparación, ya que como en 1964 señalaba Resten: "La impresión general que se obtiene de estas observaciones (1) es que entre los menores delincuentes la sexualidad es precoz" (p. 121).

#### 2.11.1 Edad promedio.

La edad promedio para la primera masturbación

---

(1) Examen de algunos aspectos del comportamiento sexual de 26 jóvenes detenidos por comportamiento asocial.

en el grupo H fue a los 14.41 años ( $N= 127$ ;  $DE= 3.67$ ), mientras que para el grupo no violento esto ocurrió a los 13.69 años ( $N= 74$ ;  $DE= 3.05$ ), no encontrándose que esta diferencia entre un grupo y otro tenga significancia estadística ( $t= 1.4871$ ;  $gl: 199$ ;  $p < .10$ ). Sin embargo es probable que, al no encontrar diferencia entre uno y otro grupo, estemos midiendo una característica de la delincuencia en general. Para dirimir esta cuestión confrontaremos nuestros datos con los de otros investigadores del comportamiento sexual humano.

En un estudio aún inédito, verificado en la ciudad de Örebro (Suecia), los doctores Hans Linderöth y Bengt Rundberg (1954) intentaron determinar los hábitos y los conocimientos que sobre sexualidad tenían 497 alumnos de dos escuelas distintas, encontrando, para el inicio de la masturbación, una edad promedio de 13.3 años, que como se puede observar fue un poco menor que la de nuestros grupos de estudio. Si se considera la naturaleza estudiantil de la muestra estudiada, con una edad promedio ligeramente inferior a los 18 años, podemos suponer que de haber incluido sujetos adultos que hubiesen declarado haberse masturbado por primera vez después de los 18 años, aunque éstos fuesen los menos, habría ascendido la edad promedio de incidencia minimizándose, así, el grado de significancia en la desigualdad entre ésta y la revelada por nuestros grupos.

Los doctores Masters y Johnson, en su controvertido y definitivo estudio sobre la fisiología de la "Respuesta Sexual Humana" (1965) encontraron, aunque la obtención de estos datos no era su preocupación central, que la edad de la primera masturbación oscilaba alrededor de los 14 años, para los 312 sujetos varones que constituyeron su muestra de estudio, ya que, señalan los esposos Masters: "...la frecuencia mayor se concentra durante los años postpuberales" (p. 176).

Alfred C. Kinsey y sus colaboradores: Wardel B. Pomeroy y Clyde E. Martin, en el reporte de su monumental estudio sobre el comportamiento sexual del varón norteamericano, publicado en 1948, señalan que la edad promedio de inicio en la masturbación se encuentra entre los 13 y los 14 años (1).

Más recientemente, el estudio de Morton Hunt, realizado con la intención de actualizar y de completar a Kinsey (2), muestra que a los 13 años se ha masturbado

- (1) La metodología desarrollada por estos investigadores de la conducta sexual es imposible presentarla en una cuantas líneas, sin desvirtuarla. Para dar una idea de las características de la misma, asumida la importancia de la propia investigación cuanto la utilidad del conocimiento del camino que habría de inaugurar, se presenta, en el Apéndice D, una descripción de sus rasgos característicos.
- (2) Investigación promovida por la Playboy Foundation como parte de su programa continuo, y realizada por The Research Guild, Inc. En la primera mitad de 1972 se obtuvieron 2026 cuestionarios completos aplicados a personas de 24 ciudades de los Estados Unidos, mayores de 18 años, de las cuales 982 son varones.

el 63% de la población total. Desafortunadamente, reiteramos, Hunt no ofrece un reporte técnico que permita obtener datos más útiles.

En el estudio más reciente (1974), para citar el más cuidadoso, del infatigable investigador del comportamiento sexual de los jóvenes japoneses, el doctor Shin'ichi Asayama (1), encontramos que "La mayoría de los hombres tuvieron su primera experiencia (masturbatoria) a los 14.15 años de edad". Y de un reporte técnico aún no publicado que el propio Dr. Asayama tuvo la gentileza de enviarnos podemos calcular 13.25 años de edad promedio para la primera masturbación. Es justo agregar aquí, que de haber comprendido a la población mayor de 21 años, esta cifra hubiera, con mucha probabilidad, aumentado.

#### 2.11.2 Frecuencia acumulativa.

Las curvas de "frecuencia acumulativa" muestran el ritmo al que una población determinada va iniciándose en una conducta particular.

Si graficamos los datos de nuestros grupos acumulando su incidencia y comparamos las curvas obte-

---

(1) El Dr. Asayama inició sus investigaciones del comportamiento sexual de los jóvenes japoneses en 1948, con un grupo de estudiantes universitarios de Kansai. En 1952 y en 1958 examinó grupos de estudiantes de "High school" de la misma provincia, y no fue sino hasta 1974 cuando realizó su estudio nacional de la juventud japonesa, con una muestra de 5000 sujetos (2764 varones), entre los 16 y los 21 años de edad, seleccionados al azar entre 26,783 jóvenes.

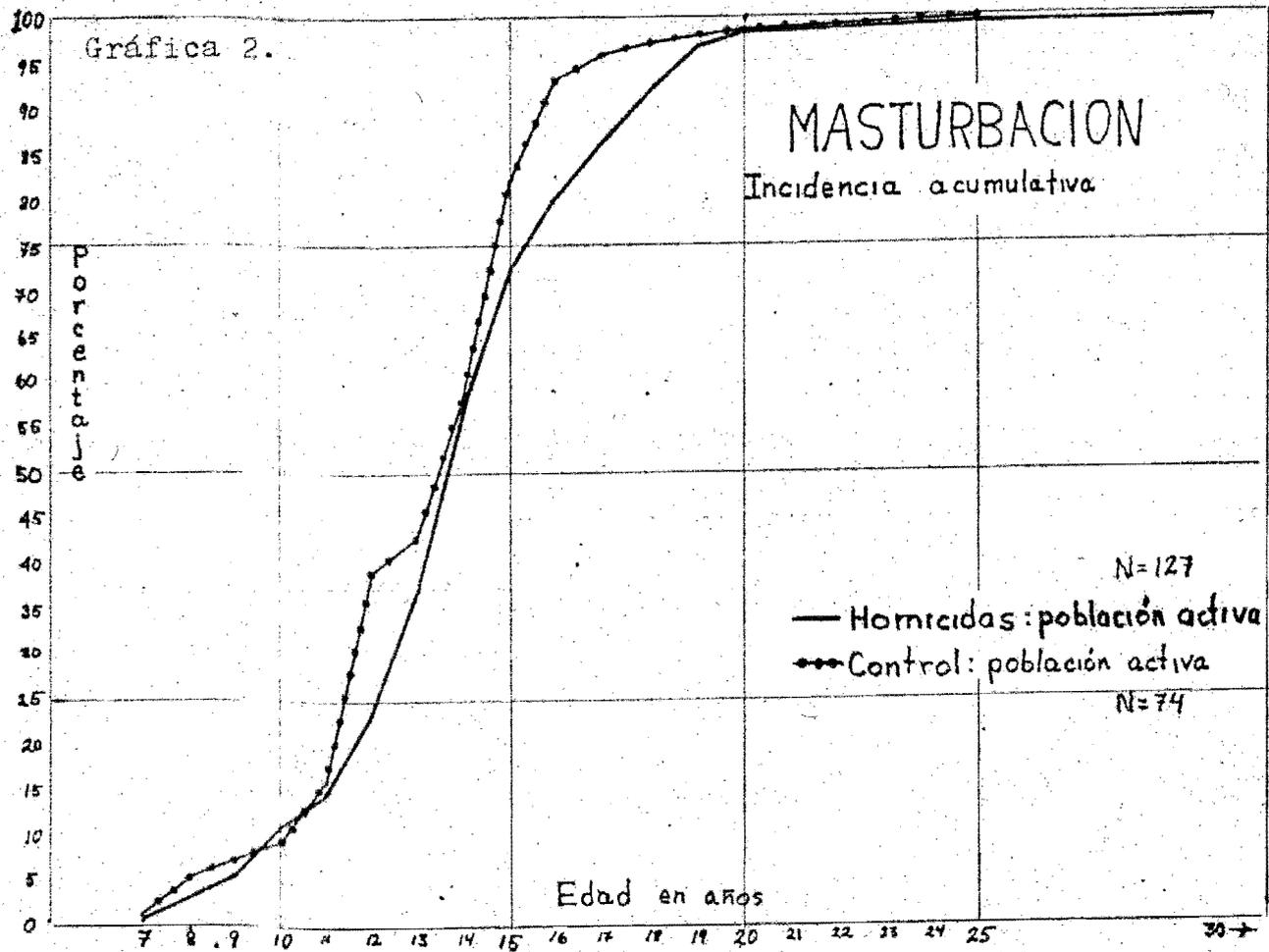
nidas encontramos que la del grupo control corre casi paralelamente sobre la del grupo violento. Decimos, así, que para los dos grupos a los 13 años se acelera habiendo alcanzado a los 19 un 90% de incidencia. (Vid. Gráfica 2, página siguiente).

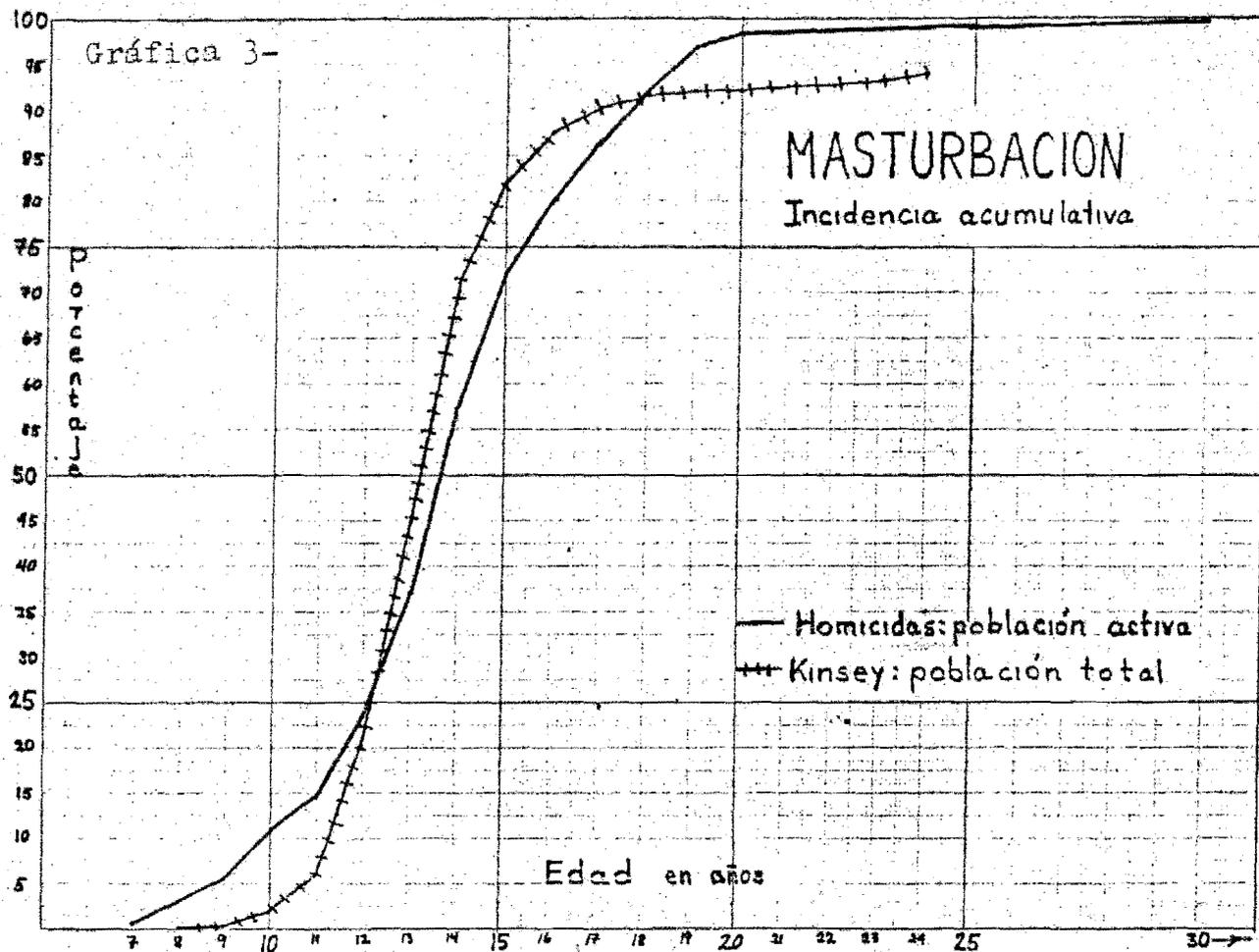
Superponiendo la curva de los homicidas con la que se proyecta con los datos de Kinsey encontramos que en los primeros años los porcentajes son mayores para nuestro grupo, pero que luego son superados por la muestra de Kinsey, la cual alcanza el 100% ya que toma en cuenta la población total, o sea tanto a los que declararon haber incurrido en esta práctica en algún momento de su vida, como a los que no hicieron esta declaración (Vid., en la página 34, la Gráfica 3). Encontramos, de cualquier manera, que las diferencias son mínimas, y podemos suponer que al aumentar el tamaño de nuestro grupo estas tenderían a desaparecer.

Lo mismo se puede decir de la comparación de la curva del grupo H con la del Dr. Asayama, si se toma en cuenta que ésta última es del todo similar a la encontrada por Kinsey y sus colaboradores (Vid. Asayama, 1975, p. 9, op. cit.).

### 2.11.3 Porcentaje.

Conociendo la tendencia que existe a ocultar la práctica masturbatoria, debido a la desaprobación





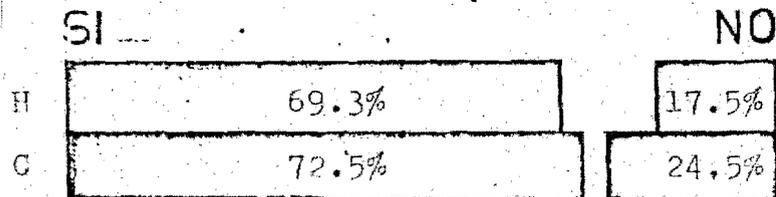
social que pesa sobre este comportamiento, para evitar la posibilidad de una respuesta falsa se formuló la pregunta de la siguiente manera: "A qué edad empezó usted a masturbarse?".

Resulta de interés señalar que mientras que en el grupo H un 17% de la población declaró no masturbarse, en el grupo C el porcentaje ascendió al 24%. En el extremo tenemos que el 69.3% de los homicidas declaran haberse masturbado, mientras que de los no homicidas lo declara el 72.5%.

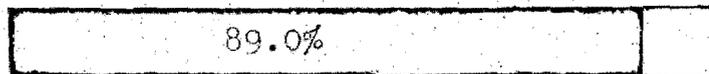
Gráfica 4.

### MASTURBACION

Admiten haberse masturbado:



KINSEY población estudios primarios:



Si se descuenta a aquellos que no respondieron a esta pregunta el porcentaje aumenta a 79.87% para los homicidas y a 74.75% para los que no lo son. Y se en-

cuentra -con una tabla de 2 por 2 con  $X^2$ - (Vid. Apéndice C, T-1), que esta diferencia no es significativa ( $X^2 = 0.6576$ ; gl: 2).

"Cerca del 92% de la población total llega a practicar la masturbación hasta el orgasmo (...), (anota Kinsey): las cifras correspondientes son el 96% de los sujetos con instrucción superior, el 95% de los que tienen estudios de secundaria y el 89% de los que únicamente cursaron primaria" (Kinsey, op. cit., p. 442). Si se recuerda que el 12.93% de los sujetos estudiados no saben leer ni escribir (Vid. inciso 1.3), y se agrega que este porcentaje para los homicidas es de 16.39% (Vid. Apéndice A), esta desemejanza tiende a desaparecer.

Y la explicación nos la proporciona el propio Kinsey:

En las bajas clases sociales, y particularmente en las generaciones más viejas de niveles humildes, la masturbación es considerada como anormal, como una perversión y un sustituto pueril de los contactos socio-sexuales (op. cit., p. 337).

porque, añade más adelante:

Las bajas clases sociales han establecido ciertos tabúes contra la masturbación fundándose en la creencia de que puede causar propensión a la locura, a los barrillos, a la impotencia o a cualquier otro trastorno psicossomático. Con mayor frecuencia se rechaza porque se considera antinatural, pues toda la filosofía de esta clase social gira alrededor de lo que es natural o antinatural, aceptando lo primero y rehusando lo segundo. La clase social elevada admite la masturbación más ampliamente, fundándose en que las

investigaciones científicas han demostrado que no causa alteraciones físicas, aunque, en realidad, es probable que tal aceptación derive de los graves tabúes que pesan en esta clase social sobre los coitos prematrimoniales (p.451). ...hay varones (...) que casi prefieren aceptar cualquier otra clase de actividad sexual antes que admitir su experiencia masturbatoria (p. 443).

La opinión tan generalizada de que todos los hombres se masturban alguna vez en su vida y la fácil aceptación de esta idea por muchos clínicos y educadores no está justificada por nuestros registros. (...) Así, pues, hay un grupo de varones que no se masturban, aunque el porcentaje sea tan pequeño... (p. 443).

Las cifras del Dr. Pierre Simon, quien realizó un estudio llamado inmerecidamente "el Kinsey francés" (1), con una muestra de 2625 personas mayores de 20 años, en 1970 (Vid. Simon, 1972) encontró que de los hombres que respondieron declaran haber practicado la masturbación el 73%, porcentaje éste que equivale al 63% de la muestra total.

El estudio de Örebro antes mencionado muestra que el 83% de los muchachos admiten haberse masturbado en alguna época. Debe considerarse aquí el nivel ins-

---

(1) Primera investigación en Francia sobre la información, el comportamiento y las actitudes sexuales de los franceses, utilizando como modelo una encuesta efectuada en Suecia por la SIFO (Instituto Sueco de Opinión Pública). Se estudió la población de 20 años y más, con un método de muestreo estratificado, entre junio y septiembre de 1970. Se aumentó la confiabilidad de los datos utilizando un cuestionario oral y otro escrito. Al ver el contenido de éste último se rehusó a contestarlo el 9% de la muestra.

trucciona y la edad de los sujetos estudiados. En Hunt (1974) y en Asayama (1974) encontramos datos casi idénticos a los de Kinsey y, finalmente, en el citado estudio de Masters y Johnson encontramos que este porcentaje asciende al 100%, ya que "debe destacarse que todos los hombres de nuestro estudio presentaban una historia positiva de masturbación (Masters y Johnson, op. cit., p. 176). No es del todo inútil cuestionar aquí la representatividad de la muestra de estos científicos de la respuesta sexual humana.

## 2.12 Coito heterosexual

Para conocer la incidencia del coito heterosexual fue planteada la siguiente pregunta: "Cuántos años tenía usted cuando tuvo su primera relación sexual completa con una mujer?".

### 2.12.1 Edad promedio.

En el grupo H encontramos una edad promedio de 16.93 años ( $N= 179$ ;  $ES= 0.2342$ ;  $DE= 3.02$ ) mientras que para el grupo C fue de 16.39 años ( $N= 98$ ;  $ES= 0.2342$ ;  $DE= 2.58$ ), no encontrando significancia estadística en esta diferencia ( $t= 1.5363$ ;  $gl: 275$ ;  $p < .10$ ).

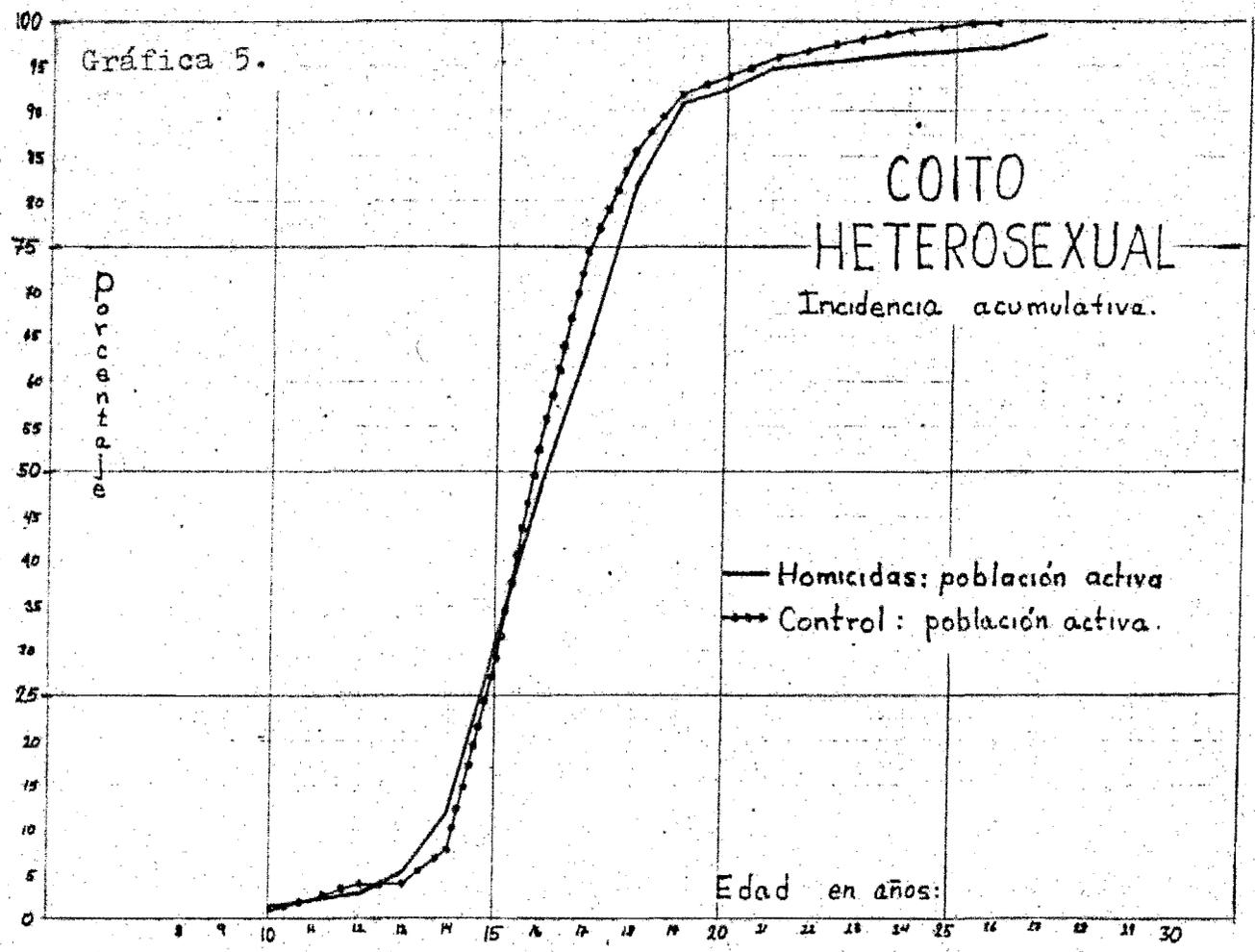
En el estudio realizado en Örebro por los doctores Linderöth y Rundberg la edad promedio fue a los 16 años. En un estudio de 436 reclutas militares en 1964 (90% de ellos tenían 20 años de edad) conducido por el profesor asociado de la Universidad de Estocolmo,

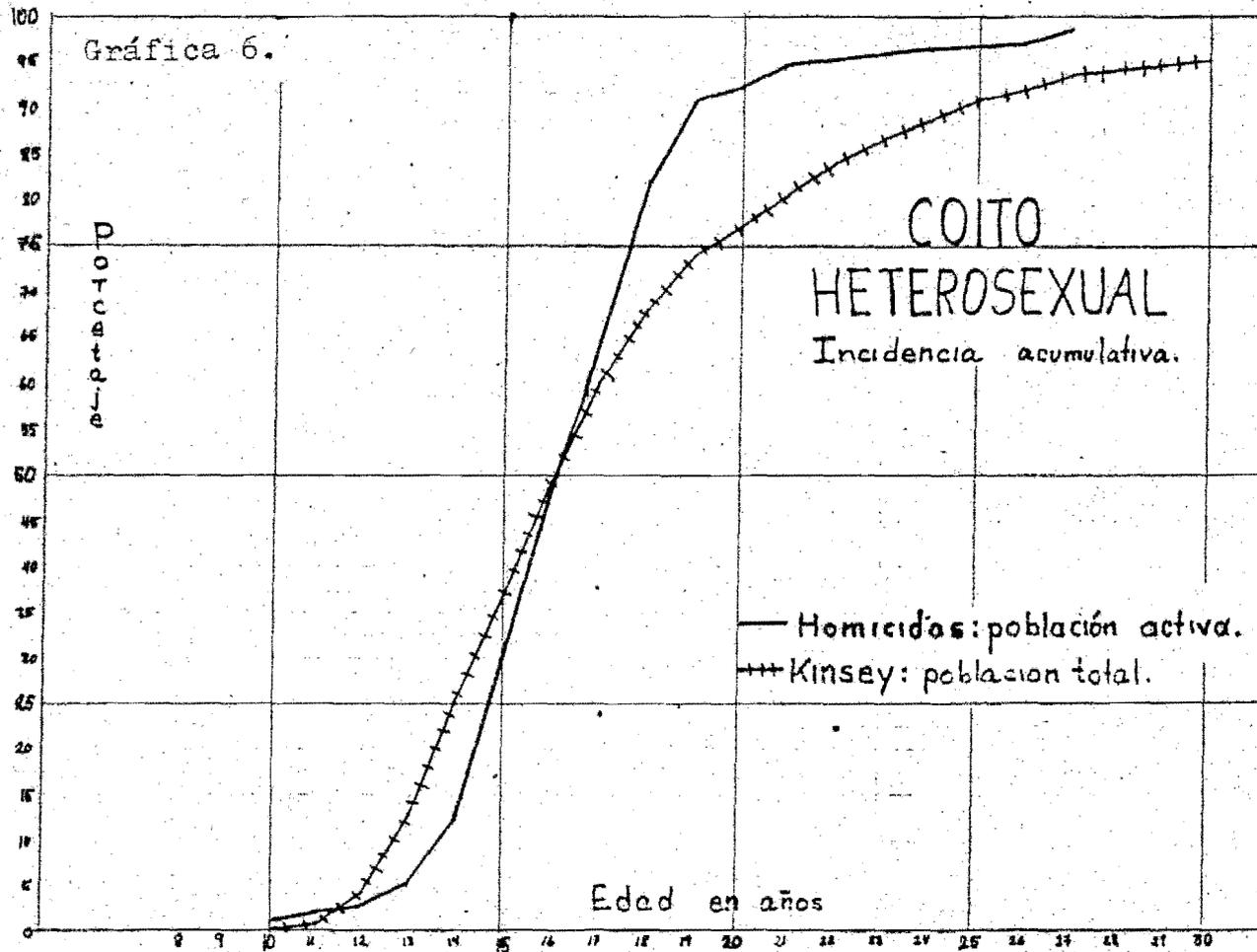
Joachim Israel, mostro que la edad media en ocasión del primer coito fue inferior a los 16 años. Como el grupo incluía pocos individuos de clase superior y pocos que habían llegado al nivel educativo de ingreso a la Universidad, ésta es probablemente una cifra un tanto más baja de la que podría esperarse para un grupo mayor, más heterogéneo, de jóvenes de 20 años. En otro estudio similar de reclutas realizado a principios de la década de los cuarentas por el doctor Gustav Jonsson (1940) fue encontrada una edad de 17 años para el primer coito. Kinsey localiza esta edad un poco después de los 16 años y Asayama entre los 15 y los 17. Pierre Simon reporta una edad promedio a los 19.2 años, y Resten a los 15; aunque para éste último haya que recordar lo reducido de su muestra.

#### 2.12.2 Frecuencia acumulativa.

Las curvas de frecuencia acumulativa entre nuestros dos grupos estudiados más que por sus diferencias son notables por su similitud (Vid. gráfica siguiente).

Comparada la del grupo homicida con la dibujada en base a los datos de la población total de Kinsey observamos que el ritmo de incidencia es más rápido para nuestro grupo, presumiblemente por tener un grado socio-cultural considerablemente más bajo (Vid., en la página 41, la gráfica correspondiente).





2.12.3 Porcentaje.

Del grupo violento sabemos que un 97.3% ha tenido relaciones sexuales, mientras que este porcentaje para el grupo utilizado como control fue de 96%, notando que esta diferencia es tan pequeña que no puede considerarse relevante.

Gráfica 7.

COITO  
HETEROSEXUAL

Han tenido relaciones heterosexuales:

	SI	NO
H	97.3	0.5
C	96.0	2.0

Después de eliminar a los sujetos que no respondieron, encontramos un porcentaje de 90.4 para el grupo H y de 84.2 para el grupo C (Vid. T-2 en Apéndice C), agregando, aquí, que el manejo estadístico de estos datos nos revela su similitud ( $X^2 = 1.8322$ ).

Estos porcentajes son, en el estudio de Örebro, del 57% (recuérdese la edad de la población

estudiada); en la investigación del Dr. Israel del 83%, y de 80% en la del Dr. Jonsson; de 28.09% en la de Asayama, mientras que este porcentaje es del 92% en el estudio de Pierre Simon. Schofield (1973, p. 170), en su estudio de seguimiento a su investigación de 1965 sobre los jóvenes londinenses, reporta, para un grupo integrado con varones entre los 22 y los 26 años, que el 92% ha tenido relaciones durante el último año. Hunt no proporciona esta cifra más que para el coito prematrimonial realizado con prostitutas; y la de Kinsey es, de nuevo, igual a la encontrada en nuestros grupos de estudio.

### 2.13 Primera unión con una mujer

"A qué edad se casó usted por primera vez o empezó a vivir con una mujer de manera más o menos permanente?".

De las respuestas dadas a esta pregunta fueron encontrados los siguientes datos: 21.27 años en promedio para los homicidas (N= 160; ES= 0.3427; DE= 4.40) y 20.72 años para aquellos que no fueron detenidos por conducta violenta (N= 85; ES= 0.4998; DE= 4.58). La diferencia entre estas cifras no es significativa ( $t= 0.9076$ ;  $gl: 243$ ;  $p < .10$ ).

El 86.3% de los homicidas que respondieron

declara haber estado unido, o estarlo, a una mujer; cuando entre los no homicidas este número es 83%.

"...la edad media del primer matrimonio es (...) un poco arriba de los 23 años para los hombres" (Vid. U. S. Dept. of Health, Education and Welfare); cuando en otro lugar encontramos: "En los Estados Unidos, en la actualidad, la edad media para el matrimonio es de 21 años en los hombres..." (Vid. Shearer, 1962, p. 27).

#### 2.14 Conclusión sobre incidencia

Nuestros datos muestran que nuestros grupos no comienzan primero, ni a diferente ritmo: en su primera masturbación, ni en su primera relación sexual completa, ni en su primera unión estable con una mujer; y que los porcentajes de la población activa de estos grupos en cada una de estas prácticas no son notablemente diferentes entre sí, ni cuando se los compara con los resultados obtenidos por otros investigadores en otras partes del mundo.

## 2.2 PROMISCUIDAD

La palabra 'promiscuidad' la empleamos aquí, siguiendo en esto a Schofield (1973, p. 181), para referirnos al número de compañeras sexuales que han tenido las personas que integran los grupos que son objeto de nuestro estudio.

### 2.21 Número de mujeres

"Con cuántas mujeres, sin contar prostitutas, habrá tenido usted relaciones sexuales hasta ahora?", fue la pregunta que nos proporcionó esta información.

Encontramos un promedio de 8.35 compañeras para los homicidas (N= 138; ES= 0.8381; DE= 9.81) y de 12.73 para los no homicidas (N= 82; ES= 2.0417; DE= 18.49) analizando los datos de la población activa, de los que puede afirmarse, después de una prueba numérica, que en este caso la discrepancia sí debe considerarse significativa ( $t= 1.98$ ;  $gl: 218$ ;  $p < .05 > .02$ ).

Examinando ahora sólo aquellos que declaran haber tenido relaciones con alguna mujer encontramos que éstos son el 82.7% de los homicidas y el 91.0% de los que no lo son. Una prueba estadística (Vid. T-3 en Apéndice C) nos permite afirmar, ahora, que esta diferencia no debe ser tomada en consideración ( $X^2= 4.007$ ).

En el estudio más cuidadoso sobre el comportamiento sexual, realizado en una muestra representativa

de los adolescentes de la ciudad de Londres (Vid. Schofield, 1965), encontramos que la población activa (143 sujetos, de un total de 934, entre los 15 y los 19 años) tuvo un promedio de 6.2 "partenaires" durante el último año (1). Desafortunadamente este dato no se precisa en el reporte de su estudio de seguimiento realizado 7 años después (Vid. Schofield, 1973).

"Para el conjunto de entrevistados que ya han tenido relaciones sexuales, (reporta Simon) el número de compañeras se sitúa, en promedio, en aproximadamente 12 para los hombres...", porcentaje que, suponemos, descendería si se considera la población total y se restan aquellas compañeras sexuales que eran prostitutas, ya que, añade: "incluyendo las relaciones eventuales con prostitutas" (Simon, 1972, p. 74). Este dato, al igual que otros, no puede obtenerse de manera más útil a nuestros propósitos, ni siquiera utilizando la información proporcionada en su "édition scientifique" (Vid. Simon et al., 1972).

#### 2.22 Número de uniones más o menos permanentes

Para obtener información sobre el número de uniones más o menos estables se solicitó a las personas

(1) Esta es la única investigación que ha sido llevada a cabo con un sistema de muestreo al azar, señala el propio Schofield en 1965, y añade que, incluso en los estudios de Kinsey, a pesar de haber entrevistado a un gran número de individuos "no se usó ningún método sistemático de selección", y "no utilizó preguntas estandarizadas" (1965, pp. 25-26).

entrevistadas responder a la pregunta: "Con cuántas mujeres se ha casado, o ha vivido con ellas de manera más o menos permanente?".

De las respuestas ofrecidas por la población total a esta cuestión encontramos que los homicidas han tenido 2.13 mujeres en promedio con las cuales se han relacionado de manera permanente (N= 151; ES= 0.2059; DE= 2.52), en tanto que los no homicidas lo han hecho con 1.84 mujeres en promedio (N= 83; ES= 0.1439; DE= 1.30). La prueba estadística nos permite anotar que esta diferencia no es relevante ( $t= 1.1545$ ;  $gl: 232$ ;  $p < .10$ ).

De la población activa, revelan nuestros cómputos, se han unido solamente con una mujer el 56.29% de los homicidas y el 55.69% de los que no han cometido delitos de esta índole. La diferencia, como fácilmente puede aceptarse, no merece ser tomada en cuenta. Lo mismo puede decirse de los porcentajes de los sujetos que en uno y otro grupo se han unido con 2 ó más mujeres: 43.7% y 44.3% respectivamente.

### 2.23 Conclusión sobre promiscuidad

El número promedio de mujeres con las que han tenido relaciones sexuales es menor para los homicidas, aunque igual, en términos generales, a los grupos de

estudio utilizados para comparar nuestros datos. El número promedio de mujeres con las que se han relacionado de manera más o menos estable no difiere tampoco en grado significativo y, finalmente, los porcentajes de la población activa que se han unido con una sola mujer, como los de aquellos que se han unido con 2 ó más mujeres no acusan diferencias cuando el punto de mira es estadístico.

### 2.3 RELACIONES INESTABLES

De la pregunta anterior podemos saber que de la población total el 82.5% de los homicidas vivió con alguna mujer de manera más o menos permanente. Entre los no homicidas sólo tuvieron esta experiencia el 77.5% del grupo examinado. Lo que quiere decir que, en todo caso, son los homicidas más capaces de relacionarse de manera estable.

Gráfica 8.

VIVIO CON UNA MUJER  
de manera más o menos permanente:

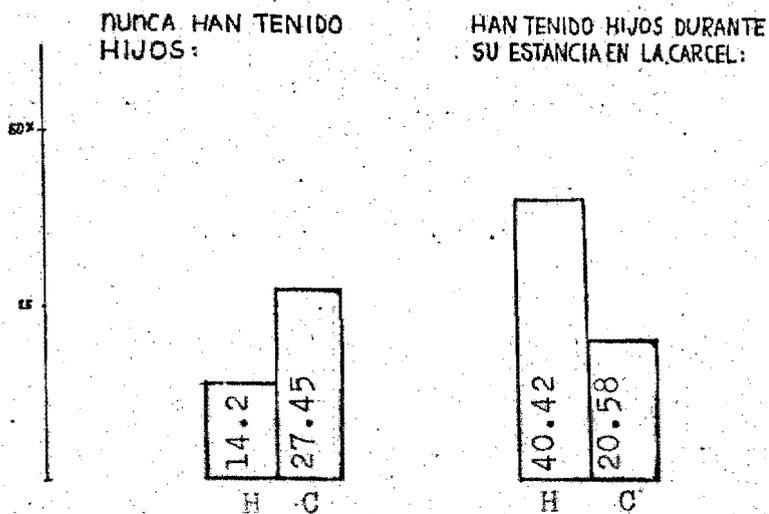
	SI	NO
H	82.5	13.0
C	77.5	16.7

Sin embargo, si se descuentan los sujetos que no respondieron a esta pregunta tenemos que los porcentajes son de 86.29% y 83.0% respectivamente, minimizándose, así la desigualdad. Si, además, somparamos en ambos grupos a los que contestaron afirmativamente con los que no lo hicieron así, encontramos que no hay diferencia entre ellos ( $X^2 = 0.3135$ ; Vid. Apéndice C, T-4).

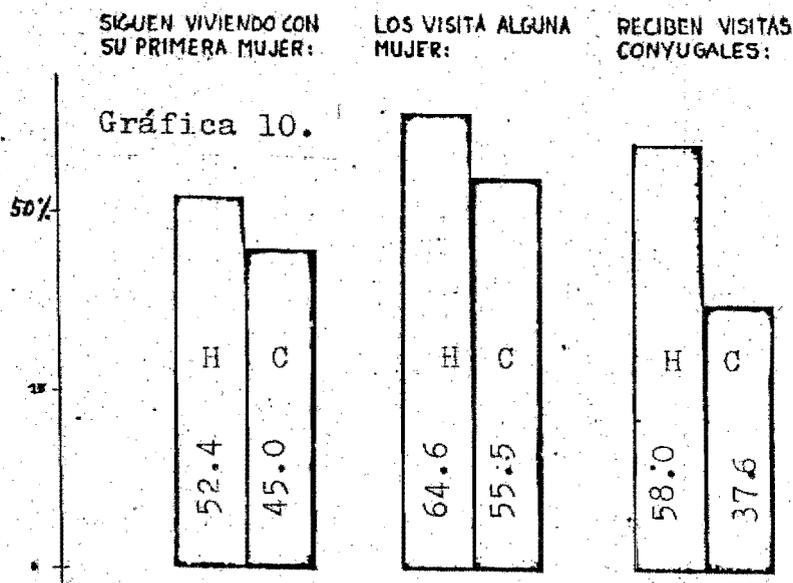
Tenemos, por otro lado, que son muy pocos los homicidas que nunca han tenido hijos (14.20%), si se los compara con los del grupo C (27.45%); y muchos los homicidas que han tenido hijos durante su estancia en la cárcel (40.42%) si, de nuevo, se los observa cerca del porcentaje de los no homicidas (20.58%). Si se acepta que el haber tenido hijos, sobre todo mientras se ha permanecido recluido en prisión, implica, de alguna manera, estabilidad en la relación con la compañera, tendríamos que concluir que ésta es característica del grupo de aquellos que han privado de la vida a otra persona, en el caso de serlo de alguno.

Gráfica 9.

### HIJOS



Si confrontamos, además, entre uno y otro grupo, los porcentajes de los que siguen viviendo con su primera mujer; de aquellos que reciben visita femenina; y de aquellos que reciben visitas conyugales, la afirmación anterior aumenta en confirmación.



Si anotamos, finalmente, que el 7.18% de los homicidas reciben visitas conyugales 2 ó más veces por semana, mientras que entre los delincuentes del grupo de control este porcentaje es apenas del 1.98%, la conclusión se hace inevitable.

## 2.4 RELACIONES INADECUADAS

Para investigar este aspecto se aprovechó la característica ofrecida por el MMPI de poder integrarle nuevas escalas. Creemos conveniente en este lugar, para una mejor explicación de esto, escribir algunas palabras respecto al Inventario Multifásico de la Personalidad desarrollado en Minnesota.

### 2.41 El MMPI en la investigación criminológica

Muchas son las pruebas y perfiles de personalidad que se han empleado en el empeño de encontrar alguna característica psicológica que distinga a los delinquentes de quienes no lo son. Entre ellos deben mencionarse el Bender-Gestalt, el Inventario Psicológico de California, el Szondi, el Cassel, la prueba de Rorschach, la de Rosenzweig y, finalmente, al MMPI, como suele conocerse al Inventario de Minnesota. De entre todas estas pruebas algunos criminólogos europeos parecen preferir la de Rorschach, a pesar de que su interpretación depende en gran medida del psicómetra y no ofrece resultados cuantificables que se presten al manejo estadístico (1).

(1) Así, por ejemplo, Wolfgang y Ferracuti (1971, p. 256) dicen: "Como podría suponerse, al grupo más voluminoso de estudios psicométricos sobre el homicidio ha empleado la prueba de Rorschach". En contrario basta consultar la bibliografía que señala sobre el particular, por ejemplo, Butcher (1969, p. 363 y ss.).

En la última década, sin embargo, los estudios en esta área se han inclinado a favor de las pruebas "objetivas" y han abandonado las "proyectivas" -como la de Rorschach. De las primeras la que más se ha empleado, sin duda alguna, es el MMPI. Así en una revisión de las investigaciones de psicología criminal efectuadas entre 1950 y 1965, se apunta que el MMPI fue empleado en el 30% de los casos, mientras que el Rorschach sólo llegó a usarse en el 5% de los estudios (Schuessler y Cressey, 1950; y Waldo y Dinitz, 1967).

Muy por otra parte ha de advertirse que el MMPI resulta ser una de las pruebas más eficaces para descubrir, si las hay, características distintivas en la personalidad de los delincuentes ya que, en 29 investigaciones de esta naturaleza logró distinguirlos claramente de los grupos no carcelarios en 28 casos, o sea en el 96.5% (Vid. Waldo y Dinitz, 1967). En cuanto a encontrar diferencias entre reos sentenciados por delitos de distinto tipo, sin embargo, debe reconocerse que, si las hay, no ha logrado descubrirlas. El número de investigaciones que se han efectuado con este propósito es todavía muy reducido y, en ellos, no se procuró lograr similitud alguna entre las demás variables de los grupos comparados, a no ser en la edad (Vid., por ejemplo, Kingsley, 1960; Panton, 1962; Erikson y Roberts, 1966).

## 2.42 Fisonomía del MMPI

Pero quizá, una vez expuestas las anteriores razones, no sea del todo inútil presentar, si bien de manera sumaria, las características principales de este reconocido instrumento psicométrico.

A fines de 1938, los Drs. Hathaway y McKinley comenzaron a reunir frases para integrar una prueba que sirviera para evaluar la personalidad. Las frases se basaron en las preguntas que se hacen para elaborar historias clínicas de medicina general, neurológicas y psiquiátricas, como también en escalas publicadas en esa época con fines de encontrar datos sobre la personalidad y escalas que ofrecieran informes sobre la orientación vocacional. De la lista original consistente en 1200 frases quedaron finalmente 566. Estas eran oraciones declarativas de la primera persona del singular, afirmativas o negativas. Nunca eran interrogaciones y tenían la característica de ser breves, claras y sencillas.

Por ser demasiadas frases para investigarlas una a una, se agruparon con fines de calificación de la siguiente manera: el inventario se aplicó a diferentes grupos clínicos comparándolos con grupos de sujetos que no eran pacientes, agrupando las frases que para cada escala se seleccionaron, precisamente de acuerdo con la posibilidad que tenían de diferenciar un grupo clínico de uno de control, sin tomar en cuenta el contenido o

alguna significación especial de la frase (1).

Aunque Dahlstrom y Welsh (1960) han logrado seleccionar 213 escalas diferentes, las escalas básicas utilizadas son 4 de validez, y 9 clínicas. Explicaremos de manera sintética las características de cada una de ellas.

Escalas clínicas:(2):

- Escala 1 (Hs) Hipocondria. Desarrollada con pacientes psicóneuróticos extremadamente preocupados con su bienestar físico, con su salud.
- Escala 2 (D) Depresión. Denominada, a menudo, la escala del "estado de ánimo". "La depresión es uno de los principales cuadros característicos de todo paciente psiquiátrico" (Núñez, op. cit., p. 39). Hathaway y Meehl (1951) señalaron que todo paciente con padecimiento mental y que se da cuenta de su enfermedad, muestra un cuadro de depresión.
- Escala 3 (Hi) Histeria de conversión. Pacientes diagnosticados por los psiquiatras como histéricos. Esta escala está relacionada con las anteriores, formando la "triada neurótica". Hay que agregar, aquí, que la elevación del puntaje en cada escala, tanto para los pacientes psiquiátricos, como para los que no lo son, han de interpretarse de manera diferente.

---

(1) Para ser incluidas dentro de la escala "las frases debían encontrarse con una frecuencia tal, que al compararse con el grupo control (los del grupo experimental) la utilizaban por lo menos el doble del error normal" (Núñez, 1968, p. 5).

(2) Aunque éstas son designadas con su inicial, utilizaremos, desde ahora, su expresión numérica que facilita la clasificación y la interpretación de la gráfica, además de permitir construir la "clave del perfil".

- Escala 4 (Dp) Desviación psicopática. Pacientes del grupo conocido clínicamente como "personalidad psicopática": personas con conducta asocial, con mínima angustia y poco o ningún sentido de malestar, que se encuentran en desacuerdo e inconformes con el medio social y cultural. Esta escala ha sido asociada con la conducta delictiva (Hathaway y Monachesi, 1963; Lykken, 1957; Graddick, 1962), y ésta es menor si le acompañan la 1, la 7 y principalmente la 2, pero cuando "se encuentra en combinación en elevación con las escalas 3, 8 y principalmente la 9, la delincuencia es mucho más frecuente" (Núñez, op. cit., p. 43).
- Escala 5 (Mf) Masculino-femenino. Obtenida al comparar la frecuencia con que las frases eran interpretadas por un grupo de homosexuales y otro de los que no tenían este carácter. También se compararon entre hombres y mujeres. "Una puntuación elevada implica una orientación en dirección al sexo opuesto" (Núñez, op. cit., p. 44). Consta de 60 frases referidas a los intereses, elección vocacional, preferencias estéticas, y una dimensión de actividad-pasividad. "Una elevación en la escala 5 (afirma Carson) nunca es por sí misma razón suficiente para diagnosticar homosexualidad, abierta o "latente" " (p. 289). Sin embargo, anota más adelante: "Muchos homosexuales abiertos exhiben este patrón (elevación en 4 y 5) y no tienen a menudo de ninguna manera reticencia para discutir su conducta sexual con quien muestre estar interesado" (Vid. Carson, op. cit., p. 290).
- Escala 6 (Pa) Paranoia. Pacientes que se sentían perseguidos, sufrían de megalomanía, eran suspicaces, con ideas de referencia, rígidos en sus opiniones y actitudes.
- Escala 7 (Pt) Psicastenia. Pacientes que sufrían de dudas exageradas, obsesiones y fobias.

Escala 8 (Es) Esquizofrenia. Se desarrolló en un grupo de pacientes con un diagnóstico de esquizofrenia, entre los cuales los rasgos más importantes son su incongruencia de afecto, el fraccionamiento en el proceso del pensamiento y lo extraño del contenido de éste.

Escala 9 (Ma) Hipomanía. Pacientes con leves grados de excitación maniaca que se encuentran en las psicosis maniaco-depresivas: actividad intensa, gran distracción, elación inestable, incansable, insomnio, hipertiróidismo, actitud de sospecha y además megalomanía. "En puntajes altos son cálidos, entusiastas, expansivos, generalmente extrovertidos, y desinhibidos. (...) Puntajes bajos exhiben a menudo indiferencia, apatía, y falta de impulso" (Carson, op. cit., p. 294).

Escala 0 (Si) Introversión-extroversión. Con sujetos que no eran pacientes clínicos. Es una escala "adicional" del MMPI. Sus frases se refieren principalmente a la participación social. Altos puntajes indican ansiedad producida por el contacto con la gente y la tendencia a aislarse.

Escalas de validez:

Escala "?" No es una escala en el sentido usual, y consiste simplemente en el número de enunciados a los cuales el sujeto no ha contestado. Una puntuación alta en esta escala "debido a que el sujeto no sabe cómo contestar, indica que no se puede llegar a ninguna conclusión sobre ese sujeto en particular" (Núñez, op. cit., p. 13).

Escala L Consta de 15 ítems seleccionados para identificar personas que tratan de dar una impresión exageradamente buena de sí mismos. En puntajes altos (superiores a 9) se supone que el sujeto tiende a mentir y la prueba es considerada inválida.

Escala F. Está integrada por las 64 oraciones que fueron contestadas casi siempre de igual manera por los grupos de control, quienes, por otro lado, obtenían puntajes muy bajos. En puntajes brutos arriba de 15 se considera la hipótesis de incapacidad de comprender y su prueba es anulada, aunque debe agregarse que estas escalas pueden tener también una interpretación clínica.

Escala K. Tiene como propósito medir las actitudes defensivas al resolver un test. Mide aproximadamente lo mismo que L, pero de una manera más sutil y efectiva, y es usada como un factor de corrección para las escalas clínicas 1, 4, 7, 8 y 9, pero también como índice de ciertas características de la personalidad.

Los puntajes brutos de estas escalas se transforman en "puntaje T" -que es el resultado de una conversión estadística en la que la media aritmética de puntuaciones normales se ajusta a 50 y la desviación estándar es 10, por lo que la puntuación de 70 representa dos DE arriba de la media-, y se traza con ellos una gráfica generalmente llamada 'perfil'. Aunque no se aconseja interpretar las escalas por separado, sí se pueden ver con relación al perfil completo, el cual se analiza en base a tres criterios: elevación, dispersión y forma o inclinación, pudiendo decir, por ejemplo, que aquellos de psiconeuróticos descienden de izquierda a derecha.

#### 2.43 Las nuevas escalas

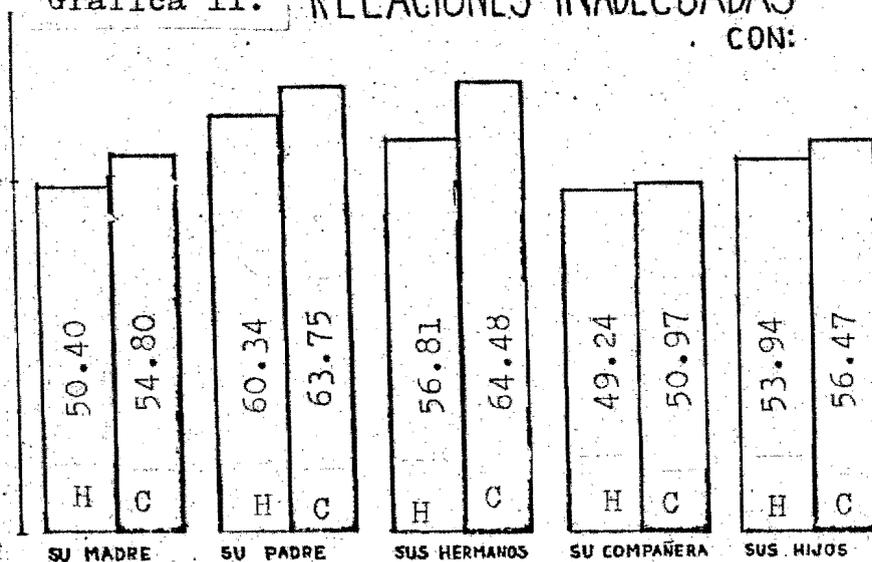
Como fue anteriormente señalado, al MMPI le fueron intercaladas 200 oraciones más para formar nue-

vas escalas (Vid. inciso 1.2), referidas, algunas de éstas, al estado familiar del entrevistado, y más precisamente a sus relaciones con los miembros que integran su hogar.

Como ya fue anotado también, las escalas de este Inventario están constituidas por enunciados, afirmativos o negativos, y con los cuales el sujeto debe decir solamente si coincide o no, obteniendo, de esto, un determinado puntaje bruto. En este orden se elaboraron 5 escalas para medir lo inadecuado de las relaciones entre el reo y cada uno de los miembros de su familia, decidiendo, previamente, aquellas afirmaciones con las cuales coincidir o no expresaba lo "inadecuado" de la relación (Vid., como ejemplo, el Apéndice E). No es nada inútil agregar aquí que con la expresión 'relaciones inadecuadas' queremos aludir únicamente al puntaje obtenido de las respuestas a los enunciados que integran cada una de estas escalas, identificando el término con un método de medición y su resultado, y haciendo, por lo tanto, lo que es mejor conocido como 'definición operacional', en la conocida sugerencia de Bridgman (1927, p. 5 y ss.).

En la siguiente gráfica de barras se pueden confrontar los puntajes promedio que en cada escala obtuvo cada uno de los grupos.

Gráfica 11. RELACIONES INADECUADAS  
CON:



Aunque en un examen superficial es el grupo no violento el que tiene relaciones "más" inadecuadas en todos los casos, el resultado de operaciones estadísticas revela que esta diferencia existe solamente en las relaciones con la madre y con los hermanos ( $t=2.6974$ ;  $gl: 259$ ; y  $t=3.4367$ ;  $gl: 244$  respectivamente), en las cuales se sobrepasa el .01 de coincidencia (Vid. el Cuadro II, que aparece en la página que sigue).

CUADRO II

ESCALAS DE RELACIONES INADECUADAS

CON SU MADRE:

HOMICIDAS	NO HOMICIDAS
N- 166	95
M- 50.40	54.80
ES- 0.8782	1.3746
DE- 11.31	13.33

(t- 2.6974; gl: 259; p < .01)

CON SU PADRE:

HOMICIDAS	NO HOMICIDAS
N- 166	95
M- 60.34	63.75
ES- 1.3779	1.7005
DE- 17.70	17.09

(t- 1.5580; gl: 259; p < .10)

CON SUS HERMANOS:

HOMICIDAS	NO HOMICIDAS
N- 160	86
M- 56.81	64.48
ES- 1.0415	1.9720
DE- 12.76	18.18

(t- 3.4367; gl: 244; p < .01)

CON SU COMPAÑERA:

HOMICIDAS	NO HOMICIDAS
N- 177	94
M- 49.24	50.97
ES- 1.1349	1.5783
DE- 14.62	15.22

(t- 0.8899; gl: 169; p < .10)

CON SUS HIJOS:

HOMICIDAS	NO HOMICIDAS
N- 166	95
M- 53.94	56.47
ES- 1.5568	2.2707
DE- 19.38	22.02

(t- 0.9190; gl: 259; p < .10)

## 2.5 PRACTICAS INFRECIENTES

Ha de advertirse que, empeñados en poder utilizar la palabra 'científico' para adjetivar nuestro lenguaje, entre otras cosas hemos evitado el empleo de términos como 'patológico', 'perverso', 'degenerado', e incluso de aquellos que como 'desviado' o 'anormal' incluyen un uso descriptivo en su sentido de frecuencia, ya que desde 1948 Kinsey se preguntaba si estos términos debían ser usados por el científico para hablar del comportamiento sexual humano: "...esta continuidad (del comportamiento sexual) y la amplia extensión de las series plantea la cuestión de si los términos 'normal' y 'anormal' pertenecen al vocabulario científico" (p. 179), y no es sino hasta nuestra década, cuando Rafael Ruiz Harrell (1975, 1976), después de un sistemático examen de estos signos y de los contextos en que figuran, demostró que referidos a la conducta humana en general, pierden, cuando lo tienen, su carácter descriptivo, expresando únicamente la emoción de quien los emplea, e impidiendo del todo, como consecuencia, el poder predicar de lo que se ha dicho si es falso o verdadero. Propone, como resultado de su análisis, el sustituir estos términos por otros unívocos y precisos que, como 'frecuente' o 'usual', formen parte del lenguaje de la ciencia.

## 2.51 Homosexualidad

Aunque el comportamiento homosexual podrá ser llamado 'infrecuente', dependiendo del uso que para este término se especifique (puede, por ejemplo, llamarse 'infrecuente' a aquello que ocurre con una frecuencia más allá de una desviación estándar), aquí lo usaremos, en un sentido más amplio, para aludir a las conductas que son realizadas a lo más por el 25% de la población, ya que nuestro propósito fundamental es simplemente evitar el juicio moral.

Kinsey encontró que el 37% de la población masculina había tenido alguna experiencia homosexual en alguna época de su vida; que el 8% era exclusivamente homosexual a lo menos durante 3 años de su vida, y que, finalmente, el 4% de la población era exclusivamente homosexual durante toda su vida.

Estas cifras de Kinsey ofendieron a la población masculina de su época e inquietaron a muchos investigadores del comportamiento sexual humano. Así, por ejemplo, el Dr. Wardell B. Pomeroy dijo en su reciente historia: "Dr. Kinsey and the Institute for Sex Research" (1972, p. 466): "El mágico 37% de los hombres que han tenido una o más experiencias homosexuales fue, sin duda, sobrestimado. Probablemente (añade en un tono irónico) el 33% habría estado más cercano de la realidad".

El mismo Dr. Paul Gebhard, coautor de Kinsey y director del Instituto aún después de su muerte, en una entrevista con Arno Karlen, lisa y llanamente exclamó: "Dios mío, a veces desearía nunca haber publicado esa estadística" (Vid. Karlen, 1971, p. 282). Y en el mismo texto encontramos que el sociólogo William Simon dice a Karlen que, en base a su conocimiento de los datos originales de Kinsey y a información de otras fuentes, él estimaría que solamente "2 ó 3% de la población masculina tiene un patrón serio homosexual perdurable. Otro 7 u 8% tiene experiencia casual o episódica. Esto hace que apenas el 10% de la población masculina haya tenido más que pasajeros o experimentales eventos homosexuales en sus vidas" (p. 456). Irving Bieber, autor de un texto ya clásico sobre el particular (Bieber, 1962), comenta que "una más realista evaluación (que la de Kinsey) es que 1 a 2% de los adultos varones americanos son exclusivamente homosexuales y entre 3 a 4% es bisexual" (Vid. Bieber, 1973, p. 32). En una comunicación personal (acota Hunt), el Dr. Bieber agrega "que considera los porcentajes de Kinsey grotescos y gruesamente erróneos" (Hunt, 1974, p. 309). "7% de los hombres (...) han experimentado contactos homosexuales tales como besos, caricias, y masturbación mutua", confirma Asayama (1976, p. 387); y han tenido experiencia homosexual el 15% de sus "jó-

venes adultos", reporta Schofield (1973, p. 183).

Sin embargo el dato definitivo lo proporciona Hunt, después de señalar las fallas de Kinsey en el tratamiento de sus datos sobre el particular y en la integración de su grupo, cuando afirma: "En nuestro propio estudio solamente el 1% de los hombres (...) se clasifican a sí mismos desde "principalmente" hasta "totalmente" homosexuales (...). Si agregamos aquellos que se evalúan como "igualmente homosexuales que heterosexuales", ya que la mayoría de la gente que afirmó esto es fundamentalmente homosexual, encontraremos todavía apenas 2% de nuestros hombres (...) en la categoría de básicamente homosexual" (Hunt, 1974, p. 310).

Aunque a nuestros grupos de estudio no les fue formulada de manera explícita ninguna pregunta para averiguar su comportamiento homosexual, hemos dispuesto de otros medios para obtener esta información.

2.51.1 Los perfiles del MMPI.

El Inventario Multifásico de la Personalidad integrado en Minnesota, ha sido, como ya se mostró, frecuentemente utilizado con propósitos de investigación científica en centros penitenciarios y, en algunas ocasiones se ha intentado, con él, medir las características diferenciales entre un grupo de homosexuales y otro que no lo es.

Pero seguramente resultará de interés, antes de presentar estos resultados comparativos, revisar las características generales de nuestros grupos encontradas por medio del Inventario Multifásico de la Personalidad (1).

#### 2.51.11 Comparaciones con la muestra no carcelaria.

Para poder juzgar con precisión las diferencias entre los grupos H y C hemos creído conveniente examinar, primero, los resultados obtenidos en el MMPI por el total de la muestra y compararlos con los perfiles de un grupo no carcelario.

La comparación, que para nuestra sorpresa no arrojó ninguna diferencia significativa, fue efectuada entre los reos de nuestra investigación y un grupo compuesto en total por 672 jóvenes y adolescentes del Distrito Federal cuyos perfiles fueron analizados, en 1970, por tres psicólogas de la Universidad Nacional (Vid. Izaguirre et al.).

Los puntajes medios obtenidos en una y otra investigación pueden examinarse en el Cuadro III de la página que sigue y en la Gráfica 12 que se encuentra en la 68.

(1) Estos datos fueron reportados por Rafael Ruiz Harrell en "El homicidio y la violencia como factores de salud mental pública en México", en 1975, y se reproducen aquí con el consentimiento del autor.

## CUADRO III

ESCALAS	ADOLESCENTES		REOS SENTENCIADOS	
	Media	DE (1)	Media	DE
L (1)	5.06	2.7	7.40	
F	8.02	4.6	11.66	
K	13.48	4.6	12.56	
1 (2)	56	4.14	55.96	
2	65	4.58	63.22	
3	56	4.91	51.52	
4	59	9.24	60.68	
5	58	4.54	54.93	
6	54	3.69	59.15	
7	61	5.56	57.77	
8	68	7.29	69.37	
9	59	4.33	56.81	
0	55	7.38	52.48	

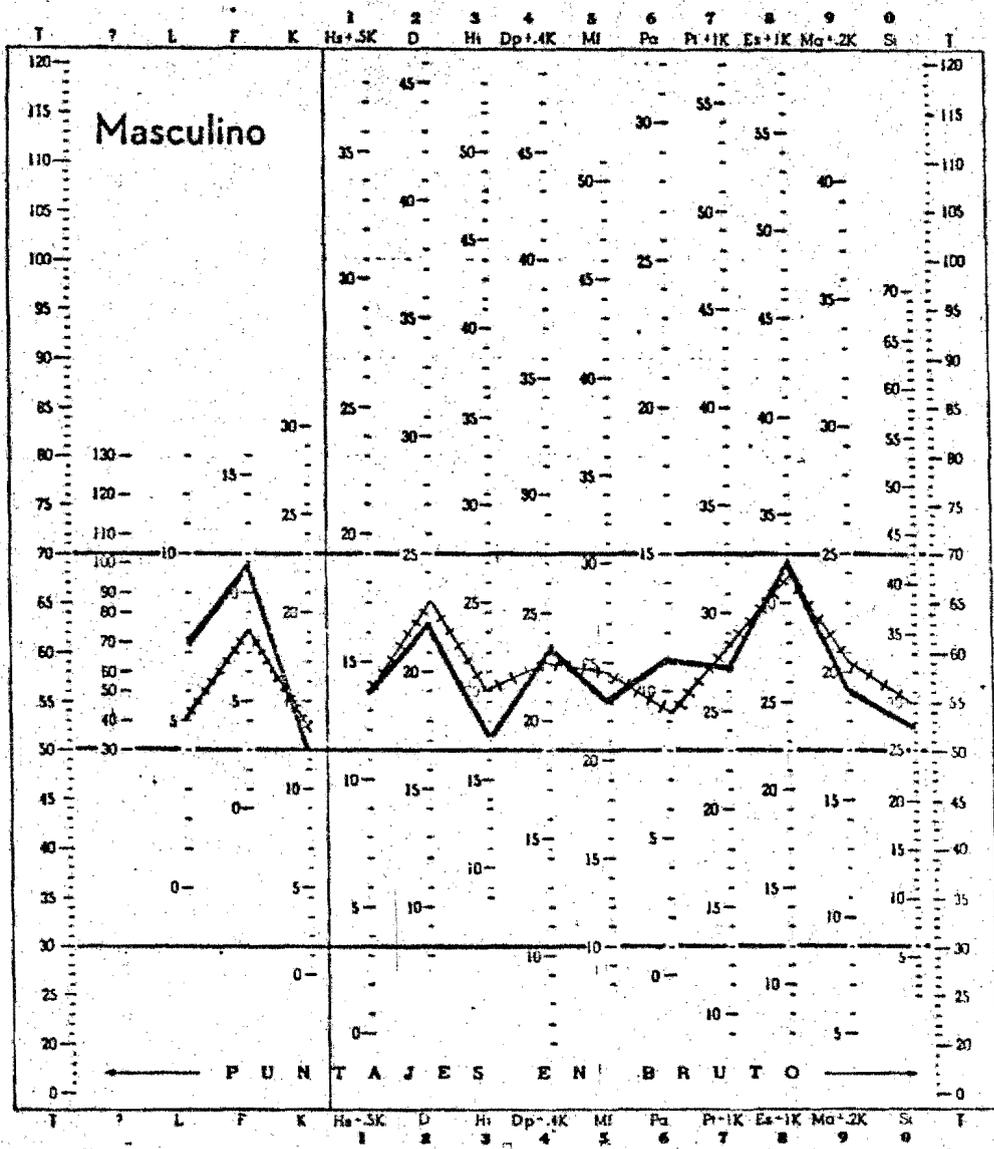
(N= 672)

(N= 264) (3)

- (1) Las escalas L, F y K se encuentran en ambas muestras, como es usual, en puntaje bruto. Lo mismo sucede con la DE de la muestra de adolescentes que, en todas las escalas, se encuentra expresada en puntaje bruto.
- (2) La media de los puntajes de las escalas 1 a 0 se encuentran, en ambas muestras, en puntaje T. El factor K está ya agregado.
- (3) El MMPI dispone de dos escalas, L y F, para determinar la actitud del sujeto ante la prueba, y ésta no se juzga válida si el puntaje obtenido es mayor a 9 en L o superior a 15 en F (Vid. Zúñiga Ocegüera, 1958). En la investigación efectuada en los jóvenes mexicanos el propósito era precisamente juzgar la validez de las normas para determinar el puntaje T y, es posible, que a esto se deba el que no se siguiera aquí el criterio anotado. Por nuestra parte, y para que la comparación fuese hecha entre resultados obtenidos con el mismo criterio, incluimos también aquellas pruebas en las que  $L > 9$  y  $F > 15$  y, al igual que en la muestra juvenil, excluimos aquellas en las que  $? > 50$ .  
Los puntajes del grupo H, presentados de la misma manera que los anteriores, fueron: L(7.5); F(11.7); K(12.6); 1(55.2); 2(62.4); 3(50.4); 4(59.5); 5(53.2); 6(58.0); 7(56.7); 8( 68.3); 9(56.1) y 0(51.6).

PERFILES COMPARATIVOS:  
 ADOLESCENTES Y REOS SENTENCIADOS

Gráfica 12.



Clave: ▲▲▲▲▲ Adolescentes (N= 672)  
 ——— Reos sentenciados (N= 264)

Notas: Las escalas tienen ya agregado el factor K.  
 Se incluyen pruebas en las que L>10 y F>15.

Al analizar los puntajes medios de uno y otro grupo se descubre que no existe ninguna diferencia significativa entre uno y otro, a no ser por la que se encuentra en la escala 6, y que es un poco menor al 0.5 de relevancia. Incluso en este caso, sin embargo, la explicación es obvia ya que suele admitirse que dicha escala mide las tendencias paranoides del sujeto examinado y, así, no es de sorprender que los reos sentenciados se sientan más perseguidos que la muestra no carcelaria, ya que efectivamente lo están. La correlación entre uno y otro perfil, por otra parte, es muy alta ( $r= 0.836$ ) y supera al .01 de coincidencia.

Los mismos resultados se obtienen aun considerando de la muestra carcelaria sólo al grupo H, o sea al integrado por homicidas y delincuentes violentos. En este caso no hay, tampoco, ninguna diferencia estadísticamente significativa. La correlación es un poco menos elevada ( $r= 0.820$ ) pero, sin embargo, es superior también al .01 de coincidencia.

Hay más de una razón que justifica el considerar al grupo de adolescentes como una muestra "normal" y juzgar sus puntajes como frecuentes, cuando menos en nuestro país. El MMPI, como la mayor parte de las pruebas psicométricas, muestra una clara predisposición hacia los patrones culturales propios del país en que fue ela-

borado y es claro que responde otorgándoles puntajes distintos a su media ( $T= 50$ ), a las pautas en las que difieren las culturas de otros países y, de ahí, que para estar en posibilidad de hacer una medición que en verdad resulte relevante para México, nos sea necesario contar con algún grupo al que se tome como base.

Hacer esto con el grupo de adolescentes no es, ni con mucho, irrazonable. Para advertirlo basta con juzgar, ahora, el perfil medio que produce un grupo de pacientes psiquiátricos. Un estudio efectuado en 1958, también en nuestro país, en una institución hospitalaria dedicada a tal especialidad, reveló los puntajes que citamos más adelante (Zúñiga Ocegüera, op. cit.). Los puntajes para cada escala, así como la gráfica, comparando a éstos con el perfil medio que arrojó el total de pruebas válidas obtenidas en nuestra investigación, se encuentran en las páginas siguientes. La diferencia es tan abrumadora que es innecesario el comentario.

#### 2.51.12 Comparaciones entre los grupos H y C.

Nuestro grupo H quedó integrado, y no está de más recordarlo, por un total de 183 reos (63.98% del total), de los cuales 10 fueron sentenciados por homicidio y lesiones y 173 por homicidio. El grupo C comprendió un total de 102 sujetos (35.66% del total) que estaban sentenciados por fraude o abuso de confianza,

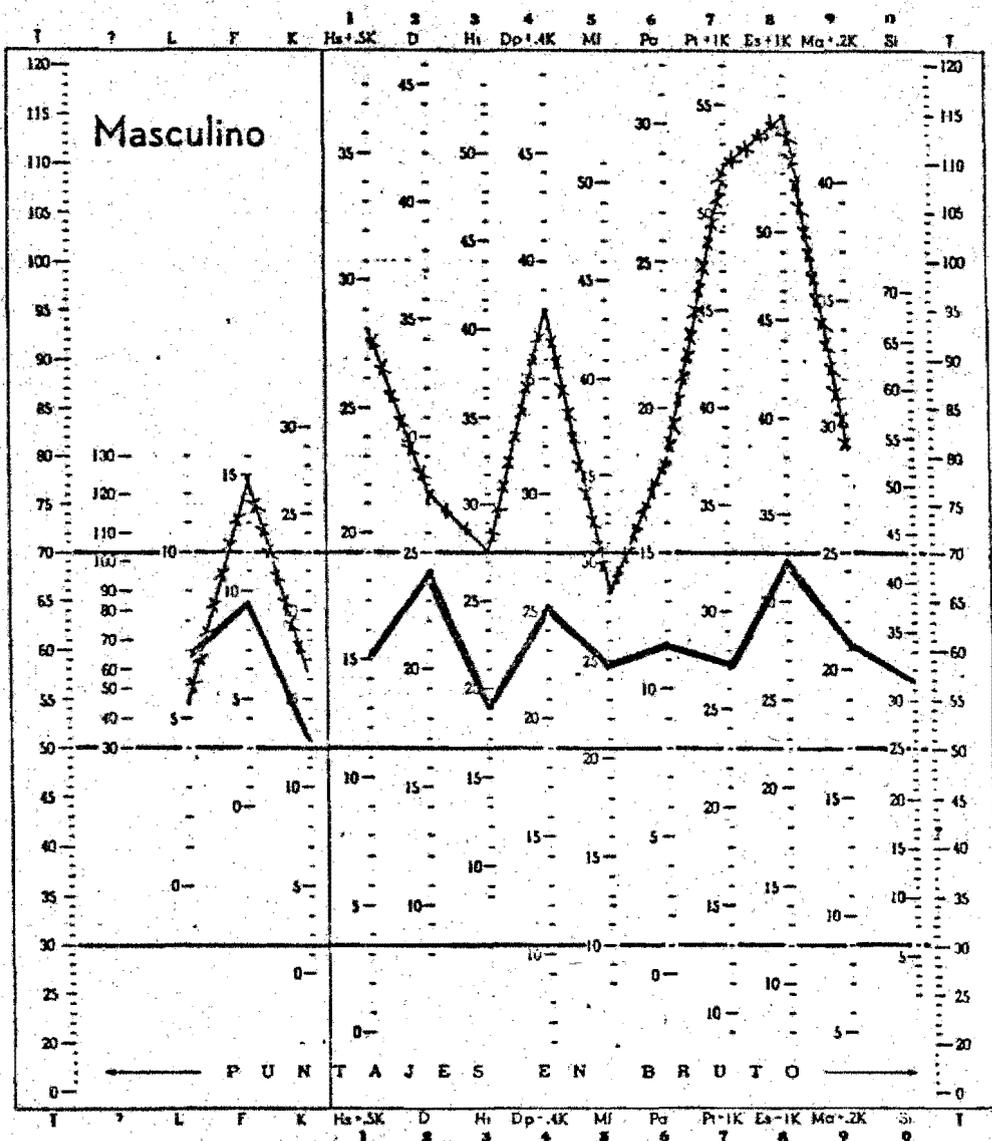
## CUADRO IV

ESCALA	PACIENTES		REOS SENTENCIADOS	
	Media	DE	Media	DE
L	5.50	2.64	6.95	
F	15.00	5.68	9.48	
K	16.30	11.40	12.90	
1	93	4.69	59.04	
2	76	5.00	68.50	
3	70	5.19	54.27	
4	95	5.91	64.99	
5	66	4.12	59.31	
6	80	5.19	61.37	
7	110	7.41	59.10	
8	115	8.18	69.86	
9	81	7.14	60.32	
0	--	----	57.10	(1)

(1) En la muestra de reos sentenciados no se incluyen pruebas en las que el examinado haya obtenido puntajes superiores a 9 y 15 puntos en L y en F respectivamente. Como se verá por la media, no sucede lo mismo en la de pacientes.

PERFILES COMPARATIVOS:  
 PACIENTES PSIQUIATRICOS  
 Y REOS SENTENCIADOS

Gráfica 13.



Clave: **××××** Pacientes psiquiátricos (N= 18)  
**————** Reos sentenciados (N= 119)

Notas: Las escalas tienen ya agregado el factor K.  
 En nuestra escala todas las pruebas son válidas.

delitos contra la salud y robo sin violencia (Vid. Cuadro I, p. 19). El detalle de las características socio-económicas de uno y otro grupo está concentrado en el Apéndice A.

Como ya hemos puesto, el MMPI dispone de dos escalas, L y F, que sirven para determinar cuál fue la actitud del sujeto ante la prueba y si mintió al responderla, sea intentando aparecer perfecto (L) o pretendiendo malestares que no sufre (F). Para propósitos clínicos es usual considerar inválidas aquellas pruebas en las que el sujeto examinado obtiene un puntaje superior a 9 en la escala L o que exceda de 15 puntos en la escala F (Vid. Hathaway y Meehl, 1967, esp. p. x). En la última década, sin embargo, hay autores que sostienen que la escala F tiene también una utilidad clínica, sobre todo en el área que nos ocupa, ya que la proporción de pruebas inválidas a causa de una F alta, i. e., superior a 15 puntos, es significativamente mayor en los grupos formados por criminales agresivos, delincuentes (Vid. Gough, 1956, pp. 340-350) y personas que presentan desórdenes graves de conducta (Vid. Gynther, 1961, pp. 540-42). Se ha llegado a sostener, así, que la escala F proporciona una medida de la agresión o del sadismo que un sujeto emplea en sus relaciones interpersonales (Leary, 1956).

En nuestro estudio, como podrá advertirse en

el Apéndice F, no encontramos diferencias significativas entre los grupos H y C en lo que toca a la proporción de pruebas inválidas a causa de una F alta. Lo que se intenta destacar es que, si se admite tal interpretación de la prueba, no es posible afirmar que quienes han privado de la vida a una persona emplean el sadismo y la agresión en sus relaciones interpersonales en mayor proporción que quienes no han cometido tales delitos (1).

Al comparar las pruebas válidas de uno y otro grupo se descubre, por otra parte, que "no hay ninguna diferencia significativa entre los puntajes medios del perfil de uno y otro conjunto" (Vid. Ruiz Harrell, 1975, p. 22) y a los que, para distinguirlos del total de la muestra, los designamos con las siglas H' y C'. La correlación entre unos y otros es elevada en extremo ( $r = 0.964$ ) y no se descubre ninguna diferencia que, dada la variación estándar, no sea en todo atribuible a las variaciones normales de la muestra. Siguen los puntajes medios de ambos grupos como la gráfica correspondiente:

---

(1) Nos parece más sensata, sin embargo, la interpretación que hace Carson de las F altas y que atribuye a la incapacidad de entender la pregunta por parte del examinado, o al hecho de que contestó al azar (Vid. Carson, op. cit., pp. 279-296). En apoyo de esta tesis debemos señalar que antes de entrar en la cárcel eran analfabetos 11 de los 119 sujetos que produjeron pruebas válidas, o sea el 9.24%; 7 de los 77 que produjeron pruebas inválidas a causa de una L alta (9.09%) y 15 de los 68 a causa de F alta (22.05%).

CUADRO V

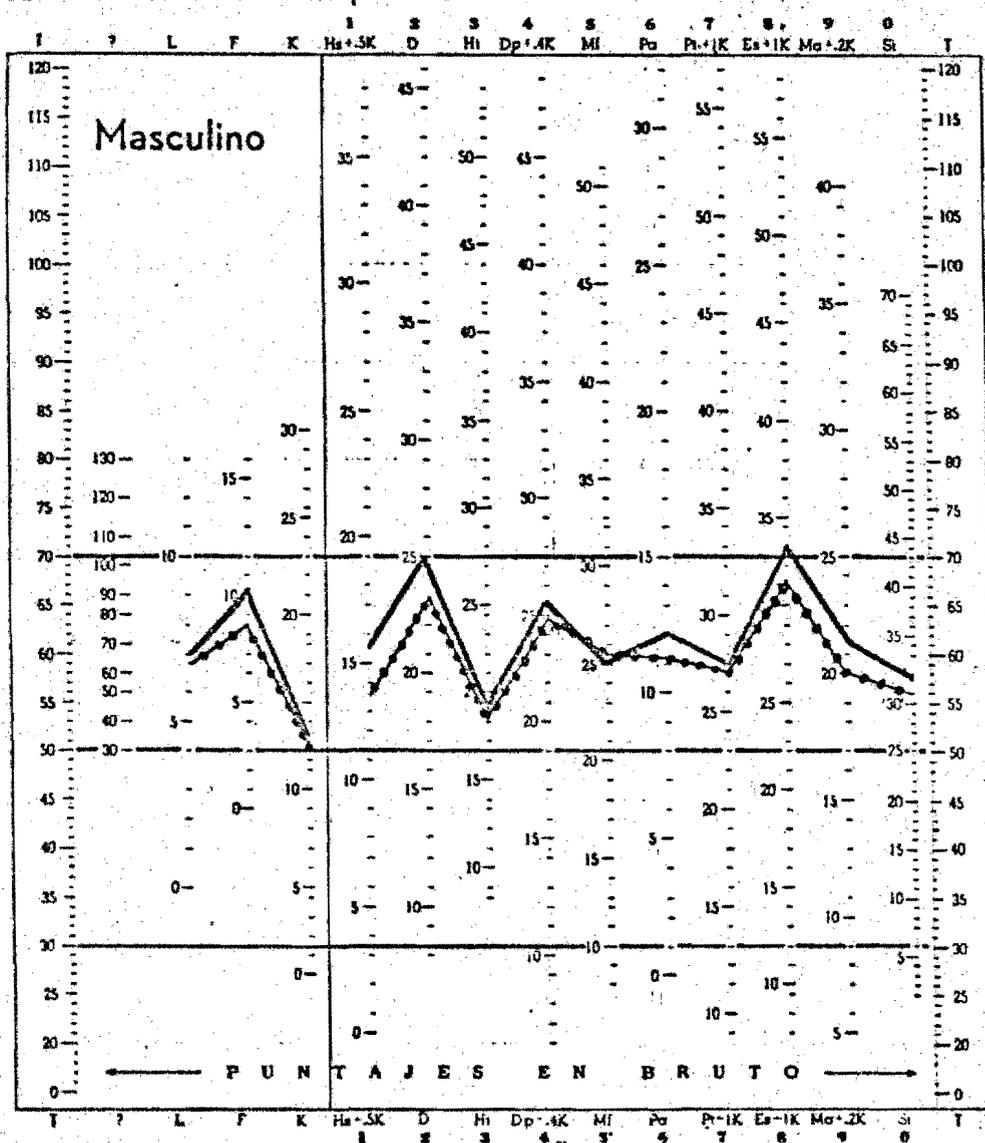
ESCALA	GRUPO H'		GRUPO C'	
	Media	DE	Media	DE
L	7.02		6.84	
F	10.16		8.34	
K	13.14		12.50	
1	60.78		56.06	
2	69.96		66.02	
3	54.78		53.40	
4	65.62		63.90	
5	58.94		59.95	
6	62.40		59.68	
7	59.41		58.56	
8	71.29		67.43	
9	61.25		58.75	
0	57.58		56.04	

(N= 75)

(N= 44)

PERFILES COMPARATIVOS:  
GRUPOS H' Y C'

Gráfica 14.



Clave: —●— Grupo H' (N= 75)  
- - -●- - - Grupo C' (N= 44)

Notas: Las escalas tienen ya agregado el factor K.  
No se incluyen pruebas en las que L > 9 o F > 15.

Al comparar, por otra parte y para terminar con este inciso, los perfiles de los delincuentes detenidos en México por homicidio con alguno de los obtenidos entre los estudios más destacados en los que el MMPI ha sido empleado en grupos de delincuentes ya sentenciados (1), destaca el hecho de que guardan entre sí una sorprendente similitud, incluso a pesar de las diferencias culturales y, sin duda socio-económicas (Vid. Ruiz Harrell, op. cit., pp. 27-31). La notable semejanza entre los perfiles que resultan de estas tres investigaciones lleva a suponer que "tal vez sea posible encontrar similitudes caracterológicas, no tanto entre quienes cometen homicidios sino, más bien, entre el grueso de aquellos que llegan a cometer algún delito" (Ruiz Harrell, op. cit., p. 30).

2.51.13 Comparaciones con grupos homosexuales.

Martin Manosevitz, de la Universidad de Texas, aplicó en 1970 el MMPI a 50 sujetos, 28 de los cuales eran abiertamente homosexuales, y comparó los resultados con el resto del grupo, que tenía la característica de ser exclusivamente heterosexual, en un intento de revisar a Dean (1967), -quien había comparado un grupo de miembros de una organización homosexual con un

(1) Como lo son, sin duda, los efectuados por Pantou en Carolina del Norte (1958) y el de Cadwell, realizado en Alabama.

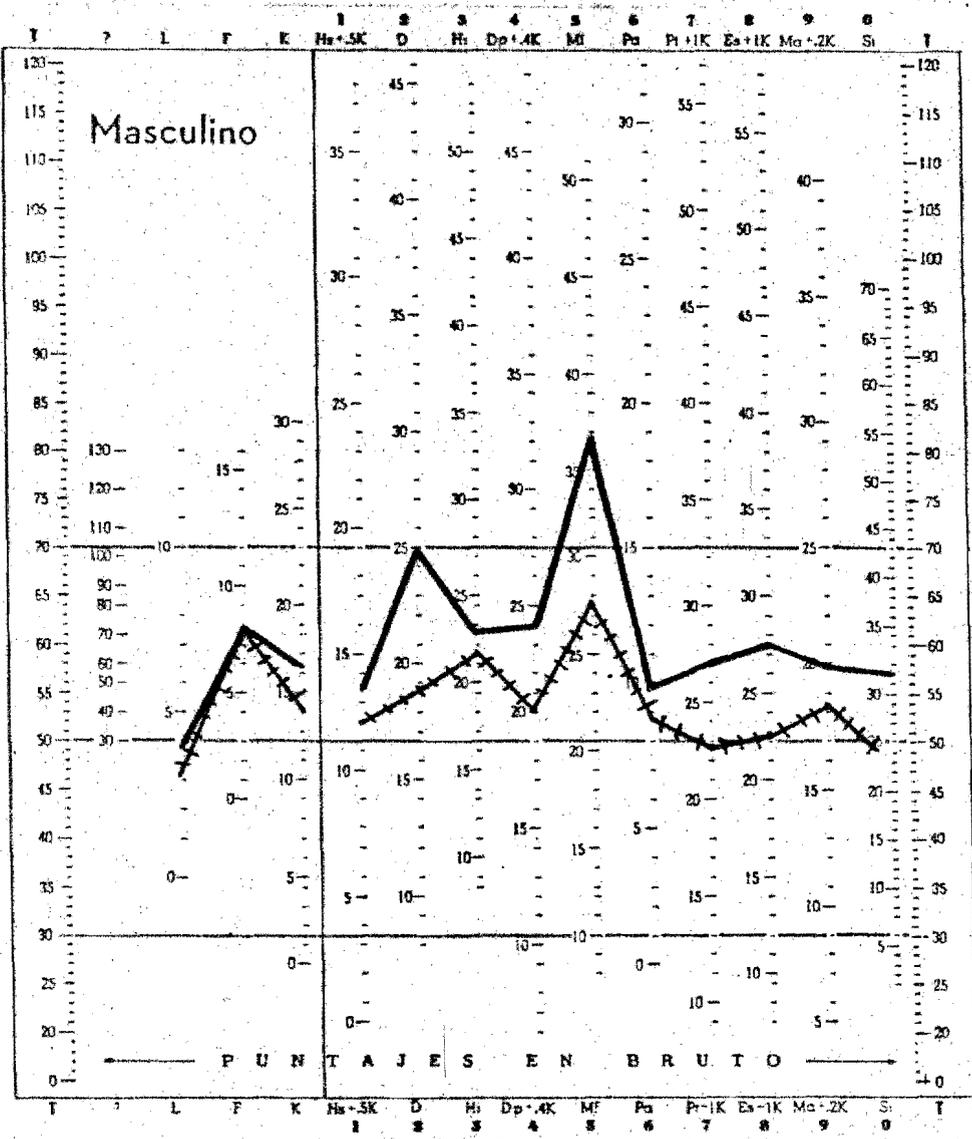
grupo de no-miembros de esta organización-, encontrando gran similitud en los perfiles del MMPI mostrados por estos grupos. Manosevitz, sin embargo, encontró diferencias, similares en parte, a las reportadas por Dean y Robinson en 1964: diferencias estadísticamente significativas en tres escalas clínicas (2, 7 y 8), así como en 5(Mf). No hubo diferencia significativa entre los perfiles trazados con los promedios de ambos grupos ( $X^2 = 1.84$ ;  $df = 1$ ), pero sí en las escalas señaladas anteriormente, sobre todo en la escala 5 ( $M = 81.83$ ;  $DE = 8.45$ ;  $t = 4.09$ ;  $p < .05$ ), que como se puede apreciar en la gráfica que sigue, es la única escala que está arriba de  $T = 70$ .

Tomando esto en consideración, comparamos los puntajes de la escala Mf para nuestros grupos penitenciarios (58.94 y 59.95 respectivamente en el Cuadro V de la página 75) y encontramos que no difieren entre sí de manera que sea digna de tomarse en cuenta.

Si comparamos, ahora, los perfiles trazados con los puntajes promedios de nuestros grupos con el perfil revelado por el grupo "abiertamente homosexual" de Manosevitz, notamos que es precisamente en la escala 5 donde aparece la diferencia más acusada. Dicho de otra manera: la característica más saliente del perfil del grupo homosexual es su notable elevación en la escala 5, y nuestros grupos no presentan esta característica (Vid. Gráfica 16, p. 80).

PERFILES COMPARATIVOS:  
HOMOSEXUALES Y HETEROSEXUALES

Gráfica 15.



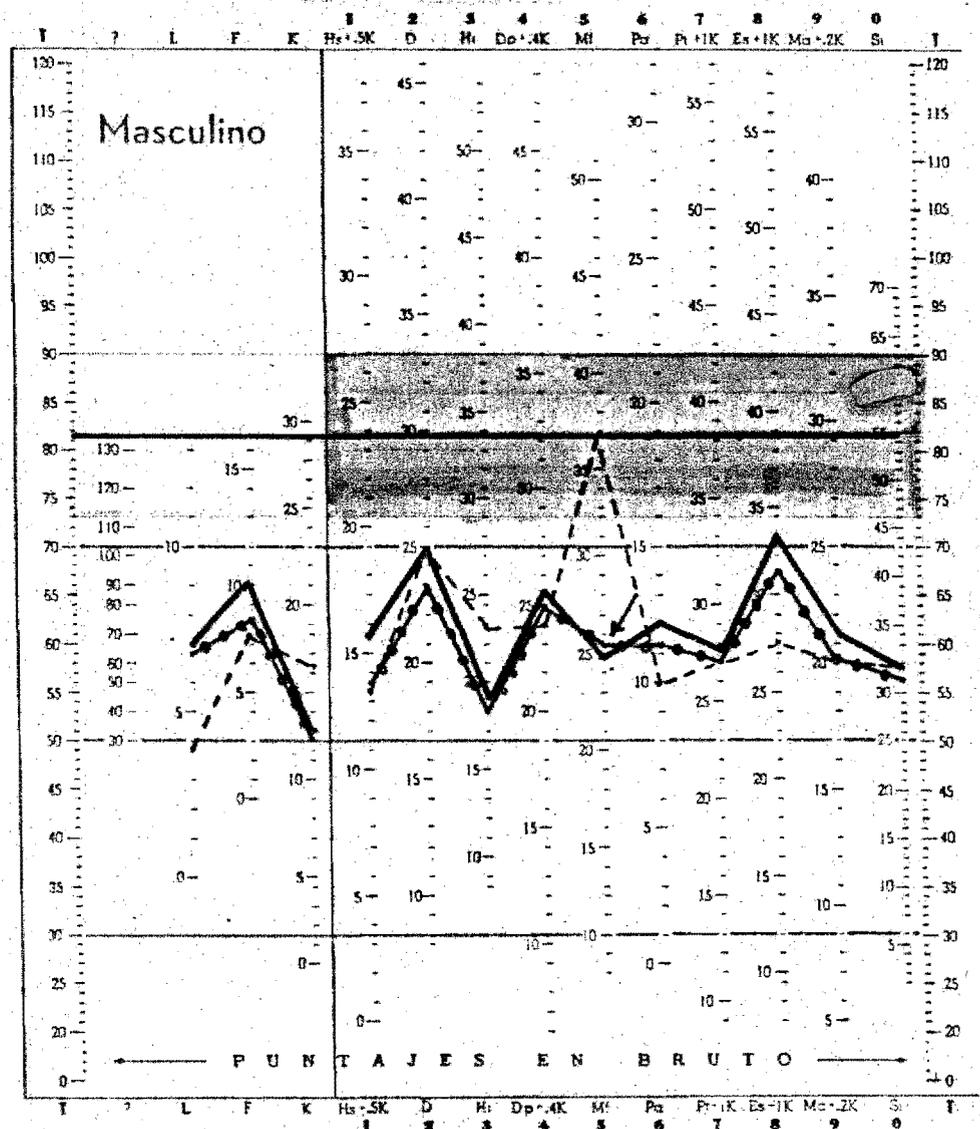
Clave: — Abiertamente homosexuales (N= 28)  
 + + + + Exclusivamente heterosexuales (N= 22)

Nota: Los perfiles fueron trazados en base a los datos reportados por Martin Manosevitz en 1970.



# PERFILES COMPARATIVOS: HOMOSEXUALES Y REOS SENTENCIADOS

Gráfica 16.



Clave: ————— Grupo H' (N- 75)  
 ●●●●● Grupo C' (N- 44)  
 - - - - - Manosevitz: Abiertamente homosexuales (N- 28)

Nota: La línea horizontal de la parte superior está puesta a la altura que corresponde al puntaje promedio para la escala 5 en el reporte de Manosevitz, y la sección sombreada corresponde a una DE hacia uno y otro lado de esta línea.

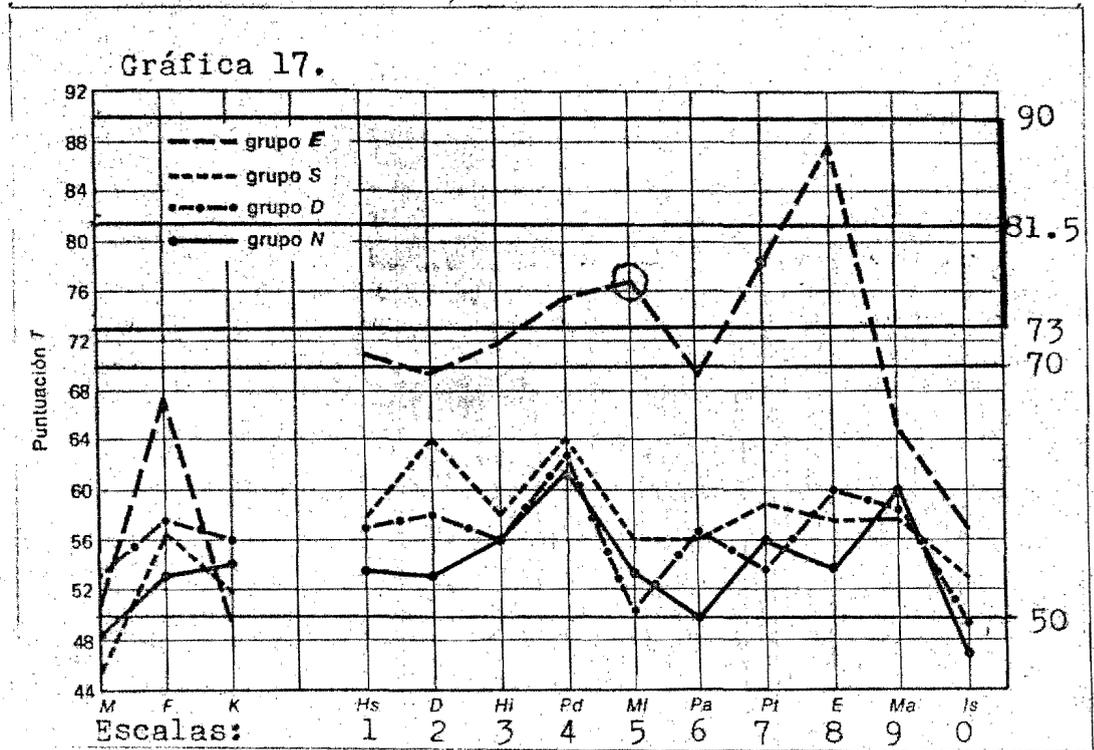
Es conveniente añadir, que el puntaje promedio para esta escala reportado en otros estudios de grupos no homosexuales, es más parecido al obtenido del total de reos sentenciados (59.31, en el Cuadro IV de la página 71) que al ofrecido por Manosevitz (1).

En 1960 Doige y Holtzman realizaron un estudio sobre la identificación de homosexuales en la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Compararon 4 grupos de 20 hombres cada uno por medio del MMPI: el grupo E constó de hombres con tendencias predominantemente homosexuales y con historia de conducta homosexual. El grupo A se compuso de hombres con tendencias predominantemente heterosexuales, pero con una historia de cierta conducta homosexual. Con individuos con tendencias predominantemente heterosexuales y sin ninguna historia de conducta homosexual fue integrado el grupo D. En cambio el grupo N se formó con hombres heterosexuales que no se hallaban en investigación por parte de la Fuerza Aérea.

Al comparar los perfiles del MMPI correspon-

(1) A manera de ejemplo, Pantou y Cadwell, quienes están citados en la pág. 77, obtuvieron 55.3 y 51.4 respectivamente. En un grupo de estudiantes de Medicina de la UNAM se encontró un promedio de 55.70 (Vid. Rivera Jiménez, 1971) y de 63.00 en otro de adolescentes mexicanos (Vid. Villa Guzman, 1975). En los resultados de Izaguirre et al. con jóvenes y adolescentes, examinados previamente, tenemos un puntaje de 58 para esta escala, aunque, para ser más precisos, éste deba compararse con el obtenido por el total de pruebas válidas e inválidas de nuestros reos: 54.93 (Vid. nota 3, p. 67).

dientes a los 4 grupos se observó que el perfil del grupo E era definitivamente más elevado que el correspondiente a los otros tres:



Puede notarse a simple vista que este perfil es todavía menos parecido al encontrado en nuestro estudio, tanto en su configuración como en la elevación de sus escalas.

Es útil agregar, que en otros estudios guiados por los mismos propósitos, fueron encontrados resultados similares (Vid. Panton, 1960; Aaronson y Grumpelt, 1961; Krippners, 1964).

Sin embargo el hecho de que los perfiles trazados con puntajes promedios no se asemejen, no quiere decir que no haya casos individuales en nuestros grupos que tengan una configuración más parecida a estos perfiles.

Tal vez Hathaway y Monachesi, en un estudio que citabamos al principio (Vid. inciso 1.2, p. 11), fueron los primeros en advertir que existe una mayor propensión hacia la delincuencia en quienes muestran perfiles en los que las escalas 4, 8 ó 9 son proporcionalmente más altos que los demás y, a la vez, que hay una menor incidencia delictiva en quienes obtienen perfiles en los que destacan las escalas 2, 5 ó 0. Las escalas restantes no parecen guardar ninguna relación con la delincuencia. Los resultados obtenidos por estos autores nos llevaron a examinar la proporción en que las escalas 5, 2 y 4 de Manosevitz, y 8, 7 y 5 de Doige y Holtzman, independientemente de su puntaje, eran las más elevadas de cada perfil.

La clave del perfil codificada por Manosevitz para el grupo de homosexuales fue 5'' 243, de lo que se puede inferir una alta probabilidad de comportamiento homosexual para aquellos sujetos que en el MMPI obtengan esta clave, sobre todo cuando se toma en cuenta que "cuando un grupo de personas son similares en ciertos

aspectos de su conducta, es decir, en la forma de contestar a una serie de preguntas acerca de ellos mismos, son también similares en otras formas" (Vid. Núñez, 1968, p. 3).

No encontramos en ningún grupo un perfil que reuniera el criterio de comenzar con 5 mayor que T= 70, seguido de 2, y luego 3 ó 4.

En el grupo C encontramos sólo 3 casos cuyos perfiles comienzan con 52, y cuyo Mf es mayor de 70 en puntaje T (2.94%). Entre los homicidas sólo uno comienza con 5 (0.55%), aunque 7 sujetos tienen en los tres primeros dígitos de su perfil el 5 con un puntaje mayor de 70, que representa el 3.83%, y el 2.94% para el grupo de comparación (Vid. Cuadro VI, p. 87).

La clave donde 5 es menor de T= 70, pero cuyas primeras escalas sean 52, sólo se encuentra en un caso en cada grupo (0.55% y 0.98%), mientras que en el orden inverso (25) aparecen 5 casos en este grupo y otros tantos en el grupo H (4.90% y 2.73% respectivamente).

Por otro lado, considerando aisladamente la escala 5 mayor de T= 70, la encontramos en 7 perfiles en el grupo violento (3.83%) y en 6 en el que no lo es (5.88%), aunque nunca mayor de T= 80.

Y muy por otro lado, el 33.87% del grupo H, y el 33.32% del grupo C, tuvieron en sus perfiles 2,

5 6 0 como la más alta (Vid. Ruiz Harrell, 1975); mas estos porcentajes para estos grupos se distinguen (1.09% y 5.88%) cuando el criterio es la escala 5 como la más alta del perfil (Vid. Apéndice G).

Pero aquí cabe una reflexión: "Aunque es frecuentemente elevada en casos clínicos de homoerotismo masculino (la escala 5), hay considerable evidencia que su puntaje T puede ser alto sin tener tales implicaciones clínicas " (Vid. Hathaway y Meehl, 1951, p. ix). Sin embargo, no debe ser olvidado el origen de esta escala: comparación entre grupos de homosexuales con otros de sujetos que no declararon serlo. Así, citando de nuevo a Carson: "muchos homosexuales abiertos exhiben este patrón..." (Vid. inciso 2.42, p. 56). No obstante, nuestras afirmaciones resultarán más confiables si, como lo hemos venido haciendo, nos referimos, con la clave del perfil, a su configuración. En este tenor, confirma Sarason, "La capacidad del MMPI para discriminar entre los exclusivamente homosexuales y los otros tres grupos (en el reporte de Doige y Holtzman) sugiere que podría utilizarse para seleccionar los homosexuales declarados (Sarason, 1972, p. 169).

El perfil del grupo exclusivamente homosexual en el estudio de Doige y Holtzman es 8"75431".

En ninguno de los dos grupos se encontró al menos un caso que se iniciara con las tres primeras cifras (875) en cualquier orden, incluso con puntaje T menor que 70.

Sólo hay 5 casos para los homicidas (2.73%), y 2 para los no homicidas (1.96%), que reúnen el criterio de tener en los tres primeros números de la clave la escala 5, y 8 ó 7 en los dos espacios restantes (Vid. la página 88, del Cuadro VI, que ocupa las hojas con que termina este capítulo).

Existe diferencia entre los grupos, hablando muy generalmente, dependiendo de la interpretación que para esto se acepte, y de ser así parece inclinarse hacia el grupo integrado por los delincuentes no violentos. Y en términos muy generales también, los porcentajes obtenidos en nuestros grupos no difieren notablemente de los encontrados en el resto de la población.

CUADRO VI  
CLAVES DE LOS PERFILES DEL MMPI (1)

Perfil encontrado por Manosevitz: 5"243

HOMICIDAS	NO HOMICIDAS	TOTAL DE REOS SENTENCIADOS
(Entre sus tres primeros números el 5>70, y luego 2):		
5'2643	52'86041-9 52'06958-13 5'264308-9	
0.55%	2.94%	1.40%

(Entre sus tres primeros dígitos el 5>70):

2158'63470	25'4790	
8521'1690473		
458'269137	45'827391	
854126'9703		
465'820913	854'67912	
35'427168-0		
5'2643		
3.83%	2.94%	3.51%

(El más alto de la escala: 5, menor que 70, pero luego 2):

'52643	'5214-39	
0.55%	0.98%	0.70%

(1) Las claves de los perfiles fueron realizadas utilizando el sistema de codificación del perfil inventado por Hathaway en 1947. Sin embargo, aunque Hathaway y Meehl recomiendan poner entre paréntesis el puntaje T de la escala Mf, después de las escalas clínicas, ya que ésta "no es estrictamente una escala de diagnóstico clínico" (1961, p. ix), nosotros no lo hicimos así ya que nuestro interés se centra precisamente en el lugar que esta escala ocupa dentro del perfil. Hemos omitido, también, las puntuaciones brutas de las escalas L, F y K.

HOMICIDAS	NO HOMICIDAS	TOTAL DE REOS SENTENCIADOS
-----------	--------------	----------------------------

(El más alto de la escala: 2, pero inmediatamente 5):

2'518-9		
2'58470-9		
'2513-6	'2594-137	
'25984-3	'2574138-9	
'25-768	'2508-9	
	'2536	
	'25-168	
4'2598-7		
2.73%	4.90%	3.51%

Perfil encontrado por Doige y Holtzman: 8"75431'

(5 entre sus tres primeros dígitos, y 8 ó 7):

85"4126'9703	5"8579'12403	
8"521'1690473	8"6524'1930	
1"85'639402		
458'269137		
'586 92		
2.73%	1.96%	2.46%

CONCLUSIONES

### 3.1 HIPOTESIS

Hemos dedicado el grueso de este trabajo al intento, obviamente parcial, de refutar una tesis que constituye parte del marco de referencia conceptual con el que suele examinarse al homicidio y a la delincuencia: la de que el homicida tiene una sexualidad que difiere, en algún sentido de la de quienes no han cometido este delito. Dicho de una manera más simple: la causa de la criminalidad -o una de ellas- es la sexualidad.

De esta hipótesis general forman parte las dos hipótesis particulares que, por ser las que se utilizan con mayor frecuencia para intentar explicar la criminalidad, hemos elegido como criterio para hacer nuestra investigación:

- 1 El criminal tiene una libido mayor que la usual, por lo que su actividad sexual es mucho más frecuente, el número de sus compañeras sexuales es mayor y acepta prácticas poco usuales.
- 2 El criminal tiene una libido menor que la usual y en consecuencia su actividad sexual es menos frecuente, es incapaz de establecer relaciones duraderas y de ahí, que su promiscuidad sea mayor. En esta hipótesis el delincuente, a no ser por excepción, no acepta prácticas infrecuentes.

El poder disponer de explicaciones previas a un problema nos ofrece la invaluable ventaja de señalar los datos sobre los cuales hemos de fijar nuestra atención.

### 3.11 Datos relevantes

Puesto de esta manera, lo que tenemos que examinar es su libido, la frecuencia de sus relaciones, el número de sus compañeras sexuales, su capacidad para involucrarse en una relación estable, y su participación en actividades sexuales poco frecuentes.

El único factor, como ya fue advertido, que no hemos querido estudiar -asumiendo su factibilidad- es la libido, ya que como puede notarse en las hipótesis anteriores, este término funciona como construcción hipotética para explicar la frecuencia de las relaciones sexuales y lleva necesariamente a circularidad. Así pues, preferimos estudiar únicamente la frecuencia de la conducta sexual independientemente de cualquier explicación causal -esto escapa a nuestros propósitos-, ya que, por otro lado, un término definido de manera metafísica nunca sabremos a qué lo hemos de aplicar.

1.-El número de compañeras sexuales -la promiscuidad- es mayor en las dos hipótesis. Para esto el dato definitivo es el total de personas con las que han tenido relaciones sexuales.

a) Los resultados confirman, en este aspecto, la

segunda hipótesis, toda vez que el número promedio de mujeres, sin contar prostitutas, con las cuales han tenido relaciones sexuales nuestros homicidas es mayor que el obtenido del grupo control. El dato, en este grupo, sólo difiere en décimas del proporcionado por Simon (Vid. inciso 2.21, pp. 45 y 46).

b) En cambio el número de mujeres con las que se han relacionado, casados o no, de manera más o menos permanente, no revela diferencia en nuestros grupos.

c) Son iguales también, nuestros grupos, en los porcentajes en que se han unido sólo con una mujer, y también

d) son iguales los porcentajes de los que se han unido con dos o más mujeres (Vid. inciso 2.21, p. 47).

Si se acepta "a" como criterio decisivo tendríamos que concluir que los homicidas son menos promiscuos que los no homicidas, no obstante, nos parecen más fidedignos los datos que le siguen, en la medida en que el proporcionarlos requiere de un menor esfuerzo de memoria. Desafortunadamente no tenemos, para esto, punto de referencia y lo más que podemos decir es que los homicidas son tan "promiscuos" como los no homicidas.

2.-La frecuencia de las relaciones sexuales es mayor que la usual, en la primera hipótesis, y menor en la segunda.

Aunque nunca se les preguntó "cuántas" veces han incu-

rrido en una práctica determinada, obtuvimos otros datos que, aunque en otro sentido, se refieren a la frecuencia.

- a) No hay diferencia entre ambos grupos para la edad con que se inicia la masturbación, ni cuando se los compara con otros estudios (Vid. inciso 2.11, p.28).
- b) No hay diferencia tampoco en la edad promedio para el primer coito heterosexual entre ambos grupos, ni entre éstos y otros estudios (Vid. inciso 2.12, p. 38).
- c) El ritmo al que se inician ambos grupos en la masturbación es similar entre ellos y los grupos de comparación.
- d) El ritmo en que se inician en el coito heterosexual es también parecido entre ellos y el encontrado por Kinsey.
- e) Los porcentajes de quienes admiten haberse masturbado son similares en ambos grupos, y coinciden, en términos generales con los de otras investigaciones.
- f) Los porcentajes de quienes ya han tenido relaciones sexuales completas son parecidos en nuestros grupos, y se asemejan, sobre todo, a los de los estudios nacionales con los cuales se los compara.
- g) Ambos grupos se casaron o se unieron con una mujer a la misma edad, la cual es del todo parecida a los grupos no carcelarios que pudimos obtener ( Vid. inciso 2.13, p. 43).

Como datos adicionales encontramos que nuestros grupos no comienzan primero, ni a diferente ritmo: ni en su primera masturbación, ni en su primera relación sexual completa, ni en su primera unión estable con una mujer; y que los porcentajes de sujetos en cada una de estas prácticas no difieren entre sí, ni cuando son comparados con otros estudios.

En lo que se refiere a la frecuencia propiamente dicha, tomando en consideración que "hay relación entre el comienzo de la adolescencia, la edad de la primera actividad sexual, la reiteración de la actividad erótica precoz, las reiteraciones de la actividad sexual durante la mayor parte de la vida y las fuentes de que depende el sujeto para satisfacer sus actos sexuales" (Vid. Kinsey, 1948, p. 268), al no diferir las edades promedio para el inicio de estas prácticas podemos presumir que tampoco es desigual.

3.-La incapacidad para relacionarse de forma duradera es una característica de la segunda de nuestras hipótesis.

Consideramos que el haber vivido con una mujer de manera más o menos permanente; el haber tenido hijos antes o, mejor aún, durante su estancia en la prisión; el seguir viviendo con su primera mujer; el recibir visita femenina y, sobre todo, conyugal; el ser frecuente esta visita y el sostener relaciones adecuadas con los miembros que integran su hogar; son las observaciones que nos permitirán refutar esta hipótesis.

- a) El porcentaje de quienes han vivido con alguna mujer de manera más o menos permanente es similar en ambos grupos (Vid. inciso 2.3, p. 49).
- b) El porcentaje de quienes nunca han tenido hijos es mayor entre los no homicidas.
- c) El porcentaje de los homicidas que han tenido hijos durante su estancia en la cárcel, comparado con el grupo C, asciende casi al doble (Vid. inciso 2.3, p. 50).
- d) Es mayor el porcentaje de homicidas que siguen viviendo con su primera mujer.
- e) Es mayor también el porcentaje de homicidas que son visitados por alguna mujer.
- f) Es considerablemente mayor el porcentaje de homicidas que reciben visitas conyugales.
- g) Es también notablemente más alto el porcentaje de homicidas que reciben vivistas conyugales dos o más veces por semana (Vid. inciso 2.3, p. 51).
- h) Los promedios de relaciones inadecuadas obtenidos en ambos grupos son semejantes en las escalas que se refieren a su padre, a su compañera y a sus hijos.
- i) Los puntajes promedios de relaciones inadecuadas con su madre y con sus hermanos son mayores en el grupo no violento.

Ante estos datos se concluye que no es una

característica de los homicidas la incapacidad para establecer relaciones duraderas, al menos cuando se los compara con un grupo integrado por reos que han sido sentenciados por conducta antinómica que no implica violencia física.

4.-De las prácticas infrecuentes hemos seleccionado aquella que ha merecido más atención por parte de los investigadores del comportamiento sexual: la homosexualidad.

a) El perfil promedio de nuestros grupos difiere significativamente del integrado por homosexuales de Manosevitz precisamente en la escala que lo caracteriza: Mf (Vid. inciso 2.51.13, p. 78).

b) El perfil de nuestros grupos difiere de manera notable, sobre todo en su elevación, del revelado por el grupo exclusivamente homosexual de Doige y Holtzman (Vid. p. 82).

c) No hay ningún perfil en ningún grupo, que tenga las características principales del obtenido por Manosevitz (5 mayor que T= 70, después 2, y luego 3 ó 4).

d) Es menor el porcentaje de homicidas cuya primera escala es 5 mayor de 70, seguida de 2 (0.55%) que el de no homicidas (2.94%).

e) En ningún grupo encontramos un sólo perfil que comenzara con los tres primeros dígitos de la clave de Doige y Holtzman (875).

f) Es ligeramente mayor el porcentaje de homicidas (2.73%) del de los no homicidas (1.96%) que ofrecen una clave en cuyos primeros tres dígitos figura el 5, y el 7 ó el 8 (Vid. p. 86).

Es claro que, de acuerdo a sus perfiles, la homosexualidad no es una de las características de los grupos que hemos examinado. Sin embargo, esto no quiere decir que no haya homosexuales entre ellos. Si se acepta "d" como criterio, tendríamos que decir que hay más homosexuales entre los no homicidas. Los otros criterios sugeridos por el estudio de Manosevitz no los hemos considerado aquí, porque ya no se asemejan lo suficiente a la clave de su perfil, y porque el estudio de Doige y Holtzman, que logró discriminar entre homosexuales exclusivos y otros grados de homosexualidad, nos parece más concluyente (1). Con este razonamiento encontramos un por-

---

(1) Además de que aumenta la probabilidad de evitar los efectos de la prisión en la conducta sexual, toda vez que, como es bien sabido, tanto en los penales, como en los lugares en que tienen que permanecer aisladas durante mucho tiempo personas del mismo sexo, aumenta la incidencia de homosexualidad, aunque ésta es, en la mayoría de los casos, una práctica pasajera.

centaje ligeramente mayor de homosexuales entre los homicidas, cuando la interpretación es "f". Suponiendo que esta diferencia deba tomarse en cuenta, ambos datos se asemejan mucho al 2% de homosexuales exclusivos reportado por Hunt (Vid. inciso 2.51, p. 65).

### 3.2 A MANERA DE DISCUSION

"Siempre debe recordarse que este es un informe de lo que dijeron los hombres; lo cual no equivale siempre a un informe de lo que realmente sucedió" (Schoufield, 1965a, p. 24). Esto, sin embargo, es una limitación que se presenta en cualquier estudio de esta naturaleza: Se puede "dentro de cierta medida, poner en duda la exactitud y la sinceridad de las respuestas..." (Simon, 1972, p.75), ya que, entre otras razones "...proceden principalmente de los recuerdos de adultos, quienes a veces olvidan sus experiencias infantiles" (Kinsey, 1948, p. 445) o tratan de responder de acuerdo a los modelos sociales existentes.

Así pues, como es verdadero para casi todas las investigaciones de esta índole, la nuestra no examinó lo que la gente hizo, sino solamente el reporte verbal de lo que hizo. Esto no cuenta para Masters y Johnson porque estaban reuniendo sólo información fisiológica. A nosotros no nos quedaba otra salida, porque si estudiáramos el amplio rango de experiencias sexuales de todos los días desde un punto de vista conductual, uno tendría que estar de manera invisible presente en miles de recámaras, automóviles y cuartos de hotel, observando millones de actos sexuales mientras éstos están ocurriendo, además de que únicamente podría ha-

cerse con un solo sujeto, al cual habría que dedicar, por así decirlo, toda la vida. "Uno puede (por lo tanto) solamente confiar en lo que la gente dice y en un cuestionario bien diseñado y en la habilidad profesional, para señalar con precisión y excluir los datos de baja confiabilidad y credibilidad" (Vid. Hunt, 1974, p. 19).

### 3.3 CONCLUSIONES

El intento de refutar las dos hipótesis iniciales que más a menudo se proponen para explicar el comportamiento homicida no ha fracasado. Tanto esta afirmación como la que le sigue nos la exigen nuestros datos. Las personas no privan a otras de la vida porque tengan una conducta sexual diferente de la usual. Y en la misma medida en que hemos podido comparar nuestros datos con otros de sectores más amplios podemos también predicar lo mismo para el total de reos sentenciados. Sin embargo, hay que decirlo, este estudio es a todas luces limitado, porque, para plagiar irresponsablemente a Ruiz Harrell: "en un terreno de arenas movedizas como el de las ciencias sociales, donde todo tiene siempre calidad de apenas tal vez, no es posible todavía la afirmación decisiva o tajante" (1975, p. 32). No obstante, de alguna manera, hemos demostrado que no es posible afirmar que el comportamiento sexual diferente sea una característica de quienes han cometido delitos capitales o, incluso, que ocurra en ellos con más frecuencia que en otras poblaciones. Las causas del homicidio deben buscarse en otra parte.

### 3.31 Ruta de la investigación criminológica

En las últimas cuatro décadas la investigación criminológica reaccionó de manera muy incisiva en contra de la interpretación biológica unilateral característica del siglo XIX, incurriendo en el error opuesto: dándole excesiva importancia a los factores sociales y prestándole restringida atención a los orgánicos. Afortunadamente, en nuestra década, el panorama ha cambiado y hay ya serios intentos de integrar un modelo unificado de interpretación de la conducta delictiva. Esto ha sido posible gracias a la admisión de que las variables de naturaleza biológica, tanto como las de índole social, no bastan por sí solas para explicar la conducta anómica.

Esto, por otra parte, estaba ya anotado por las modernas teorías del aprendizaje. Su más controvertido exponente, B. F. Skinner, ya había hablado de una agresión filogenética y otra ontogenética (Vid. inciso 1.114, p. 9h). Y en más de una ocasión había definido 'psicología' como una rama de la biología (Vid., por ejemplo, 1969, p. 221). Por otro lado, la división entre lo "externo" y lo "interno" o, si se quiere, entre lo "biológico" y lo "ambiental", entre lo "adquirido" y lo "innato" ha recibido serios ataques de todos los sectores. La razón fundamental, por supuesto, es que resulta imposible desligar a un organismo de su medio ambiente, ya que hay una interacción constante entre ambos: el organismo cambia cuando se expone a los efectos del ambiente y "como un organismo cambiado se comporta de manera diferente" (Vid. Skinner, 1974, p. 38). Y si se quiere, podemos incluso decir que "en un importante sentido toda la conducta es heredada, ya que el organismo que se comporta es el producto de la selección natural. El condicionamiento operante es cuando mucho una parte de la dotación genética como la digestión o la gestación" (pp. 43-44).

Así la investigación de los últimos años ha comenzado a dedicarse a estudios bio-sociales como en los efectuados en niños adoptados, que superan las dificultades metodológicas de los estudios como el de Lange (Vid. inciso 1.111, p. 9a), y que encuentran correlación entre los antecedentes penales de los padres, sobre todo del padre biológico, con actos antisociales de los hijos (Vid. Hutchings y Mednick, 1974, p. 219 y Mednick, 1975, p. 10 y ss., principalmente). O como los estudios de Mednick, en los que se reporta que el descenso de los niveles de ansiedad ocurre con mucha mayor lentitud en los delincuentes que en personas que no han cometido delito alguno, impidiendo, como el propio investigador explica, que la inhibición del acto delictivo quede reforzada por la desaparición inmediata de la ansiedad. Las conclusiones de estos resultados deben, sin embargo, estar fundamentadas en un detallado conocimiento de la teoría psicológica que las origina.

Otro tipo de estudios consiste en examinar la correlación entre pautas de conducta así como factores ambientales con la conducta antisocial. El U. S. New & World Report de 1972 comunica: "Aquí hay algunos factores que son citados más a menudo como causas del crimen: una disminución de la influencia familiar en una creciente sociedad juvenil; la ambición de poder y dinero en nuestra sociedad altamente materialista; una actitud permisiva hacia mucha conducta criminal; el deterioro de muchas de nuestras mejores ciudades y el rápido y no planeado crecimiento de los suburbios; la falla de nuestro sistema de justicia criminal para atender pronto y justamente a las personas acusadas de crímenes; la falla para rehabilitar a los convictos por crímenes" (Vid. op. cit., p. 33)

### 3.32 Soluciones alternativas

Skinner señala cuatro soluciones para el problema de la agresión. La primera es la solución "voluptuosa" o "sibarítica". "...es diseñar modos relativamente inofensivos en los cuales la gente puede ser agresiva" (1974, p. 216): cacerías, deportes, literatura, cine, etc. La solución "puritana" es la segunda. La conducta se suprime castigándola: "es simplemente cambiar el papel del agresor" (Ibidem). Además de que "el efecto del castigo consistía en una supresión temporal de la conducta, no en una reducción total de respuestas" (Vid. Skinner, 1953, p. 185), éste provoca una serie de subproductos emocionales facilitando la creación de cualquier conducta que los elimine, por perjudicial que ésta sea tanto para el individuo como para los demás (Ibidem). Recuérdense las elevadas proporciones de reincidentes (Vid. inciso 1.3, p. 26; Sarason, op. cit., p. 444), y que hay "pocos (testimonios) de que tales prisioneros se hayan transformado después de sus experiencias en instituciones penales" (Vid. Wheeler, 1969). Es justo agregar que aunque el encarcelamiento continúa siendo el castigo principal, se está haciendo incapie cada vez más en la rehabilitación personal del criminal.

La tercera solución consiste en una reducción fisiológica de la sensibilidad al reforzamiento por medio de tranquilizantes. Es una solución química. La cuarta solución "se torna más plausible a medida que sabemos más de las contingencias" (Vid. Skinner, 1969, p. 216), y ésta es, por supuesto, la solución ambiental... aunque ya se hace necesario poner una conclusión final:

Si concluyéramos con Skinner, lo diríamos de la siguiente manera:

...la solución ambiental se torna más plausible a medida que sabemos más de las contingencias. La agresión filogenética puede reducirse al mí-

nimo, minimizando a su vez los estímulos educativos y desencadenantes. La conducta adquirida por la tendencia heredada a fortalecerse con el daño infligido a otros puede reducirse rompiendo las contingencias: creando un mundo en que muy pocas conductas causen los tipos de daño que sean reforzantes. (...) En resumen, podemos resolver el problema de la agresión construyendo un mundo en donde el daño a los demás no tenga ningún valor de supervivencia y que, por esa u otras razones, no llegue nunca a funcionar como reforzador. Será, por necesidad, un mundo en que las conductas no agresivas sean reforzadas abundantemente con base en programas eficaces. (Ibidem).

Pero si para concluir prefirieramos el tono preciso y decidido de Ribes Iñesta, lo pondríamos como está puesto a continuación:

(para eliminar la agresión son necesarios los siguientes cambios): distribución homogénea de la riqueza social, eliminación de los sistemas aver-<sup>7</sup>sivos de control social y supresión de las condiciones sociales que hacen legítimas la agresión y la violencia como formas de apropiación de la riqueza.

(Es decir): ...para eliminar la agresión como fenómeno humano debemos cambiar el sistema social, la división de clases, que genera el problema. Sin cambio de la estructura social, o sea de los complejos sistemas de contingencias que definen las relaciones de producción y apropiación de la riqueza, no puede plantearse seriamente la posibilidad de un mundo sin agresión ni violencia (Vid. Ribes, 1973, p. 19).

Ahora bien, suponiendo que no nos gustara ninguna de las conclusiones anteriores, y suponiendo, también, que quisiéramos concluir de alguna manera, transcribiríamos, con afectuosa indulgencia, las palabras que, con animada inocencia,

pusimos la primera vez:

Quiero concluir diciendo que nuestra larga caminata entre las celdas de los centros penitenciarios, primero; y nuestro recorrido a lo largo de interminables tiras de papel perforado, después; no fueron con el solo propósito de confirmar o disconfirmar una hipótesis; sino con el deseo de permanecer alertas a todo lo que nos pudiera proporcionar algún dato revelador sobre el problema.

Así encontramos, como ya hemos señalado, que no hay relación entre los hogares desintegrados, la conducta sexual o la enfermedad mental, con la criminalidad. (...) Sin embargo el caso del homicidio -y la delincuencia en general-, revela la constante presencia de dos factores: la ignorancia y la pobreza, que quizá no sean sino dos nombres de un mismo círculo vicioso.

Así pues, no pensamos que haya que prevenir la desintegración familiar o reprimir la conducta sexual para evitar el aumento de la delincuencia, ni siquiera alentar la salud mental pública. Sino suprimir todos los factores, cualesquiera que estos sean, que contribuyen a alentar la violencia como forma de vida.

Y en esto también estamos empeñados.

(Vid. Márquez Lozornio, 1975).

- AARONSON, B. S. y H. R. Grumpelt.  
1961 Homosexuality and some MMPI measures of  
masculinity-femininity.  
Journal of Clinical Psychology.  
17: 245-247.
- ADORNO, T. W., Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levison,  
R. Nevit Sanford.  
1950 The authoritarian personality.  
New York: Harper and Row.
- ASAYAMA, Shin'ichi.  
1974 Sexual behavior in japanese students:  
comparisons for 1974, 1960, and 1952.  
Archives of Sexual Behavior.  
V, 5:
- 1975 Statistical investigation of sexual deve-  
lopmente and behavior in japanese students  
in 1974.  
(Artículo inédito).
- BIEBER, Irving.  
1973 Medical aspects of human sexuality.  
1: 32.
- BIEBER, Irving, et al.  
1962 Homosexuality: a psychoanalytic study.  
New York: Basic Books.
- BRIDGMAN, P. W.  
1927 The logic of modern physics.  
New York: MacMillan.
- BUTCHER, James N.  
1969 MMPI research developments and clinical  
applications.  
New York: McGraw Hill.
- CADWELL, Morris.  
Personality trends in the youthful male  
offender.  
The Journal of Criminal Law, Criminology  
and Police Science.  
IL, 5: 405-416.

- CARSON, Robert C.  
Interpretative manual to the MMPI,  
En:  
BUTCHER, James N., Ed.  
1969 MMPI, research developments and  
clinical applications.  
New York: McGraw Hill, 279-296.
- DAHLSTROM, W. G. y G. S. Welsh.  
1960 An MMPI handbook.  
(A guide to use in clinical practice and  
research).  
Minneapolis: University of Minnesota Press.
- DAHLSTROM, Welsh and Dahlstrom.  
1972 An MMPI handbook, Volume I.  
(Clinical interpretation).  
Minneapolis: University of Minnesota Press.
- DEAN, R. B., and H. Richardson.  
1964 Analysis of MMPI profiles of forty college-  
educated overt male homosexuals.  
Journal of Consulting Psychology.  
28: 483-486.
- DEAN, R. B.  
1967 Some MMPI and biographical questionnaire  
correlates of noninstitutionalized male  
homosexuals.  
(Master's thesis, San Jose College).  
Ann Arbor Mich.: University Microfilms,  
No. M-1384.
- DOIGE, W. T. y W. H. Holtzman.  
1960 Implications of homosexuality among Air  
Force trainees.  
Journal of Consulting Psychology.  
24: 9-13.
- ERIKSON, Robert V. y Alan H. Roberts.  
1966 An MMPI comparison of two groups of ins-  
titunalized delinquents.  
Journal of Projective Techniques and  
Personality Assessment.  
XXX, 2: 163-166.

- FERRACUTI, Franco (t. it. Dr. Pedro Padrón P.).  
1962 Aspectos psicológicos del homicidio criminal.  
Criminalia.  
XXVIII, 7: 447-471.
- GEBHARD, P. H., J. H. Gagnon, Wardel B. Pomeroy y C.V. Christenson.  
1965 Sex offenders: an analysis of types.  
New York: Harper and Row.
- GOUGH, H. G.  
Diagnostic patterns on the MMPI,  
En:  
WELSH, G. S. y W. G. Dahlstrom, Eds.  
1956 Basic readings on the MMPI in psychology and medicine.  
Minneapolis: University of Minnesota Press.
- GROSS, Hans.  
1911 Criminal psychology.  
New Jersey: Patterson Smith.
- GYNTNER, Malcom D.  
1961 The clinical utility of "invalid" MMPI F scores.  
Journal of Consulting Psychology.  
XXV, 6: 540-542.
- HATHAWAY, Starke R.  
1947 A coding system for MMPI profiles.  
Journal of Consulting Psychology.  
11: 334-337.
- HATHAWAY, S. R. y J. C. McKinley.  
1967 Inventario Multifásico de la Personalidad MMPI.  
México: El Manual Moderno.
- HATHAWAY Starke R. y Paul E. Meehl.  
1951 An atlas for de clinical use of the MMPI.  
Minneapolis: University of Minnesota Press,  
1967.
- HATHAWAY, S. R. y E. D. Monachesi.  
1963 Adolescent personality and behavior.  
Minneapolis: University of Minnesota Press.

- HUNT, Morton.  
1974 Sexual behavior in the 1970's.  
U. S. A.: Playboy, Dell Book.
- IZAGUIRRE HERNANDEZ, Clementina, Concepción Sánchez  
Quintanar y Yolanda Avila Méndez.  
1970 Normas de calificación del MMPI en adoles-  
centes de la ENP de la UNAM.  
(Tesis Profesional).  
México: UNAM.
- ISRAEL, Joachim.  
1965 Alder vid forsta coitus bland värnpliktiga.  
Sociologisk forskning.  
30-38.
- JONSSON, Gustav.  
1940 Sexualvanor hos svensk ungdom.  
Sou. 1951: 41.
- KARLEN, Arno.  
1971 Sexuality and homosexuality.  
New York: Norton.
- KINGSLEY, Leonard.  
1960 MMPI profiles of psychopaths and prisoners.  
Journal of Clinical Psychology.  
XVI, 3: 302-304.
- KINSEY, Alfred C., Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin.  
1948 Conducta sexual del varón.  
México: Interamericana, 1949.
- KRIPPNER, S.  
1964 The identification of male homosexuality  
with the MMPI.  
Journal of Clinical Psychology.  
20: 159-161.
- LEARY, T. F.  
1961 Multilevel measurement of interpersonal  
behavior.  
Berkeley, California.
- LINDEROTH, Hans y Bengt Rundberg.  
1954 Skolungdomars sexuallupplysning och  
sexualvanor.  
(En preliminär rapport).

- LOMBROSO, Cesare.  
1889 L'uomo delinquente in rapporto all'antropologia, alla giurisprudenza e alle discipline carcerarie.  
Torino: Fratelli Bocca.
- LYKKEN, D. T.  
1957 A study of anxiety in the sociopathic personality.  
Journal of Abnormal and Social Psychology.  
55: 6-10.
- MANOSEVITZ, Martin.  
1970 Early sexual behavior in adult homosexual and heterosexual males.  
Journal of Abnormal Psychology.  
LXXVI, 3: 396-402.
- MASTERS, William H. y Virginia E. Johnson.  
1965 Respuesta sexual humana.  
Buenos Aires: Inter-Médica, 1967.
- MENNINGER, K.  
1968 The crime of punishment.  
New York: Viking Press.
- NUÑEZ, Rafael.  
1968 Aplicación del Inventario Multifásico de la Personalidad (MMPI) a la psicopatología.  
México: El Manual Moderno, S. A.
- FANTON, James H.  
1958 MMPI profile configurations among crime classifications groups.  
Journal of Clinical Psychology.  
XIV: 305-308.
- 1960 A new scale for the identification of homosexuality.  
Journal of Clinical Psychology.  
16: 17-21.

- 1962 The identification of habitual criminalism with the MMPI.  
Journal of Clinical Psychology.  
XVIII, 2: 133-136.
- POMEROY, Wardell B.  
1972 Dr. Kinsey and the Institute for sex Research.  
New York: Harper and Row.
- REISS, Ira L.  
1957 The social context of premarital sexual permissiveness.  
New York: Holt, Rinehart and Winston.
- RIVERA JIMENEZ, Ofelia de Jesús Paula.  
1971 Estudio de la correlación entre el Inventario Multifásico de la Personalidad de Minnesota (MMPI) y el Inventario de Valores de Hartman (HVI) en un grupo de alumnos del primer año de la Facultad de Medicina.  
(Tesis Profesional)  
México: UNAM.
- RUIZ HARRELL, Rafael.  
1975 El homicidio y la violencia como factores de salud mental pública en México.  
México: Memorias de la I convención Nacional de la Salud.
- 1976 Actualidad de Lombroso.  
Celebración del Centenario de la primera edición de "L'uomo delinquente" de Cesare Lombroso.  
México: Sociedad Mexicana de Criminología.
- SARASON, Irwin G.  
1972 Psicología anormal.  
(Los problemas de la conducta desadaptada).  
México: Trillas, 1975.
- SCOFFIELD, Michael.  
1965 El comportamiento sexual de los jóvenes.  
Barcelona: Fontanella, 1972.
- 1965a Aspectos sociológicos de la homosexualidad.  
Barcelona: Fontanella, 1969.

1973 The sexual behavior of young adults.  
(A follow-up study to "The sexual behavior of young people").  
London: Penguin Books Ltd.

SCHUESSLER, Karl F. y Donald B. Cressey.  
1950 Personality characteristics of criminals.  
American Journal of Sociology.  
4: 476-484.

SHEARER, L.  
1962 Date early; marry late;  
Parade.  
5: 6-7.

SIMON, Pierre.  
1972 Rapport Simon sur le comportement sexuel  
des francais.  
Francia: Charron et Julliard.

SIMON, Pierre, Jean Gondonneau, Lucien Mironer, Anne Marie et Dourlen-Rollier.  
1972 Rapport sur le comportement sexuel des  
francais.  
Francia: Charron et Julliard.

SORENSEN, Robert C.  
1973 Adolescente sexuality in contemporary  
America.  
New York: World Publishing Co.

ULLERSTAM, Lars.  
1964 Las minorías eróticas.  
México: Grijalvo, 1967.

U. S. Dept. of Health, Education and Welfare.  
1971 Marriages: trends and characteristics.  
(DHEW 72-1007).  
Montly vital statistics reports.  
XX, 4: 13.

VILLA GUZMAN, Graciela.  
1975 Mariguana en 50 adolescentes mexicanos  
con MMPI.  
(Tesis Profesional).  
México: UNAM.

WALDO, Gordon P. y Simon Dinitz.

1967 Personality attributes of the criminal  
(An analysis of research studies, 1950-65).  
The Journal of Research in Crime and  
Delinquency.  
IV, 2: 185-202.

WOLFGANG y Ferracuti.

La subcultura de la violencia.  
México: Fondo de Cultura Económica, 1971.

ZELNIK, Melvin y John Kantner.

Sexuality, contraception and pregnancy  
among young unvied females in the United  
States,

En:

U. S. Commission on Population Growth  
and the American Future.

1972 Demografic and social aspects of  
population growth.

ZUÑIGA OCEGUERA, Victoria.

1958 Estudios preliminares en México del Inven-  
tario Multifásico de la Personalidad de  
Minnesota.  
(Tesis Profesional).  
México: UNAM.

A DIVISION OF NEW & WORLD REPORT INC. WASHINGTON, D. C.  
1972 Crime in America: causes and cures.  
Washington Books by U. S. New & World Report.

AICHHORN, A.  
1935 Wayward youth.  
New York: Viking.

AZRIN, N. H., R. R. Hutchinson y D. F. Hake.  
1967 Attack, avoidance, and escape reactions to  
aversive shock.  
10: 131-148.

BURGESS, R. L. y R. L. Akers.  
1966 A differential associaton-reinforcement theory  
of cfriminal behavior.  
XIV, 2: 128-147.

COHEN, A. K.  
1956 Delinquent boys.  
London: Routledge and Kegan Paul.

COLE, K. E., G. Fisher y S. S. Cole.  
1968 Women who kill: A sociopsychological study.  
Archives of General Psychiatry.  
19; 1-8.

CRADDICK, R. A.  
1962 Selection of psychopathic from nonpsychopathic  
prisoners within a Canadian prison.  
10: 495-499.

EYSENCK, H. J.  
1964 Crime and personality.  
London: Routledge and Kegan Paul.

HALLECK, S. L.  
1967 Psychiatry and the dilemmas of crime.  
(A study of causes, punishment, and treatment).  
New York: Harper and Row.

HEALY, W y A. L. Bronner.  
1926 Delinquents and criminals: their making  
and unmaking.  
New York: McMillan.

- HILL, D. y D. A. Pond.  
1952 Reflections on one hundred capital cases submitted to EEG.  
Journal of Mental Science.  
98: 23-43.
- HILL, D. y D. Watterson.  
1942 Electroencephalographic studies of psychopathic personalities.  
Journal of Neurology and Psychiatry.  
5: 47-65.
- HUTCHINGS, B. y S. A. Mednick.  
1974 Registered criminality in the adoptive and biological parents of registered male adoptees,  
En:  
MEDNICK, S. A., F. Schulsinger, J. Higgins y B. Bell.  
Genetics, environment and psychopathology.  
North-Holland, Amsterdam, 215-227.
- JEFFERY, C. R.  
1965 Criminal behavior and learning theory.  
Journal of Criminal Law, Criminology and Police Science.  
56: 294-300.
- LARGE, J.  
1931 Crime as destiny.  
London: Allen and Unwin.
- LINDNER, R. N.  
1944 Rebel without a cause.  
New York: Grune and Stratton.
- LORENZ, Konrad.  
1966 On aggression.  
London: Methuen.
- MARQUEZ LOZORNIO, Jorge.  
1975 Resultados preliminares de una investigación sobre la sexualidad del homicida.  
(Texto inédito).
- MEDNICK, S. A.  
1975 A preliminary report on electrodermal recovery of delinquents.  
Psykologisk Institut: Copenhagen.

NAVA-RIVERA, Armando.

- 1968 Psicobiología.  
(Las bases biológicas de la conducta).  
México: del autor, 1970.

REYNOLDS, G. S., A. C. Catania y B. F. Skinner.

- 1963 Conditioned and unconditioned aggression  
in pigeons.  
Journal of Experimental Analysis of Behavior.  
1: 73-74.

RIBES IÑESTA, Emilio.

Observaciones metodológicas sobre un programa  
de prevención y rehabilitación de delincuentes,  
En:

- BIJOU, Sidney W. y Emilio Ribes Iñesta, Eds.  
Modificación de conducta.  
(Problemas y extenciones).  
México: Trillas, 1972.

1973 Algunas consideraciones sociales sobre la  
agresión,

En:

BANDURA, Albert y Emilio Ribes Iñesta, Eds.

- 1975 Modificación de conducta.  
(Análisis de la agresión y la  
delincuencia).  
México: Trillas, 1975.

RUIZ HARRELL, Rafael.

- 1974 El homicidio en México.  
Revista de revistas.  
87: 14-19.

SKINNER, B. F.

- 1953 Ciencia y conducta humana.  
(Una psicología científica).  
Barcelona: Fontanella, 1969.

1969 Contingencies of reinforcement.  
(A theoretical analysis).  
New Jersey: Prentice Hall.

1974 About behaviorism.  
New York: Knopf.

- SUTHERLAND, E. H.  
1955 Principles of criminology.  
Chicago: Lippicott.
- SUTHERLAND, E. H. y D. R. Cressey.  
1960 Principles of criminology.  
Chicago: Lippicott.
- TELFER, M. A., D. Baker, G. R. Clark y C. E. Richardson.  
1968 Incidence of gross chromosomal errors among  
tall criminal american males.  
Science.  
159: 1249-1250.
- TINBERGEN, Niko.  
On war and peace in animals and man,  
En:  
MCGILL, Thomas, Ed.  
1973 Readings in animal behavior.  
New York: Holt, Rinehart and Winston, 1973.
- ULRICH, R. y N. H. Azrin.  
1962 Reflexive fighting in response to aversive  
Stimulation.  
Journal of the Experimental Analysis of Behavior.  
5: 511-520.
- ULRICH, R. y J. E. Favell.  
Human aggression,  
En:  
NEURIN y J. Michael, Eds.  
1970 Behavior modification in clinical  
psychology.  
New York: Appleton-Century.
- VERNON, W. y R. Ulrich.  
1966 Classical conditioning of pain-elicited aggression.  
Science.  
152: 668-669.
- WARDER, J.  
1969 Research and methodology.  
(Two studies of violent offenders).  
British Journal of Criminology.  
64: 223-230.

- WHEELER, S.  
Socialization in correctional institutions,  
En:  
GOSLIN, D. A., Ed.  
1969 Handbook of socialization theory and  
research.  
Chicago: Rand McNally.
- WOLFGANG, Marvin E.  
1958 Patterns in criminal homicide.  
Philadelphia: University of Pennsylvania.
- WOLFGANG, M. E. y Franco Ferracuti.  
1967 The subculture of violence.  
(Towards an integrated theory in criminology).  
London: Tavistock Publications.
- YATES, Aubrey J.  
1970 Terapia del comportamiento.  
México: Trillas, 1973.

APENDICES

CUADRO VII  
 CARACTERISTICAS SOCIOECONOMICAS DE  
 TODA LA MUESTRA Y POR GRUPOS

	TODA LA MUESTRA	GRUPO H	GRUPO C
Edad:	34.95	36.09	32.08
Edad a la que dejaron a sus padres:	14.31	15.15	12.74
Edad desde la que se mantienen:	15.05	15.38	14.44
Edad desde la que trabajan:	11.19	10.67	12.14
Edad de su primera relación sexual:	16.66	16.76	16.48
Edad desde la que tienen compañera:	20.95	21.01	20.83
Edad a la que tuvieron su primer hijo:	25.55	25.23	25.41
Edad a la que cometieron el delito:	28.40	28.44	28.21
Edad a la que entraron a prisión:	30.04	29.97	30.08
Edad a la que creen salir libres:	37.35	39.72	33.69
Número de condenas:	1.48	1.43	1.56
Tiempo al que fueron sentenciados:	11.29	15.15	4.38
Tiempo de cárcel que han cumplido:	4.43	5.57	2.28
Cumplen condenas en el Estado en que nacieron (1):	41.95%	38.79%	48.03%
Hijos únicos:	5.24%	2.18%	10.78%
Fueron los primeros hijos:	18.53%	15.84%	23.52%
Fueron los segundos hijos:	25.17%	25.13%	24.50%
Número ordinal en la familia (2):	3.44	3.63	3.07
Número de hermanos y medio hermanos:	7.06	7.32	6.51
Hermanos de padre y madre:	6.01	6.43	5.08
Número de medio hermanos de madre (quienes tuvieron):	3.00	3.28	2.62
Número de medios hermanos de padre (quienes tuvieron):	3.36	2.62	4.27

	TODA LA MUESTRA	GRUPO H	GRUPO C
Analfabetos antes de la cárcel:	12.23%	16.39%	4.90%
Años de estudio (excluyendo analfabetos):	4.94	4.44	5.79
No reciben visitas conyugales:	48.95%	41.53%	61.76%
Nunca han tenido compañera:	9.79%	9.28%	10.78%
Número de mujeres a las que se han unido: (3):	2.08	2.12	2.01
No han tenido nunca hijos:	18.88%	14.20%	27.45%
Número de hijos que han tenido los que sí son padres:	4.43	4.65	3.91
Han tenido hijos en su estancia en la cárcel:	33.19%	40.42%	20.58%
Promedio mensual de ingresos antes de ingresar en la cárcel:	\$ 1458.86	1405.50	1568.91
Ingreso mensual per cápita en la casa del reo:	436.01	335.26	621.05
Dicen haber tomado marihuana:	30.40%	22.94%	43.13%
Dicen haber tomado otras drogas ilícitas:	15.03%	13.66%	17.64%

Los porcentajes están señalados (%), si no hay indicación se trata de promedios.

- (1) Si la suma de los porcentajes no es igual a 100 se debe a los que no proporcionaron la información.
- (2) No se incluye en el promedio a los hijos únicos.
- (3) No se incluye en el promedio a los que no han tenido compañera.

CUESTIONARIO SOCIO-ECONOMICO:

Nota: Las formas aplicadas contenían espacios para las respuestas que aquí se han omitido. A partir de la pregunta 61, por otra parte, los cuestionarios variaban para adecuarse al tipo de delito cometido por el sujeto. El que reproducimos aquí fue el empleado en el caso de homicidio.

- 1.- ¿Cuál es la fecha exacta de su nacimiento?
- 2.- ¿Cuál es la edad que tiene en años cumplidos?
- 3.- ¿En dónde nació usted? (población y estado).
- 4.- ¿Qué edad calcula que tenía su padre cuando nació usted?
- 5.- ¿Qué edad calcula que tenía su madre cuando nació usted?
- 6.- Cuando usted era niño ¿vivieron siempre juntos sus padres?
- 7.- En caso negativo. ¿Qué edad tenía usted cuando se separaron?
- 8.- ¿Cuántos hermanos y hermanas de padre y madre tuvo usted?
- 9.- ¿Cuántos eran hombres?
- 10.- ¿Cuántas eran mujeres?
- 11.- ¿Tuvo usted hermanos o hermanas de padre que no lo fueran de madre? En caso afirmativo: ¿Cuántos eran?
- 12.- ¿Tuvo usted hermanos o hermanas de madre que no lo fueran de padre? En caso afirmativo: ¿Cuántos eran?
- 13.- ¿Tuvo usted alguna vez padrastro? En caso afirmativo, cuando esto sucedió ¿qué edad tenía usted?
- 14.- ¿Tuvo usted alguna vez madrastra? En caso afirmativo, cuando esto sucedió ¿qué edad tenía usted?
- 15.- Si su padre ya falleció ¿cuántos años tenía usted cuando él murió?
- 16.- Si su madre ya falleció ¿cuántos años tenía usted cuando ella murió?
- 17.- ¿A qué edad empezó usted a masturbarse?
- 18.- ¿Qué edad tenía usted cuando tuvo su primera relación sexual completa con una mujer?
- 19.- ¿Qué edad tenía usted cuando se casó (por primera vez) o empezó a vivir con una mujer de manera más o menos permanente?
- 20.- ¿Sigue usted viviendo con su primera compañera?
- 21.- ¿Con cuántas mujeres se ha casado o cuántas ha tenido de compañeras?

- 22.- ¿Tiene usted alguna compañera (esposa o amiga) que lo visite ahora?
- 23.- ¿Recibe usted visitas conyugales?
- 24.- En caso afirmativo; ¿con qué frecuencia?
- 25.- ¿Cuántos hijos o hijas ha tenido usted en total?
- 26.- ¿Cuántos de sus hijos son hombres?
- 27.- ¿Cuántos de ellos nacieron de su actual unión?
- 28.- ¿Cuál es la edad del mayor o de la mayor?
- 29.- ¿Por qué delito está ahora en prisión?
- 30.- ¿A cuánto tiempo de cárcel fue condenado? (años y meses)
- 31.- ¿Cuánto tiempo lleva en prisión? (años y meses)
- 32.- ¿Cuánto tiempo cree que le falta cumplir?
- 33.- ¿En qué fecha se cometió el delito por el cual lo condenaron?
- 34.- ¿En qué fecha lo aprehendieron a usted?
- 35.- ¿En qué fecha le dictaron sentencia?
- 36.- ¿Diría usted que su proceso fue legal?
- 37.- ¿Cuando lo aprehendieron lo maltrataron o golpearon?
- 38.- ¿Cree usted que en la cárcel ha aprendido algo útil?
- 39.- ¿Ha tenido hijos mientras ha estado en la cárcel? ¿Cuántos?
- 40.- ¿A qué edad empezó usted a trabajar?
- 41.- ¿Desde qué edad se mantiene usted por completo a sí mismo?
- 42.- ¿En qué trabajaba usted poco antes de entrar a la cárcel? (oficio)
- 43.- ¿Como cuánto ganaba al mes?
- 44.- ¿A cuántas personas mantenía?
- 45.- ¿Cuántos cuartos tenía la casa en la que vivía usted antes de entrar en prisión? (Cuenta también el baño y la cocina si eran independientes).
- 46.- ¿Tenía su casa agua potable en el interior?
- 47.- En caso negativo: ¿había alguna toma en la cuadra en que vivía?
- 48.- ¿Tenía cuarto de baño?

- 49.-¿Cuántas veces a la semana comían carne en su casa?
- 50.-¿Sabía usted leer y escribir antes de estar en prisión?
- 51.-Si fue a la escuela: ¿Hasta qué año estudió usted antes de entrar a prisión?
- 52.-¿Terminó o aprobó ése año?
- 53.-Si actualmente tiene usted esposa o compañera: ¿Sabe ella leer y escribir?
- 54.-¿Van a la escuela todos sus hijos mayores de seis años?
- 55.-¿En qué va a trabajar cuando salga de prisión?
- 56.-En los tres meses anteriores a esta fecha: ¿Cuántas veces ha fumado mariguana?
- 57.-¿Qué otras drogas ha tomado en ese tiempo?
- 58.-¿Con qué frecuencia las toma? (diario, dos veces por semana, etc).
- 59.-Si tuvo usted hermanos: ¿qué número de hijo fue usted?
- 60.-¿Cuántas veces ha estado en prisión?
- 61.-¿Cuándo dicen que cometió usted el delito por el que está ahora en prisión?
- 62.-¿Conocía usted a la persona que murió?
- 63.-¿Era hombre o mujer?
- 64.-¿Era pariente suyo? ¿Amigo(a) ¿Conocido ocasional?
- 65.-¿Con qué lo mataron?
- 66.-¿Había usted bebido ese día?
- 67.-¿Estaba usted drogado?
- 68.- Si su respuesta es afirmativa: ¿Qué había tomado?
- 69.- ¿Había bebido la persona que murió?
- 70.-¿Cuál diría usted que fue la causa central del crimen que le atribuyen?
- 71.-¿En qué lugar ocurrió?
- 72.-¿Más o menos qué horas eran?
- 73.-¿Qué día de la semana era?
- 74.-¿Hubo golpes antes?
- 75.-Antes de ese día, en alguna ocasión: ¿Se había usted peleado a golpes con esa persona?

- 76.- ¿En alguna ocasión llegó usted a pensar en matarlo(a) ?
- 77.- ¿Estaba usted armado?
- 78.- ¿Estaba armada la persona que murió?
- 79.- ¿Recuerda qué edad tenía la persona que murió?
- 80.- ¿Diría usted que esa persona fue la culpable de lo que sucedió?
- 81.- ¿Teme usted alguna represalia de los parientes o amigos de esa persona cuando salga usted de prisión?
- 82.- ¿Estaba usted solo?
- 83.- Si no era así: ¿Cuántas personas lo acompañaban?
- 84.- ¿Se encuentra alguna de ellas en prisión?
- 85.- ¿De que viven su esposa y sus hijos ahora que está usted en prisión?
- 86.- ¿Gana usted algún dinero en la cárcel?
- 87.- ¿Haciendo qué?
- 88.- ¿Le han aplicado el dos por uno (normas mínimas)?
- 89.- ¿Ha aprendido en la cárcel algún oficio?
- 90.- ¿Volverá usted a vivir donde vivía antes de entrar en la cárcel cuando salga?

Conteste las siguientes preguntas sólo si ha estado preso más de una vez.

- 1a.- ¿Cuántas veces ha estado en la cárcel?
- 2a.- ¿Cuántas veces ha sido sentenciado?
- 3a.- La primera vez que estuvo preso: ¿Cuál fue el delito que le atribuyeron?
- 4a.- ¿Cuánto tiempo estuvo preso la primera vez?
- 5a.- ¿Qué edad tenía usted?
- 6a.- ¿En qué fecha entró a la cárcel por primera vez?
- 7a.- ¿Es ésta la segunda vez que ha estado detenido? ¿La tercera? ¿La cuarta? (etc.)
- 8a.- ¿Por qué delitos ha estado usted en prisión?

T-1 HAN PRACTICADO O NO LA MASTURBACION.

RESPUESTA	HOMICIDAS	NO HOMICIDAS	TOT.
AFIRMATIVA:	(63.18%) 127 79.87%	(38.82%) 74 74.75%	201 (100%)
NEGATIVA:	(56.14%) 32 20.13%	(43.86%) 25 25.25%	57 (100%)
	159 (100%)	99 (100%)	258

gl: 2;  $\chi^2$ - 0.6576

T-2 HAN TENIDO O NO RELACIONES SEXUALES.

RESPUESTA	HOMICIDAS	NO HOMICIDAS	TOT.
AFIRMATIVA:	(65.31%) 160 90.40%	(34.70%) 85 84.20%	245 (100%)
NEGATIVA:	(51.51%) 17 9.60%	(48.48%) 16 15.84%	33 (100%)
	177 (100%)	101 (100%)	278

gl: 2;  $\chi^2$ - 1.8322

T-3 NUMERO DE MUJERES CON LAS QUE HAN TENIDO RELACIONES SEXUALES SIN QUE ELLAS SEAN PROSTITUTAS.

RESPUESTA	HOMICIDAS (51.10%)	NO HOMICIDAS (48.89%)	TOT.
ALGUNA:	138 82.63%	132 91.03%	270 (100%)
NINGUNA:	29 17.37%	13 8.97%	42 (100%)
	167 (100%)	145 (100%)	312

gl: 2;  $\chi^2$  - 4.007

T-4 HABIAN ESTADO UNIDOS O NO.

RESPUESTA	HOMICIDAS (64.53%)	NO HOMICIDAS (35.47%)	TOT.
AFIRMATIVA:	151 86.29%	83 83.00%	234 (100%)
NEGATIVA:	24 13.71%	17 17.00%	41 (100%)
	175 (100%)	100 (100%)	275

gl: 2;  $\chi^2$  - 0.3135

METODOLOGIA DEL ESTUDIO DE KINSEY, POMEROY Y MARTIN  
 -Razgos característicos-

"La conducta sexual del varón" de 1948, es un informe preliminar acerca de un estudio sobre la conducta sexual humana, iniciado hace 9 años y patrocinado por la Universidad de Indiana. En los últimos 6 años fue sufragado por el Comité de Investigaciones de Problemas Sexuales, dependiente del Consejo Nacional de Investigación, mediante fondos cedidos por la sección médica de la Fundación Rockefeller.

Es un trabajo que se propone investigar cómo es la sexualidad de la gente, qué factores explican las diferencias individuales de la conducta sexual y su siversidad en los distintos sectores de la población. Es un intento de acumular hechos objetivos sobre la sexualidad evitando estrictamente la interpretación social o moral de ellos

Los datos han sido obtenidos mediante entrevistas directas, y la mayoría de historias se recolectaron en la región ordeste del país.

Se han estudiado 12,000 historias, que no proporcionan todavía material suficientemente amplio como para incluir a todos los grupos que se encuentran más frecuentemente en la población (son necesarios unos 300 casos para comprender bien cada grupo). Estiman que serían necesarios 100,000 historias para llevar a cabo este proyecto.

Las historias que componen este trabajo preceden de 6,300 varones, y consideran que los datos todavía no pueden generalizarse muchos elementos de la población, como por ejemplo varones mayores de 50 años, población rural, o ciertos grupos religiosos, obreros industriales y artesanos, por no estar suficientemente representados. Todavía no se han estudiado amplias regiones del país.

Es un informe acerca de lo que hace la gente, sin plantear la cuestión de lo que debería hacer ni de cómo es la gente que lo hace.

Se trata, así, de un estudio sobre las actividades de la sexualidad humana y no de sus aspectos biológicos, psicológicos y sociológicos como entidades aisladas.

D E S A R R O L L O: La técnica utilizada por Kinsey fue taxonómica. La taxonomía moderna es estadística en sus métodos, y aunque en muchos círculos existe una sincera desconfianza por las técnicas clasificatorias a consecuencia del recelo que inspiran todos los procedimientos estadísticos, la función de un análisis de la población ayuda a comprender al individuo aislado mostrándonos sus relaciones con el resto del grupo. Por tanto, nos dice, la posesión de cierto "sentido estadístico" parece ser requisito fundamental para todo el que intente estudiar la especie.

En julio de 1938 comenzaron a tomar las primeras historias, encontrando que el aprendizaje para poder

asegurarse los sujetos y el estudiar las técnicas que resultarían más eficaces para realizar las entrevistas fueron lentos, ya que las reglas que dan los libros de texto acerca de cómo efectuarlas, no son muy eficientes.

La creciente facilidad con que encontraron personas dispuestas a contribuir voluntariamente con su historia fue el resultado de la difusión entre decenas de millares de personas de la existencia de tal estudio.

Tuvieron que desarrollar técnicas para coordinar el trabajo de todos los colaboradores, y de comprobar la seguridad de cada técnica y de cada punto de programa.

Las principales dificultades que encontraron fueron problemas de tipo cosial que no existen cuando se trata de conseguir material científico menos directamente afectado por la vida emotiva. A manera de ejemplo, hubo una oposición organizada por el Colegio de Médicos de una ciudad que intentó procesarlos basándose en que ejercían la medicina sin autorización. Intentaron también persuadir a la universidad de que suspendiese el estudio, impidiera la publicación de los resultados, los destituyera de su cátedra y estableciera una censura sobre toda publicación derivada de ese trabajo. Algunos hombres de ciencia, incluso argumentaban que por muy bien demostrados que estuviesen los datos obtenidos, su publicación sería inoportuna por no estar la sociedad preparada para enfrentarse a tales

hechos.

Hacen, los autores, un análisis de la validez taxonómica de los 19 estudios anteriores sobre sexualidad que son a su juicio los más importantes y que se puede resumir de la siguiente manera: el error más serio de estos estudios ha sido el excesivo uso de cuestionarios; más de un tercio de los trabajos están basados en material obtenido en la Ciudad de Nueva York; hacen pocas comparaciones entre los dos sexos y se basan fundamentalmente en individuos con instrucción superior.

Señalan que en su propia experiencia las cuestiones directas sobre la sexualidad se deben formular con la misma sencillez que las referentes a la edad o lugar de nacimiento. El tamaño de la muestra necesaria para establecer generalizaciones estadísticas exactas depende de la variabilidad de los fenómenos que se investigan y de la homogeneidad del grupo respecto a los elementos que sufren tal variación. Que la posibilidad de extender las conclusiones deducidas de una investigación es, ante todo, el principal pretexto para realizarla. La validez de las generalizaciones amplias derivadas del estudio de cualquier muestra depende fundamentalmente, de lo representativo de las entrevistas: Kinsey, Pomeroy y Martin señalan que los elementos que debe dominar todo aquel que quiera reunir estadísticas humanas son:

Aprender a tratar gente de todas las clases sociales; entablar relaciones con ellas; Comprender con simpatía el significado de las cosas desde el punto de vista de los demás; acostumbrarse a aceptar sus actitudes y actividades sin sin valorarlas moral, social ni estéticamente; interesarse por la gente, tal como es, y no como se quisiera que fuese; intentar observar los motivos lógicos de una conducta y que a primera vista pudiera parecer ilógica; desarrollar la capacidad de agradar a toda clase de personas y conseguir su aprecio y cooperación.

Indicar los investigadores que es definitivo el primer contacto, y que para esto muchas veces se requiere sólo un gesto de amistad; que para cada tipo de personas la forma de obtener datos es diferente, pero siempre se basa en el grado de altruísmo que se encuentran en casi todos los hombres si se sabe cómo ganarlos. Agregan que el lector nunca comprenderá su estudio hasta que no se dé cuenta del esfuerzo humano que representa la obtención de los datos.

Se preocuparon mucho por la forma de entablar relaciones y comentan que solamente hay dos razones por las que toda persona puede vacilar en contribuir con su historia a una investigación científica: por temor a que el investigador ponga objeciones a algún hecho de su relato, o por miedo a perder su prestigio social o a sufrir algún

castigo legal si su caso llega a ser del conocimiento público. Afirman, para esto, que es absolutamente necesario que el observador tenga la suficiente habilidad para convencer al sujeto de que el investigador, como hombre de ciencia, no va a poner objeción alguna, cualquiera que haya sido la conducta sexual que el sujeto hubiera observado, y que sus confidencias han de permanecer absolutamente secretas.

Para asegurar la exactitud del interrogatorio, además, se hacen preguntas cruzadas acerca de cuestiones que necesitan ser comprobadas, y se le asegura al sujeto, al comenzar la entrevista, que puede decirlo todo.

Para esto, elaboraron una clave con ayuda de un experto criptógrafo, y de la cual no existe traducción que permita interpretarla, y que ha sido, por supuesto, aprendida por todos los entrevistadores de memoria.

La experiencia de estos investigadores les ha proporcionado una serie de recursos técnicos en sus entrevistas: celebrar la entrevista en un lugar tan atractivo y confortable como lo exija la posición social del sujeto, con seguridad de aislamiento, en una atmósfera de simpatía, y con un orden gradual de las preguntas comenzando siempre con temas no sexuales. Así, el primer dato sexual es aquel en el cual el sujeto tiene menor responsabilidad: el origen de su educación sexual. Las anotaciones

sobre actividades abiertamente sexuales se hacen comenzando por los aspectos más remotos, como los juegos sexuales de la preadolescencia. A partir de este momento, la sucesión de los temas varía según la posición social del sujeto, su edad y el grado de su cultura. Recomiendan, basados en su experiencia, el anotar al mismo tiempo que se interroga, hacer una exploración complementaria sobre situaciones especiales que salen de lo comentado, y que aunque las preguntas no se formulan de manera uniforme, deben abarcar los puntos que han sido estrictamente precisados. Insisten en adaptar la forma de preguntar con un vocabulario adecuado a cada grado de cultura y de comprensión de cada individuo e insisten en que esto no se puede conseguir con un cuestionario o con una entrevista directa a base de preguntas sistematizadas. Recomiendan evitar cuidadosamente que las preguntas sean formuladas de modo que sugieran la respuesta y que éstas sean directas, sin vacilación ni excusa, y en términos claros, evitando eufemismos. Afirman que el observador debe conseguir que el sujeto no encuentre fácil negar su participación en una forma cualquiera de actividad sexual, preguntando por ejemplo no si la realiza o no, sino cuando la realizó. A fin de conseguir el mayor número de datos en una sola entrevista recomiendan hacer seguir las preguntas con toda rapidez con que el sujeto pueda comprender y replicar. Como al dar los datos es

más fácil ocultar que declarar, la mejor protección contra la ocultación consiste en utilizar una larga lista de preguntas relacionadas entre sí, que proporcione comprobaciones a lo largo de la historia y de modo especial sobre los detalles que se refieran a tabúes sociales. El método más eficaz de comprobación ha sido, probablemente, el uso de vocablos peculiares de las personas con cierto tipo de experiencias y desconocidas para las que carecen de ellas. Si la primera respuesta que da el sujeto no parece correcta ni suficiente, se debe hacerle preguntas ampliativas y volver a formular la original. Cuando el investigador encuentre un caso de alguna persona que ofrece contribuir con su historia a fin de satisfacer su curiosidad, pero sin intención de dar un informe veraz, debe censurar al sujeto con gran severidad y rehusar la prosecución de la entrevista. Recomiendan no interrumpir la entrevista y no prolongarla más de dos horas; y no pedirle al sujeto el nombre de otras personas implicadas en sus relaciones sexuales, a no ser que las mencione espontáneamente, en cuyo caso se le hará notar que no serán incluidas en el informe. Subrayan la conveniencia de no expresar valoraciones personales y de evitar controversias.

Bases para la preparación de los investigadores. En general es difícil realizar una exploración eficaz si no se tiene ideas de lo que probablemente se va a encon-

trar; en consecuencia el investigador necesita aprender gran parte de la considerable literatura sobre sexualidad, y específicamente necesita saber toda la serie de probables técnicas en cada posible tipo de actividad sexual. Destacan que la preparación del investigador es la clave para conseguir mayor caudal de información especial; ya que de no ser así el programa de preguntas sistemáticos puede ser muy incompleto.

La preparación de la persona que ha de celebrar entrevistas es un proceso lento y largo. Tiene que aprender la clave y la experiencia de su manejo se adquiere leyendo y volviendo a anotar de memoria las historias que estaban ya en el archivo. Acompaña a otro observador en acción e inscribe simultáneamente con él los datos del cuestionario; luego tiene la oportunidad de llevar a cabo una entrevista en presencia de uno de los miembros más experimentados. A continuación vuelve a tomar historias ya anotadas por otros y los propios sujetos que entrevistó el principante por primera vez, son también vueltos a entrevistar por otra persona más hábil del grupo. Finalmente cada nuevo observador ha tenido que adquirir un profundo conocimiento de la conducta sexual de la gente y demostrar que puede apoyarse en dicho conocimiento en caso de que se vea ante un tipo extraño de historia. Kinsey, Pomeroy y Martin indican que en última instancia la eficiencia de una técnica de entrevistar está subordinada a la calidad de los datos obtenidos.

ESCALA DE  
RELACIONES INADECUADAS DEL REO CON SU PADRE:

Coincide:

- 21.-A veces he sentido un intenso deseo de abandonar mi hogar.
- 42.-A mi familia no le gusta el trabajo que he escogido.
- 167.-No me sentiría nervioso si algún familiar mío tuviera dificultades con la justicia.
- 212.-Mi familia me trata más como niño que como adulto.
- 224.-Con frecuencia mis padres se opusieron a la clase de gente con quien acostumbraba salir.
- 226.-Algunos de mis familiares tienen hábitos que me molestan y perturban mucho.
- 245.-Mis padres y familiares me encuentran más defectos de los que debieran.
- 325.-Ciertas cosas que han hecho, algunos de mis familiares me han asustado.
- 327.-Mi madre o mi padre frecuentemente me hacía obedecer, aún cuando yo creía que no tenían razón.
- 368.-Mi padre me golpeaba con frecuencia.
- 375.-En mi infancia pasé hambres porque mi padre se iba de juerga con sus amigos.
- 394.-La única persona que realmente me ha querido es mi madre.
- 398.-Frecuentemente pienso: "quisiera volver a ser niño".
- 416.-Estoy convencido de que nadie me quiere.
- 418.-A los hijos hay que golpearlos para que entiendan.
- 421.-Mis hermanos le tenían miedo a mi papá.
- 444.-El único que debe castigar a los hijos es el padre.

474.-Mi mamá me defendía siempre de mi papá.

498.-Mi papá me tenía mala voluntad.

No coincide:

17.-Mi padre fue un buen hombre.

65.-Yo quise a mi padre.

96.-Tengo muy pocos disgustos con mi familia.

137.-Creo que mi vida de hogar era tan agradable como la de la mayor parte de la gente que conozco.

235.-Fui bastante independiente y libre de la disciplina familiar.

237.-Casi todos mis parientes congenian conmigo.

380.-Fui muy feliz en mi infancia.

385.-Mi padre nunca me enseñó nada malo.

386.-Si me viera hoy mi padre se avergonzaría de mí.

395.-Los hijos no tienen derecho a juzgar a los padres.

432.-Todo mundo debería respetar a sus mayores.

439.-Recuerdo con gusto a mi padre.

555.-En mi infancia todos eran cariñosos conmigo.

RESULTADOS DE LA VALIDEZ DEL MMPI  
EN CONJUNTO Y POR GRUPOS

	TODA LA MUESTRA	GRUPO H	GRUPO C
PRUEBAS VALIDAS L<10 y F<16	4.60% N= 119 A (1)= 9.24%	40.98% N= 75	43.13% N= 44
PRUEBAS INVALIDAS L>10 y F>16	53.39% N= 167 A= 40.23%	59.01% N= 108	56.86% N= 58
PRUEBAS INVALIDAS			
L>10 ó L<13 F<16 ó F=16	26.92% N= 77 A= 9.09%	26.77% N= 49	26.47% N= 27
F>16 L>13	23.77% N= 68 A= 23.77%	24.02% N= 44	23.52% N= 24
?>50	7.69% N= 22 A= 9.09%	8.19% N= 15	6.86% N= 7

(1) 'A' indica el porcentaje de los que eran analfabetos antes de entrar en prisión.

PORCENTAJES POR DELITO Y POR GRUPOS  
 CONSIDERANDO LA ESCALA QUE OBTUVIERON

ESCALA MAS ALTA EN SU PERFIL	GRUPO H		GRUPO C	
1	5	2.73%	9	8.82%
2	44	24.04	21	20.58
3	2	1.09	1	0.98
4	24	13.11	10	9.80
5	2	1.09	6	5.88
6	4	2.18	4	3.92
7	2	1.09	4	3.92
8	73	39.89	34	33.33
9	8	4.37	6	5.88
0	16	8.74	7	6.86
TOTALES	183	99.96%	102	99.97%

Patricia Fitzmaurice Gasque,  
Edna Brostein de Ranen,  
Araceli Otero de Alba:



muchas gracias por haber  
dispuesto las circunstan-  
cias que hicieron más  
probable la realización  
de este trabajo.